

MANOLITO GAFOTAS



ELVIRA LINDO
MEJOR
MANOLO

ILUSTRACIÓN
EMILIO URBERUAGA



se

Por fin, lo que todo el mundo mundial estaba esperando. Llega la nueva aventura del inimitable Manolito Gafotas.

El célebre Manolito Gafotas regresa con un nuevo episodio de la serie galardonada con el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. El mundo ha cambiado en estos diez años, Manolito ha crecido. Por sus páginas desfilan todos los personajes que han dado color a la colección: su madre Cata, su padre Manolo, el abuelo Nicolás, su hermano menor, conocido como «el Imbécil» y destronado por la nueva hermanita, «la Chirli», la sita Asunción, el Orejones, el chulito Yihad. La inimitable mirada de Manolito Gafotas ilumina nuestra realidad (la del mundo mundial) con la agudeza y la frescura de siempre.



Elvira Lindo

Mejor Manolo

Manolito Gafotas - 8

ePUB r1.1
nalasss 08.08.13

Título original: *Mejor Manolo*

Elvira Lindo, 2012.

Ilustraciones: Emilio Urberuaga

Diseño/Retoque portada: Emilio Urberuaga/nalasss

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0



*Para mi padre,
el primer Manolo que conocí.*

Un melón sin abrir



Que me caiga ahora mismo muerto si os miento.

Esta frase no es de mi propiedad, se la he copiado a mi vecino Bernabé, el marido de la Luisa, la dueña de la Boni, esa perrilla de ojos de huevo cocido que vive en el piso de debajo de los García Moreno, familia de la cual yo, Manolito, soy el actual primogénito. Ya sé que es una vergüenza comenzar un libro con una frase que es propiedad de otro pero yo también llevo muchos años soportando que otros seres humanos me roben frases que yo me inventé y las pronuncien como si fueran suyas. Cada vez que escucho por la calle, en la tele o por la radio eso de «el mundo mundial» me dan ganas de decir: «Eh, oiga usted, gracioso, ¿es que no sabe que eso me lo inventé yo?»

Mi abuelo Nicolás dice que no me haga mala sangre, que al fin y al cabo eso es una prueba forense de que mis palabras han tenido una gran influencia en la historia de la humanidad terrenal. Y de qué me sirven a mí las pruebas forenses... ¿Me dan dinero? No. ¿Me dan fama planetaria? Para nada, todo el mundo (mundial) ha olvidado quién fue el inventor de una frase tan crucial.

Me acuerdo de que un día, en el bar El Tropezón, que es el bar donde mi abuelo se echa la siesta de antes de comer, un hombre de esos que tienen la nariz roja desde por la mañana dijo: «Nuestra selección (se refería a La Roja) es ahora mismo la mejor del mundo mundial». No me pude contener y le dije: «¡Oiga, oiga, mucho cuidadito con lo que dice!», y entonces toda la fila de hombres que estaban acodados a la barra me miraron superalunísono con una mirada bastante asesina y sus narices se encendieron hasta ponerse de un rojo incandescente. Ellos pensaban que me estaba metiendo con La Roja y eso es algo que en Carabanchel (Alto) puede costarte la vida. Le intenté explicar todo desde el principio de los tiempos: que el «mundo mundial» era una expresión que había salido de mi materia gris y que lo podía comprobar leyendo un libro que una escritora había escrito con lo que yo le contaba. Pero una vez que el tío supo que no tenía que asesinarme porque yo estaba también con La Roja perdió interés en mí y en mi expresión.

Pero para demostrar que yo soy un tío legal, he empezado este libro confesando que esa frase, «que me caiga muerto si os miento», es de mi vecino Bernabé, representante de aceitunas y pepinillos en vinagre y experto, como dice mi abuelo, en frases lapidarias. Bernabé dice esa frase unas diez veces al día. Eso que le hayamos contado mi hermano y yo cuando está en nuestra presencia, porque igual en su casa la sigue diciendo. El Imbécil y yo nos lo imaginamos en la cama con la Luisa y mi vecino Bernabé diciéndole con pasión: «Te quiero, que me caiga ahora mismo muerto si te miento». Es increíble cómo aprovecha la más mínima ocasión para soltarla. Dice, por ejemplo: «Me ha costado una hora y cinco minutos venir desde el polígono Cobo Calleja hasta Carabanchel», y luego añade: «Que me caiga muerto si os miento». O, por poner

otro ejemplo: «Desde el aparcamiento hasta el portal hoy habré contado cinco carteles de Se Traspasa», y como al pobre nadie le hace mucho caso, intenta llamar nuestra atención con su frase lapidaria, «que me caiga muerto si os miento». Podría mentir y caerse muerto y tardaríamos un rato en darnos cuenta.

La verdad es que nadie se acuerda nunca muy bien de las cosas que ha dicho Bernabé pero sí de sus famosas expresiones: que me caiga muerto si os miento; se me han puesto los vellos como escarpías; lo barato sale caro o los niños son como esponjas. También dice mucho «como yo digo», aunque esté diciendo una cosa que han dicho ya todos los habitantes de Carabanchel (Alto). Esto podría parecer triste pero no lo es. El Imbécil y yo, que como diría Bernabé somos como esponjas, nos partimos la caja imitándolo y somos fans de sus frases históricas.

Por eso, he elegido la más lapidaria de todas sus frases, «que me caiga muerto aquí mismo si estoy mintiendo», para explicar una cosa crucial: Yihad, el chulo de mi barrio, va diciendo por ahí que durante todo este tiempo de silencio en que no se han publicado libros sobre mi vida mi madre no ha parado de llamar a la escritora (la que firma las frases que yo invento) para pedirle que, por favor, escribiera otro, que la gente se iba a olvidar de nosotros.

¡Falso!

Mentira bastante podrida. La verdad verdadera y que me caiga ahora mismo muerto si os miento es que mi madre tenía miedo de que yo, al desarrollar, acabara echado a perder, como le pasó a Macaulay Culkin y a tantos otros. Y encima, decía mi madre, sin que los García Moreno se llevaran una pasta para compensar el disgusto de un hijo echado a perder. «Al menos, los Culkin se llevaron lo suyo», dice mi madre. Ella, como diría Bernabé, siempre barre para casa. Pero es que además, al parecer, la escritora de mis libros se tuvo que ir de repente de España. Digo de repente porque no tuvo el detalle de llamar para despedirse. Y nos tuvimos que enterar por un periódico gratuito que tiene el señor Ezequiel en El Tropezón que se había ido a Nueva York, la ciudad que nunca duerme. Y no es que comenzáramos una labor de espionaje ni nada por el estilo.

¡Falso!

Es que mi madre, que no es por presumir pero en la CIA se la rifarían, se enteró de su dirección en la ciudad de los rascacielos y le mandó una postal de Carabanchel (Alto). Mi abuelo Nicolás dijo: «Pero, Cata, de toda la vida lo normal ha sido que la postal la mande la que se va, no la que se queda». Mi madre le miró con esos ojos suyos de mujer fulminadora, y ahí se acabó el debate.

No, no es verdad que mi madre estuviera detrás de la escritora, pero sí que es verdad que por educación (como ella dice) le ha estado mandando postales de Carabanchel (Alto) durante todo este tiempo. Eran siempre dos postales, porque que yo sepa sólo hay dos postales de mi barrio: una, de la ex cárcel, y otra de la ex plaza de toros. Ahí se acabó el rollo turístico.

A mi madre no le gusta que la gente se vaya sin despedirse, y además está harta de que si vamos al centro, la gente, al reconocermela, le pregunte a ella que qué tal lleva el embarazo, cuando ya va para tres años que nació Chirli, o la Chirli, como la llamamos nosotros cuando no está mi madre, que nos ha prohibido llamarla con el «la» delante porque dice que queda superpaleta. A mí no me parece que una escritora responsable acabe un libro contando que la

madre del protagonista está embarazada y luego se vaya a vivir a la ciudad que nunca duerme como si la historia no fuera con ella.

El caso es que la Chirli (perdón, Chirli) nació, completamente calva, hace ya tres años, y se ha hecho la protagonista de nuestras vidas, porque así lo han decidido mi madre, mi padre, la Luisa, Bernabé, algunos vecinos de mi torre, Ezequiel (el dueño del Tropezón), la tribu de los Narices Rojas, el Orejones (mi gran amigo y cerdo a la vez) y hasta el chulo de Yihad, que siempre está diciendo que no entiende cómo una niña tan maravillosa puede haber nacido en la misma familia que yo. Hay gente que piensa, aunque no nos lo diga a la cara por educación, que nos dieron el cambiazo en el nido, y que hay ahora mismo una García Moreno viviendo como una marajá en una gran mansión del barrio de Salamanca, por ejemplo. Una García Moreno taponcete, de pelo tieso y cabezona, como yo, que va todos los días a un colegio de niñas pedorrillas de la mano de una criada vestida de criada. A veces he pensado que en un futuro, cuando yo tenga, por ejemplo, treinta años, pondré el telediario y allí estará una ministra, como yo pero en mujer, contestando a una entrevista y sabré que es mi hermana biológica, eso se tiene que notar por pequeñas cosas, porque entre pregunta y pregunta se arrancará los pelos de una ceja, por ejemplo, que es un tic que yo tengo y que tiene también mi padre.

Al principio, cuando la Chirli nació, nadie se dio cuenta del cambiazo, porque ya digo, la Chirli nació calva como Bernabé, pero sin peluquín. Fue como dos años más tarde, de la noche a la mañana, cuando esa niña calva se levantó a desayunar y le habían crecido unos rizos rubios que ni los mejores peluqueros de Carabanchel han podido controlar. Cómo es posible que se acostara calva y se levantara con rizos es algo que deberían estudiar científicos de todo el mundo, pero están demasiado ocupados con la malaria, el sida o la gripe como para dedicarse a este tipo de fenómenos bastante paranormales. Aquella mañana, parece que lo estoy viendo, a mi abuelo se le cayó la cuchara llena de soperío (galletas y leche) de la mano y dijo:

—Dios mío, es Chirli Temple rediviva.

Nosotros no sabíamos quién era Chirli Temple, pero el Imbécil, que con sólo siete años se había convertido ya en un experto informático, la buscó en Internet y todos vimos las fotos de una niña antigua, te hablo de cuando el pasado era todavía en blanco y negro. La verdad, era idéntica a mi hermanita. Y aunque la bautizaron con el nombre de mi madre, Catalina, y mis padres querían que la llamáramos Cati y la Luisa le hizo una sábana en la que se lee «Katy», ya nadie la llama por su verdadero nombre y en todo Carabanchel es conocida como la Chirli, una niña bastante prodigiosa.

Lo que al Imbécil le gustaría es que vinieran, cuanto antes mejor, unos médicos de Silicon Valley, le hicieran a nuestra Chirli una prueba del ADN y al día siguiente apareciera en todos los rotativos del mundo internacional que en Carabanchel vive la verdadera nieta de aquella niña estrella del séptimo arte. El Imbécil está desesperado porque nos la quitamos de encima. Y yo le sigo un poco el rollo por solidaridad, porque sé lo que se sufre cuando viene un hermano más guapo a quitarte el protagonismo. He pasado por ello. Pero que me caiga aquí mismo muerto si no te confieso que a mí me daría pena que Chirli desapareciera de nuestras vidas, aunque sea una pesadilla vivir con una niña prodigio que canta y baila en cuanto tiene público. Para la Chirli, el

público puede ser una sola persona sentada en el sofá. Fue salirle los rizos y ese mismo día histórico rompió a andar, bailar y cantar, todo al mismo tiempo, y a partir de esa misma fecha el Imbécil y yo evitamos sentarnos en el sofá, con lo que nos gustaba, porque si te sientas, tienes que mirarla y luego aplaudir. Si no, se tira al suelo y llora y mi madre nos regaña y dice que tenemos muy mala sombra.

Y no es que el Imbécil haya dejado de ser un tío guapo, pero ahora es solamente «un secundario de lujo», como dicen en la tele cuando hablan de un actor que nunca fue el protagonista y que se ha muerto. Pues eso. El Imbécil se ha convertido en un secundario de lujo, y yo... Yo me veo más como «un actor de carácter», que es lo que dicen cuando el que se ha muerto era feo pero un tío interesante.

Todo el mundo piensa que el Imbécil nos sacará de pobres y será el nuevo Steve Jobs, porque con sólo siete años puso en marcha el ordenador viejo que nos regaló la Luisa. Ha instalado su oficina de Silicon Valley detrás del mueble-bar y allí es donde tienes que ir a buscarle si no le encuentras. Es una forma de hablar, porque en mi casa es imposible perderse. También se da por hecho que la Chirli será famosa en la música internacional porque los escenarios españoles se le quedarán pequeños. Pero a nadie se le ocurre qué decir cuando se habla de mi futuro. La Luisa dice: «Bueno, tampoco todo el mundo tiene que ser famoso». Bernabé dice: «Hay valores en las personas mucho más importantes que el de tener dinero». Y se hace un silencio porque en mi casa actualmente nadie sabe cuáles son esos valores.

Es entonces cuando el Imbécil sale de su Silicon Valley de detrás del mueble-bar y dice: «Manolito estará siempre conmigo». Y también es entonces cuando la Chirli, que está interpretando Alejandro de Lady Gaga encima de la mesa, se viene como una posesa hacia mí, me agarra del otro brazo, y grita: «¡Manolito mío!» La verdad, lo de tener madera de líder es un misterio, porque aparte de ese don nadie parece que me vea otras cualidades. Yo a veces pienso que teniendo madera de líder igual sirvo para político, pero si tú oyeras lo que dicen mis padres y mi abuelo de los políticos cuando salen en la tele se te quitarían las ganas.



El caso es que la Chirli y el Imbécil empiezan empujándose por estar a mi lado y, luego, si les dejas, siguen con pellizcos y mordiscos, porque la Chirli es una niña que muerde y mi madre está esperando a que vaya a la guardería para que las señoritas la quiten esa costumbre tan fea. Yo acabo en medio de los dos, recibiendo, y escuchando a mi madre que dice: «Manolito, cómo te gusta provocar a tus hermanos, hay que ver qué poco conocimiento tienes para ser tan mayor». Y me tengo que quedar hasta que consigo tranquilizarlos, cada uno agarrado a una parte de mi cuerpo como si fuera suya. Ser líder en tu propia casa es algo que te da mucho estrés y yo vivo con mucha tensión porque tengo que poner paz en una guerra que siempre está a punto de estallar. Ya no tengo (casi) celos, como antes tenía del Imbécil, no sé si te acuerdas, porque en la actualidad me paso el día separando a dos seres que se odian bastante.

No sé qué seré en un futuro, pero me puedo imaginar que me pasaré la vida yendo de Silicon

Valley a Hollywood. Menos mal que me han dicho que no pillan lejos. Pasaré una semana con cada uno, como hace mi amigo el Orejones con sus padres, que tienen la custodia compartida.

Pero «que me caiga ahora mismo muerto» si sé cuál es la razón por la que la escritora, después de tanto tiempo, volvió a Carabanchel Alto para sonsacarme información y escribir un nuevo libro. ¿Tal vez necesitaba dinero fresco? ¿Tal vez añoraba los viejos tiempos? Nadie ha podido descifrar este misterio. Mi madre al principio se puso muy dura con ella. Le dijo que yo había vivido traumatizado todos estos años. Exageró un poco, la verdad. Y la tía se defendió diciendo que si había dejado de escribirlos era porque estaba harta de la repercusión y que había directores de colegio y profesores que decían que yo no era un niño pedagógico y también contó que había unos países en los que les parecía que había que prohibir un libro con una madre que diera collejas y otros países en los que les parecía supermal que el Imbécil y yo le diéramos a la Boni de comulgar chocolate porque decían que maltratábamos a una perra anciana. Y que eso eran sólo dos ejemplos al buen tuntún pero que podía escribir un libro con todas las cosas horribles que le había dicho la gente de mi comportamiento.

La escritora terminó diciendo que nosotros no sabíamos lo que ella había pasado con estos libros. Mi madre se quedó pálida como una puerta, porque no podía imaginarse que sus collejas fueran famosas más allá de nuestras fronteras, y yo me quedé más pálido todavía, porque yo siempre había pensado que si le daba un trocillo de chocolate a la Boni (quitándomelo de mi propia alimentación) estaba haciendo el bien. Pues no, era un maltratador en toda regla. Como mi madre.

Casi tuvimos que pedirle perdón. Y mi madre, que estaba tan chulita antes de nuestra conversación en El Tropezón y le había dicho a mi abuelo que esta vez no pensaba hacer el tonto y que iba a exigirle que me costeara una formación de élite, tuvo que recular y se conformó con que le prometiera que si la cosa iba bien, sólo si la cosa iba bien, nos compraría al Imbécil y a mí un ordenador nuevo, que es algo muy necesario para convertirse en alguien en nuestros días. Y dijo una frase tan lapidaria que parecía de Bernabé, dijo que a los niños era mejor enseñarles a pescar que darles el pescado.

Te diré que para mí es un alivio que no me quiera costear una formación de élite porque eso significaría salir de Carabanchel Alto y todavía no estoy preparado.

Después de darnos mucha pena por lo mal que lo había pasado por nosotros se fue. Pero volvió unos cuantos días y el Imbécil le tuvo que arreglar la grabadora porque es una torpe con las tecnologías. No lo digo yo, lo dijo ella misma.

Advertencia: en este libro no hay ni un solo pedo, para que nadie se moleste. ¡Miento! Hay dos de Chirli. Búscalos.

No sé porque me hace tanta ilusión el ordenador si se lo acabará apropiando el Imbécil, que es el superdotado. Yo, todavía, como dice mi vecino Bernabé y como podrás ver en las próximas páginas, soy un melón sin abrir.

Un secundario de lujo



No sé si te acuerdas de que siempre empiezo todas las historias desde el principio de los tiempos. El principio de los tiempos de la vida actual en casa de los G. M. fue la llegada a este planeta de (la) Chirli. Pero antes de que naciera hubo un embarazo. Creo que no es necesario explicar en este capítulo cómo es la reproducción humana porque, personalmente, este tema me sale ya por las orejas: todos los años lo damos en Conocimiento del Medio, así que te puedo decir que la teoría la domino. Al principio tenía su interés, y nos reíamos bastante cuando salía en el libro la palabra «vulva» o la palabra «testículo» y ya no te digo si aparecía la palabra «pene», pero te puedo asegurar que después de cuatro años de vengas con lo mismo hemos perdido la ilusión en esos temas.

Yihad, el chulo de mi barrio, le preguntó el otro día a mi *sita* Asunción:

—*Sita*, ¿cuándo nos llegará el momento de la práctica?

Yo casi me caigo al suelo de la risa. Casi siempre le río las gracias a Yihad sólo para que no me rompa las gafas, pero hay que reconocer que esta vez el tío estuvo sembrao. Lo increíble es que la *sita* me echó a mí de clase, y cuando luego le pregunté a la salida por qué me castigaba a mí y no al autor de los hechos, mi *sita* me dijo que porque Yihad era un niño que ya no tenía remedio y, en cambio, yo aún tenía salvación. Me fui casi flotando a casa porque es la primera vez que la *sita* me dice algo positivo. Para que veas con que poco me conformo.

Pues eso, que el principio de los tiempos de esta historia es el embarazo de una madre, la mía.

El Imbécil es un niño imprevisible. Eso lo dice la Luisa. Siempre dice que el Imbécil es un niño imprevisible. Y yo lo repito:

1. Porque es verdad.

2. Porque, como ya dije en el capítulo anterior, las palabras no pertenecen a nadie. Y aunque ésta es una palabra que a mí no se me ocurriría pronunciar nunca delante de mis amigos, la uso porque es verdad, porque el Imbécil es un niño imprevisible.

Resulta que hace tres años mi madre se pasó no sé cuántos días dándole vueltas a cómo decirle al Imbécil que dentro de nueve meses íbamos a tener un hermano o, en su defecto, hermana. Decía mi madre que el pobre se iba a deprimir bastante porque era la peor noticia que podía recibir un niño que desde que nació había sido el mimadito de la sociedad. A mi madre se la notan las

preferencias a distancia: no te creas que se preocupaba por mí, qué va, sólo se preocupaba por su Imbécil. Pero no me importa, ya tengo callo.

Por resumirte la vida del Imbécil hasta ese momento te diré que es un niño que había tenido suerte desde la cuna. Todo el mundo siempre había estado pendiente de él, adorándole, sobre todo mi madre, que babeaba. Y todavía babea, aunque ahora un tanto por ciento de sus babas, pongamos un treinta por ciento, son para la Chirli. Y a mí siempre que me den morcillas porque desde que nació el Imbécil tengo mucha fama de ser un celoso que siempre está comparándose con el hermano pequeño. Y es verdad, desde que tengo memoria comparo lo que se gastan en el cumpleaños del Imbécil con lo que se gastan en el mío. Conozco los precios de los mercados. Y que me caiga ahora mismo muerto si no es verdad que se gastan en sus regalos por lo menos uno o dos euros más. Y eso a mí me hace bastante daño.

Pero mi depresión a mi madre no la importaba, a ella sólo la importaba la depresión que iba va a pillar el Imbécil cuando le llegara el hermano o, en su defecto, hermana, y tuviera que abandonar la habitación de mis padres, que ya iba siendo hora, por cierto, porque cuando nació Chirli el Imbécil era un niño de casi cinco años al que se le salían las patas por los barrotes de la cuna, y no me digas a mí que esto es normal. Entrabas por la noche y te encontrabas con esa visión estremecedora: una cuna pegada a la cama de unos padres y en esa cuna un niñorro gigante con los pies fuera de los barrotes.

Me acuerdo de que una noche tuve una pesadilla que nunca olvidaré: soñé que el Imbécil se había hecho mayor y los pies ya le tocaban el suelo y tenía las piernas llenas de pelos. Me desperté sudando, como en las películas, y como no se me quitaba esa terrible visión de la mente cerebral me armé de valor y fui a la habitación de mis padres. A oscuras y aún temblando puse las manos hacia delante, como hacen los sonámbulos, y al tocar unos pies enormes de los que salían unas piernas peludas me puse a gritar y también se puso a gritar un hombre al superunísono. Pensé, Dios mío, el tiempo se me ha pasado sin sentir... Pero entonces alguien dio la luz y allí estaba mi padre, tumbado, con la mano en el corazón, y dijo jadeando, como cuando en las películas la gente pronuncia sus últimas palabras: «Para una vez que me quedo en casa entre semana».

Yo me eché a llorar, porque matar a un padre de un susto es algo de lo que te vas a arrepentir siempre y porque es lo que suelo hacer cuando siento que las collejas sobrevuelan mi cabeza. Y entonces dije, he tenido una pesadilla. Y mi padre dijo, anda ven. Y me hizo un sitio a su lado y me pasó el brazo por el hombro y entonces escuché su corazón, bum bum bum, y a punto estaba de quedarme dormido cuando el Imbécil, que por aquellos días aún tenía el sistema de balancearse sobre su barriga en la baranda de la cuna para dejarse caer en la cama de mis padres, cayó sobre mí con todos sus kilos de niñorro gigantesco, y entonces mi corazón sonó, bum bum bum, pero eso a mis padres no les despertó porque ya tenían asumido que el Imbécil les caía encima a media noche y no se asustaban, igual que uno no se asusta ni se despierta cuando pasa el camión de la basura.

Lo que te estaba diciendo: que mi madre se pasó todas aquellas Navidades hablando en plan

secretillos con la Luisa y con mi padre, supermisteriosa todo el tiempo, y yo estaba bastante mosqueado porque a mí la gente cuando se pone a decirse cosas al oído para que yo no las oiga es que me cae fatal aunque sean de mi familia. Pero resultó que un día histórico, la víspera de Reyes, mi madre le dijo a mi abuelo que, por favor, que se bajara al Imbécil a la Cabalgata de Carabanchel, y ya me estaba poniendo yo la chupa para irme con ellos, cuando suelta mi madre: «No, Manolito, tú espérate un momento conmigo y luego les alcanzamos». Yo ya tenía la boca abierta para protestar. Bueno, «en honor a la verdad», como dice mi padrino Bernabé, yo siempre tengo la boca abierta porque como las gafas se me van escurriendo hasta la mitad de la nariz no respiro bien y tengo que llevar la boca abierta todo el tiempo para no morir ahogado. Pero vamos, que en este caso tenía además la boca abierta para decirle a mi madre que también quería ver la Cabalgata desde el principio (de los tiempos) y en esto que fue mi madre y me guiñó un ojo mirando al Imbécil. «En honor a la verdad» la intriga me carcomía.

El Imbécil y mi abuelo tardaron mucho en irse porque el Imbécil no encontraba su chupete cochambroso, uno que tenía desde que nació y que mi madre hervía cada dos por tres porque al Imbécil se le había caído al váter o a la calle o al cubo de la basura pero que era preferible hervirlo a soportar sus aullidos de desesperación.

Además, luego, me acuerdo de que también estuvo buscando la Barbie Corazón que era su preferida y estaba empeñado en subirse esa Barbie a sus hombros y enseñarle la Cabalgata, porque en aquellos tiempos el Imbécil era un niño que creía que las Barbies eran gente humana y tenían sentimientos. Para colmo, mi madre se pasó media hora abrigándolo, que yo creo que lo raro es que hayamos sobrevivido a sus abrigamientos, porque entonces nos ponía la bufanda apretada hasta los ojos, como si fuera un torniquete. Hubo veces que yo vi al Imbécil rojo y era porque no le estaba llegando el oxígeno a su cerebro. Mi madre le anudaba la bufanda tan fuerte que los mocos del Imbécil se iban desparramando por la bufanda y ahí se le quedan secos como el superglú. Había veces, y que me caiga muerto ahora mismo si miento, que llegábamos a casa por la noche y la bufanda se le había quedado pegada y había que pegarle un tirón mortal. Igual que cuando la Luisa se hace la cera en el bigote, que yo la he visto.

Yo ya no podía más de la intriga. Incluso me había empezado a arrancar la ceja derecha, que es lo que hago cuando estoy atacado de los nervios. Por fin, mi abuelo y el Imbécil se fueron después de que mi madre le diera al Imbécil cien mil besos, que parecía que en vez de a la Cabalgata se iba a un Erasmus, y entonces yo y mi madre nos quedamos solos bastante frente a frente. La tensión se mascaba en el ambiente. Y fue entonces cuando mi madre se sentó en el taburete del mueblebar, que parece que la estoy viendo ahora mismo, y dijo:

—A lo mejor tenemos un hermanito. O hermanita.

Y yo me quedé, te lo juro, tan petrificado que podrían haber venido a estudiarme a Carabanchel antropólogos de todo el mundo. Era lo que menos me esperaba en la vida: un hermanito. Y entonces mi madre dijo que ella tampoco se lo esperaba y que había sido una sorpresa bastante sorprendente, que al principio le había sentado como un tiro, pero que al final estaba segura de que todos íbamos a ser muy felices porque un niño recién nacido, decía mi madre, traía mucha alegría a las familias, aunque las familias no quisieran al principio a ese

recién nacido ni por asomo, pero como ese recién nacido luego tenía una gracia que te morías, esas mismas familias, que al principio es que no querían ni verlo, lo pasaban de muerte en el futuro riéndose a mandíbula batiente con las gracias del recién nacido ese.

Yo ya me conocía el tema. Mi madre me lo había vendido de la misma manera cuando el Imbécil estaba a punto de llegar a este mundo y yo me lo había creído porque entonces era un niño de la infancia y no sabía nada de la vida pero ahora estaba lleno de experiencia y ya no me podían engañar.

De todas formas, ya te digo, mi madre no estaba preocupada por mí, sino por su ojito derecho. A ella la preocupaba cómo se lo iba a tomar el Imbécil y lo que de verdad quería era que yo le dijera al Imbécil que tener un hermanito (o en su defecto, hermanita) era algo que todos los niños deberían estar deseando. Las madres son muy liantas. Y la mía, la más lianta de todas. Quería que colaborara con ella en el mayor engaño de la historia.

Total, que al día siguiente fue Reyes y al día siguiente el día de después de Reyes (claro) y luego empezamos otra vez el colegio y la vida volvió a ser un rollo (repollo). Y todo ese tiempo estuvimos sin decirle nada al Imbécil porque mi madre decía que no encontraba el momento. Pero di que un sábado estábamos viendo en la tele *Batman. El Caballero Oscuro*, que es la película favorita del Imbécil, porque es un niño que ama la violencia en el cine, y en esto que llegan los anuncios y sale un anuncio de Iberia en el que se veía un cielo plagado de bebés voladores de todas las razas del mundo. Bebés blancos, chinos, negros, indios y a lunares. Y entonces mi madre va y con toda la intención le pregunta al Imbécil:

—¿No te gustaría tener uno de esos bebés, cariño?

—Sí, uno. El nene quiere uno.

—¿Quieres que te lo traiga mamá?

—Quiero el chino.

—¿Y si te traigo uno que no sea chino? Mira ése qué bonito es el que no es chino, el blanquito —dijo mi madre señalándoselo—, también es muy gracioso.

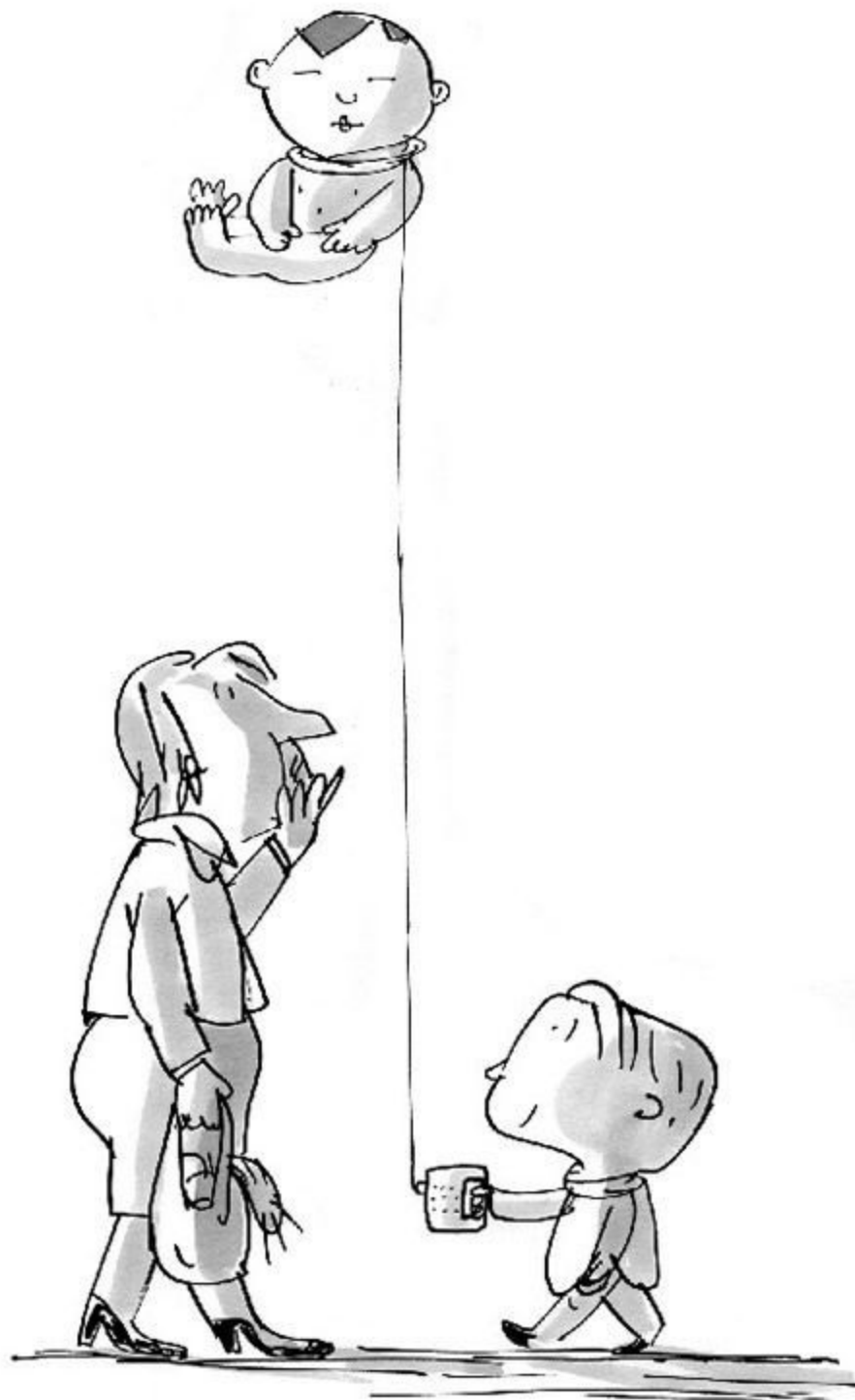
—No, el nene quiere el chino volador. Si no es chino el nene no lo quiere.

Nos quedamos todos pensativos porque el Imbécil siempre fue un niño de ideas fijas y además tiene una memoria de elefante y como nos avisara de que lo quería chino estábamos seguros de que iba a montar un pollo en el mismo hospital cuando viera que a mis padres los niños no les salen chinos, les salen como nosotros.

Te parecerá que en mi familia somos idiotas pero nadie se atrevió a decirle al Imbécil que el hermanito o, en su defecto, hermanita, nunca sería chino, y a partir de aquel momento bastante histórico todos hablamos de la llegada del chino, del nacimiento del chino, de cómo se iba a llamar el chino. Te decía al principio que el Imbécil es imprevisible porque en vez de pillarse la típica depresión preparto cada vez que le nombrábamos al chino el tío se partía de risa y preguntaba todo el tiempo, cuando llegábamos del colegio, que si el chino había llegado ya por fin. «Está impaciente —decía mi madre—, se muere de ganas de tener a su hermanito». Y el Imbécil la corregía sacándose el chupete de la boca y levantándolo hacia arriba, como hacía cuando iba a decirnos algo bastante fundamental:

—El nene tiene ganas de tener al chino.

Porque la idea que tenía el Imbécil de un hermanito era bastante rara, la verdad. Un día que oyó a mi madre que hablaba de que había que ir pensando en arreglar el cuarto y comprarnos de una vez por todas unas literas a mí y al Imbécil, el Imbécil salió de casa como loco sin que pudiéramos detenerlo. De pronto oímos los ladridos de la *Boni*, la perra de la Luisa, en la escalera, y era que el Imbécil le había arrebatado su cojincillo de la *Boni* y subía con él, y la *Boni* venía detrás mordiéndole los zapatos. Pero el Imbécil ni caso porque a él nunca le han dado miedo ni las personas ni los animales.



—Aquí dormiré el chino —dijo poniendo el cojincillo al lado del mueble-bar.

También otro día subió la Luisa diciendo que le había desaparecido el cacharro del pienso de la *Boni* y lo encontramos en el mismo sitio, detrás del mueble-bar. El Imbécil se creía que al chino

lo íbamos a criar por los suelos, que ningún bebé volador se atrevería a expulsarle de su cuna en el cuarto de mis padres, y que seguiría ahí hasta que le salieran las famosas dos patas peludas por los barrotes de la cama, como si fuera Gulliver en la cárcel de los liliputienses. Tampoco se imaginaba que habría otro niño sentado en una trona como la que él tenía para comer, desde la que nos mandaba como un dictador y nos tiraba garbanzos a propulsión con la cuchara como nos atreviéramos a desobedecer sus órdenes.

El Imbécil, en su imaginación calenturienta, se creía que al chino habría que bajarlo al parque como a la *Boni* para que hiciera sus cosas y que le podríamos llevar con correa. También le robó la correa a la *Boni* porque al Imbécil lo que más ilusión le hacía de tener un chino volador era poder llevarlo con correa y sacarlo a pasear al Parque del Ahorcado.

Un día que fuimos con mi madre al ambulatorio para ver si el famoso chino seguía engordando en su barriga, una señora, que era como todas las señoras que están en una sala de espera, una cotilla, le preguntó al Imbécil si estaba contento porque iba a tener un hermanito nuevo. Y el Imbécil le contestó que no, que no, que él no iba a tener un hermanito, que iba a tener un chino volador, y que mi madre lo llevaba en la barriga porque que era un chino bueno y no mordía y que a veces se notaba que estaba vivo porque movía el rabo. Y el Imbécil agarró a la señora la mano y se la puso encima de la barriga de mi madre y gritó:

—¡Ahora, ahora está moviendo el rabo el chino!

Y la señora se pegó un susto, apartó la mano de golpe y nos miró raro. Y mi madre se quedó sonriéndola como sin saber qué decir. Yo la dije a mi madre que alguna vez tendríamos que decirle al Imbécil algo de la verdad de la vida y de lo que le esperaba. Y mi madre me dijo, ya llegará el momento, que no quiero líos antes de tiempo. Y yo le dije que el Imbécil en realidad lo que quería tener era un perro, y mi madre dijo: «¡No me calientes la cabeza, Manolito, que siempre vas a ponerme la cabeza como una olla a presión!» Y yo dije que vale, que bueno, pero que el que avisa no es traidor. Y mi abuelo me hizo una seña para que me callara porque tenía la teoría de que a las madres embarazadas no se las puede llevar la contraria y menos a la mía, que no se la puede llevar la contraria nunca.

Luego entramos con mi madre a la consulta porque mi madre decía que así íbamos comprendiendo cosas del misterio de la vida. Vimos al chino en la pantalla, escuchamos su corazón palpitante y luego el médico nos enseñó la foto que estaba bastante oscura. El Imbécil señaló entonces una mancha y dijo: «Aquí está el rabo», y el médico se mosqueó porque hacía un momento que le había dicho a mi madre que todavía no se veía si era niño o niña y los médicos de siempre han querido saber más que nadie. Total que nos echó de su despacho. Ya en la sala de espera el Imbécil me dijo: aquí no dejarán pasar al chino, pero el nene se quedará con el chino en el parque paseando.

Siempre fue un niño bastante cabezota y cuando se le mete algo en la cabeza, no le digas lo contrario que te la monta. Yo pensé que el día en que naciera el chino y él viera cómo era dicho chino los aullidos del Imbécil se oirían hasta en Carabanchel Bajo. Pero, de momento, igual tenía razón mi madre y era mejor no contarle la verdad cruda, porque, conociendo como conocemos al Imbécil, ¿quién se atrevía?, ¿te hubieras atrevido tú?

El día del nacimiento, al que llamaremos día FD (Fatal Desenlace), llegó, y, si quieres que te diga la verdad, a esas alturas yo también me esperaba algo parecido a un perrito pequinés, raza originaria del gigante asiático, o una especie de centauro, mitad perro mitad bebé de Iberia. No es que hubiera perdido la cabeza, pero las ideas del Imbécil siempre han sido altamente contagiosas. Soñé varias veces con el bebé pequinés. Me lo imaginaba como uno de los bebés voladores del anuncio, soñaba que lo sacábamos con la correa al Parque del Ahorcado y era maravilloso porque flotaba y era como si lleváramos un globo enorme y todo el mundo nos envidiaba esa mascota que nuestra madre nos había traído al mundo.

Recuerdo, como si lo estuviera viviendo ahora mismo, que el día FD volvimos del colegio y nos encontramos con que sólo estaba mi abuelo en casa y nos dijo que dejáramos la cartera porque nos íbamos al hospital. Acto seguido, el Imbécil se subió al sofá y empezó a dar saltos de alegría incontenible, y yo pensaba, pobrecillo, vaya chasco que se va a llevar en breves instantes. Nunca me había sentido tan superidentificado con él. Eso es lo que tiene ser un niño con experiencia de la vida, que ya lo has vivido todo en tus propias carnes y ya casi nada te impresiona. En aquellos días yo tenía en la cabeza hacerme un poco millonario con un libro de auto-ayuda para niños de cinco años que iban a tener un hermano. Me parecía algo que los mercados estaban pidiendo a gritos. Estaba seguro de que sería un bombazo y pagaríamos la hipoteca del camión, compraríamos las literas, podríamos construir el adosado de nuestros sueños, y mis padres se arrepentirían de haber tenido tan poca confianza en mi gran talento. Y todo esto sin tener que ir a un colegio de élite. Lo que más me gustaba de mi sueño es que mis padres sufrieran un poco por el poco caso que me habían hecho desde que el Imbécil nació para arrebatarme el protagonismo. Pero mi abuelo me quitó la idea de la cabeza, porque me dijo, y ahí tuve que darle la razón, que era muy difícil que tuviera éxito de crítica y público un libro destinado a niños de cinco años dado que a esa edad los niños son (prácticamente) analfabetos y que entonces el libro tendrían que leérselo sus madres y ellas se negarían dado que ellas siempre se ponen de parte del más pequeño. No me importó porque a mí se me ocurren ideas para *best sellers* prácticamente todos los días. Pero con la vida que llevo, el colegio y tal, te juro que no tengo tiempo. Está claro que si quieres ser escritor no puedes trabajar.

Cuando llegamos al hospital ya estaba todo el mundo allí. Cuando digo todo el mundo me refiero lo que viene siendo todo el mundo en estos casos: mi padrino Bernabé, la Luisa y mi padre. Estaban al fondo del pasillo verde y olía como huelen los hospitales: a desinfectante, a sopa de fideos y a gasa. De pronto, me pareció tener un «ya lo vi», como dice la Luisa. Un «ya lo vi» consiste en estar viviendo algo que te parece que ya has vivido o en años pasados o en anteriores reencarnaciones.

Era la misma imagen que tuve ante mis gafas cinco años atrás, cuando yo era ese niño inocente que iba de la mano de mi abuelo por el mismo pasillo y los mismos tres estaban esperando de pie, en la puerta de la habitación de mi madre. Ahora llevábamos de la mano al Imbécil, colgándose de nuestros brazos y dando saltos de alegría. Se supone que ésa era la última vez que hacíamos ese paseillo porque mi padre había declarado unos días antes en la cocina que ésa era la última vez en su vida que iba a estar en aquel pasillo verde ya que él, dijo, no pensaba traer más García Morenos a este planeta. Yo le dije que no podía estar tan seguro porque los niños, siempre según mi madre, venían cuando menos se les esperaba. Y él me miró y dijo: «Te digo que yo he cortado el grifo». Yo le miré sin entender. Y entonces él dijo: «¿Cuántos años dices que llevas dando la reproducción humana en el colegio?» Y mi abuelo le cortó diciendo: «Deja al angelico en paz, que entre su madre y tú le exijís que tenga más conocimiento del que le corresponde». Dos años y medio más tarde creo que he entendido lo que significa cortar el grifo, pero no lo voy a contar aquí porque siempre cabe la posibilidad de que lo haya entendido al revés y no quiero pillarme las manos.

Llegamos a la puerta de la habitación y todas las miradas se centraron en el Imbécil. Ya te digo, de mí pasaban bastante. Al lado de mi madre había la típica cuna que le ponen a cualquiera que nace. Todos rodeamos al Imbécil. Yo tenía celos y curiosidad, las dos cosas compitiendo en mi cerebro. Mi madre hizo una cosa que hacen todas las madres cuando quieren enseñar a su nuevo hijo y que yo no entiendo muy bien por qué: le quitó la sabanita que tapaba al bebé y lo dejó al descubierto para que lo viéramos entero. El Imbécil dijo:

—Éste no es.

Y mi madre le corrigió:

—No es éste, cariño, es ésta. Es una niña.

Entonces fui yo quien me acerqué a la cuna. Jamás había pensado que podía ser una niña. Cualquier otra cosa me hubiera impresionado menos, un bebé chino volador, un pequinés, un bebé mitad niño mitad perro, en fin, lo que se le suele pasar a uno por la cabeza si convive con el Imbécil, pero no podía pensar que fuera una niña. De pronto, la idea, no me preguntes por qué, me gustó un poco, pero lo oculté en solidaridad con mi hermano al que, por antigüedad, quería un noventa por ciento más que a la recién llegada. Yo, en eso, soy un cuadrículado. Y fue entonces cuando el Imbécil soltó aquella frase bastante histórica:

—Ésta no es. Yo no la quiero.

Se hizo un silencio bastante sepulcral. No sólo porque por primera vez mi hermano no se iba a salir con la suya, sino porque también por primera vez en su vida había hablado como todo el mundo habla, en primera persona.

Hasta hacía tan sólo una hora, hasta que pisamos aquel pasillo verde, el Imbécil hablaba como los grandes artistas y como los políticos, como si fuera una autoridad dirigiéndose al pueblo, «el nene quiere un chino», «el nene tiene un pedo», «el nene no come verde», en fin, sus típicas declaraciones públicas. Pero fue ver a esa bebé a la que llamaron Catalina, como mi madre,

aunque ya nadie se acuerde, y que más tarde sería conocida en todo Carabanchel Alto como (la) Chirli, y el Imbécil ya nunca volvió a ser el mismo. Ya nunca volvió a hablar de sí mismo como «el nene». A mi madre y a la Luisa les temblaron las barbillas. «Lo hemos perdido», pensaban con los ojos inundados en lágrimas. A mí también me pareció que, de pronto, el Imbécil se había hecho treinta años más viejo. El niño-anciano se metió las manos en los bolsillos y, después de decir otra vez «ésta no es, no la quiero», se dio media vuelta, y yo y mi abuelo tuvimos casi que echar a correr detrás de él porque ya estaba a punto de entrar en el ascensor.

Mi abuelo dijo que nos invitaba a comer en Ching-Chong, el chino de mi barrio. Fue una comida superrara porque el Imbécil no se puso los palillos en la nariz como Fétido, que es una gracia que siempre hace y siempre es igual de graciosa, y estuvo toda la comida bastante silencioso, como si fuera un niño con una gran vida interior. Para colmo, en la galleta de la suerte le salió el siguiente mensaje: «Compartir te hará feliz». No le debió de gustar porque se subió a una silla y tiró el mensaje a una pecera oceánica llena de peces mutantes. Uno de los peces mutantes se comió el papel. Me pareció bastante simbólico.

El Imbécil se salió a la calle antes que nadie. Mientras mi abuelo pagaba la cuenta yo le vigilaba por la cristalera. Daba patadas a los chinorros que había en el suelo. Cuando yo salí, me dijo: «Bajamos el balón y tú me tiras y yo hago paradones».

Aquella tarde, con todo el mundo (mi padre, Bernabé y la Luisa) todavía en el hospital nos pudimos quedar en la calle hasta las nueve sin que nadie se preocupara por nuestras vidas. Al rato de llegar aparecieron Yihad y Melody Martínez. Ellos también querían tirar, así que nos fuimos turnando. Nunca en la vida en este planeta ha habido ni habrá un tío que haga los paradones que el Imbécil hizo esa tarde. Ni tan siquiera Iker Casillas hubiera podido superarlo. Estaba como furioso y como poseído y se lanzaba al suelo sin importarle su integridad física. Acabó con la cara roja y con unos mocos que le caían y que se limpiaba con la camiseta. No había habido manera de colarle una. Tuve que despegarle de la tierra para llevarle a casa porque si les hubiera dejado a él y a Yihad hubieran seguido hasta el día siguiente. Yihad porque no podía irse a su casa sin meter un gol y el Imbécil porque se había convertido en una máquina de parar.

Por la escalera le empezó a salir sangre de la nariz y fue dejándolo todo perdido porque no sabíamos con qué limpiarle. Mi abuelo lo vio y se asustó y le mandó a la ducha. Después de eso, ya limpio aunque lleno de magulladuras y con su melena mojada y peinada para atrás, se sentó en el sofá a mi lado y se echó encima de mí, como cuando tenía tres años y no le daba vergüenza ser pequeño. Esa noche se vino a dormir conmigo y con mi abuelo, parecía que se daba cuenta de que ya sobraba en la habitación de mis padres, y es un niño bastante orgulloso. En mitad de la noche me despertó mi padre, que acababa de volver.

—¿De qué es esa sangre que hay en toda la escalera? —me dijo.

—De la nariz del Imbécil.

—Ah, bueno —dijo mi padre.

Ya puedes desangrarte vivo que, si es por la nariz, a un padre o a una madre les parece estupendo.

Mi padre dijo: «¿Estás contento con tu hermana?» Y yo le dije que sí. Aunque todavía no

podía saberlo. Cómo vas a estar contento con alguien que no conoces. Y mi padre me preguntó que qué tal mi hermano. Y le dije que ya estaba acostumbrando, aunque yo sabía que no era cierto, pero me dio un poco de rabia que todos estuvieran tan preocupados por él. Cuando se fue mi padre me quedé mirando al Imbécil. Había tanta luz por la farola y por la luna que veía su cara a la perfección. Tenía todavía el algodón en la nariz y dos arañazos en la cara. Era como uno de esos actores que sólo salen un rato pero que roban la película. De ser el protagonista había pasado a ser un secundario de lujo y a mí me entraron:

- a) Celos
- b) Pena

Por ese orden.

La casa de nuestros sueños



Mi madre siempre quiso tener un chalet como el que la Luisa tiene en Miraflores de la Sierra. La Luisa siempre quiso tener unos hijos como nosotros. Mi madre quería una casa en la sierra pero no tenía dinero, y la Luisa quería unos hijos en su casa, pero la vida, siempre lo dice, no se los dio. Mi madre siempre ha estado encantada de darnos en adopción (preferentemente) los fines de semana; la Luisa, en cambio, no deja su mansión de la sierra a nadie ni aunque la maten, porque dice que la casa es algo muy personal de una misma y que no que no.

Mi madre nos entregó varias veces en adopción para que la Luisa nos llevara a la sierra, porque dicen que es bueno que a los niños les dé el aire del campo. Pero resultó que las veces que fuimos a pasar el fin de semana le rompimos con el balón varios farolillos de los enanos de piedra que tiene la Luisa para iluminar el jardín y ya no nos dejó jugar más en el patio. Además se hartaba de gritarnos que teníamos que andar por el caminito de piedras y no pisar jamás el césped. «¡Haceros a la idea de que el césped está electrificado!», nos gritaba desde la ventana. No me preguntes por qué, pero no nos salía de las narices hacerla caso y hacíamos como que nos caíamos en el césped electrificado y nos daba mucha risa.

Así que se hartó, y siempre que íbamos nos pasábamos sábado y domingo dentro de la casa, recocidos delante de una chimenea que encendía mi padrino, con dos batines que nos había comprado en el Champion para que hiciéramos juego con Bernabé. A la Luisa le hace siempre muy feliz que todo haga juego, que todo esté conjuntado, pero cuando el Imbécil encontró guardados en los cajones secretos de la Luisa varios peluquines antiguos de Bernabé, como de color marroncillo, y nos los pusimos con los batines para jugar a que éramos sus hijos verdaderos, no le hizo ninguna gracia, y se puso a chillar, como cuando le rompimos el farol a los enanos y como cuando nos caíamos al césped electrificado.

Menos mal que mi padrino Bernabé se apiadó de nosotros y nos dijo que podíamos llevar los peluquines con la condición de que jamás nos viera nadie de la urbanización. Se ve que en esa urbanización son idiotas y no se han dado cuenta de que el pelo de Bernabé es falso. Vamos, falso no, es un peluquín hecho con pelo de la Luisa, aunque ellos creen que es pelo nacido del cerebro bernaberiense. Así que, si llevábamos puestos los peluquines y llamaban a la puerta, nos los quitábamos superipsofacto de la cabeza y nos los metíamos en el bolsillo de nuestros batines respectivos.

El mejor rato de nuestra época de niños adoptados en la sierra fue una tarde que estuvimos recocidos con los batines de felpa y los peluquines jugando con Bernabé y la Luisa al Monopoli. Siempre lo recordaré. Parecíamos hijos biológicos. Pero acabamos mareaos del calor y el Imbécil

volvió a Carabanchel con un sarpullido de urgencias y yo noté que a mi madre le dio un alegrón que no podía disimular, porque a las madres de Carabanchel (Alto) las encanta que vuelvas malo de las excursiones. No me preguntes por qué, es un misterio sobre el que están investigando varios premios nobeles.

Pero comenzaré esta historia crucial desde el principio de los tiempos. Como ya he dicho antes, mi madre de siempre había tenido envidia (podrida) del chalet en la sierra de la Luisa, así que mi padre, que lucha como un cosaco por hacerla feliz, le quiso dar una sorpresa y un viernes por la noche volvió a casa diciendo que acababa de comprar un terreno y que era mil veces mejor comprar un terreno porque así podíamos hacernos la casa a la medida de nuestros sueños. Se lo había vendido un señor constructor al que llamaban el Pichón por una cantidad ridícula, decía mi padre. ¡Casi me lo ha regalado, Cata!, decía mi padre. Porque le he caído bien, decía mi padre. Y a mi padre le encanta caer bien. A mí me pasa igual pero cuando lo veo a él con esa ilusión por gustar me parece una cosa de pringáillos, y estoy intentando no ser ni como él ni como yo. Mi madre le miraba de reojo y le decía, a ver si ese marrullero te ha engañado, que a ti te engaña cualquiera, Manolo.

Mi madre es especialista en acabar con las ilusiones de cualquiera, porque ella dice que ella ve cosas que los demás no vemos. Los demás somos: mi padre y yo, que de buenos que somos, a veces, parecemos tontos. Dice.

Pero aquel viernes por la noche era imposible acabar con la ilusión de mi padre. Decía, Cata, hemos cerrado el trato allí, en el mismo bar El Cruce y como hacen las personas de fiar, con un apretón de manos. Y yo y el Imbécil nos dábamos entonces apretones de manos. Yo hacía de mi padre y el Imbécil del Pichón, porque el Imbécil era entonces bajo y barrigudo y parecía un constructor.

A mi padre siempre le ocurre todo en los bares El Cruce. El dueño de esa franquicia debe de estar forrado porque en las carreteras de España hay muchísimos cruces y en cada uno de ellos este tío ha puesto un bar. Es una de las principales potencias de la economía española y si él no aparece al lado del dueño del Zara en la lista de los más ricos de la lista mundial del Forbes es porque no hay justicia en esta sociedad.

Todo esto ocurrió antes de que naciera la Chirli, ese tiempo al que denominaremos «antes de Chirli» (a. Ch.), así que empezamos a planear para nosotros cinco. Planeamos que la casa tendría un cuarto para el Imbécil, otro para mí, otro para mi abuelo y una habitación para mis padres a la que llamábamos «la suite», porque así es como la Baronesa Thyssen llamaba, en un reportaje a cuatro páginas, al cuarto en el que se dormía con el Barón, que ya no está entre nosotros, porque, como dice Bernabé, «siempre se van los mejores».

Además de los cuartos de dormir íbamos a tener cuatro cuartos de baño, salón-comedor, cocina, tendedero y una habitación de juegos en el sótano, con billar, fútbolín, karaoke

(fundamental) y diana. Ya con el tiempo, excavaríamos para hacernos una piscina de interior sin tener que pedirle permiso a nadie, porque cuando tú compras un terreno toda la tierra que tienes debajo de tus pies hasta el centro del planeta es de tu total propiedad. Otra cosa es que no la uses.

Mi madre planeó también que mi padre tendría un despacho. Mi padre dijo que para qué quería él un despacho. Mi madre dijo que para desconectar. Y mi padre dijo que ya tenía bastante tiempo para desconectar en sus horas de soledad al volante. Estuvieron dos días de morros y sin hablarse por esta polémica pero se reconciliaron gracias a que a mi madre se le ocurrió una idea superextraordinaria: dijo que vale, que en vez de un despacho para que mi padre desconectara, tendríamos una sala de lectura para que pudiéramos desconectar todos juntos. Y eso a todos nos pareció mucho mejor, porque para nosotros cuando hay alguien solo en una habitación es porque le han castigado. Y nos daba mucha pena de mi padre, castigado en su despacho.

El caso es que pasamos toda una semana dibujando planos que no entendíamos ni nosotros mismos, porque los García Moreno no hemos nacido para la arquitectura, y hasta mi abuelo, que nunca ha querido nada en esta vida y se conforma con dormir en la cama-mueble de la terraza cerrada con aluminio visto, dijo, de pronto, que él quería que se le reservara una parte en el jardín para hacer campeonatos de petanca. «¿Y contra quién vas a competir, si se puede saber?», dijo mi madre. Y mi abuelo dijo que con otros aficionados de la zona. Y mi madre dijo: «Bueno, bueno, a ver si se me va a llenar aquello de abuelos en bañador». Porque a mi madre le dan grimilla los abuelos que juegan a la petanca en verano en el Parque del Ahorcado, que no tienen vergüenza ninguna y se ponen bañadores pegados a sus partes y les marcan todo lo marcable y mi madre dice que eso debería estar perseguido por la Constitución Española.

Después de estar imaginando durante cinco días con sus noches una casa a la medida de nuestros sueños mi padre nos llevó en el camión «Manolito» al terreno. Le llamábamos terreno hasta que lo tuvimos delante de nuestros propios ojos, que casi se salieron de sus propias órbitas con la visión. Entonces, lo bautizamos como El Secarral. El Secarral, como dice Bernabé, «hacía honor a su nombre», porque era un secarral en toda la extensión de la palabra. Fue bajarnos del camión y quedarnos bastante petrificados. Mi padre, para rebajar la tensión que se mascaba, se puso a hablar maravillas del Secarral, como si tuviera que vendérselo a nosotros, cuando (quisiéramos o no) ya era nuestro.

Un secarral a un solo un paso de la carretera de Toledo, decía abriendo mucho los brazos, bastante cerca de la autopista y con muy buenas vistas.

«¿Vistas..., adónde?», pensamos todos, pero no lo dijimos porque a mi padre se le veía loco de ilusión. Cuando tuviéramos nuestra mansión construida, pensamos todos al unísono, tendríamos vistas a un secarral inmenso. Yo siempre había creído que cuando la gente decía que su salón tenía vistas se refería a que tenía ventanas que daban al mar o a edificios históricos, tipo el estadio Santiago Bernabeu, pero jamás pensé que tener vistas quería decir no tener nada delante, sólo la

inmensidad del planeta Tierra.

Mi abuelo preguntó que dónde estaba el pueblo más cercano, por saber lo lejos que iban a vivir sus compañeros de petanca; mi madre preguntó que cómo iba a llegar la luz y el agua hasta allí, porque ella siempre piensa en lo que no piensa nadie, y yo pregunté que con quién íbamos a jugar, porque a mí mi familia se me queda pequeña. Sólo el Imbécil, que como dice la Luisa es un niño imprevisible, empezó a reírse como un poseído persiguiendo ratones de campo entre las hierbas secas. Era la viva imagen de un niño feliz.

Mi padre nos señaló, a lo lejos, pero cuando digo a lo lejos quiero decir superlejotes, unas grúas de una urbanización lejana. Los seres humanos que iban a vivir en esas ventanitas serían nuestros vecinos.

Volvimos a Carabanchel en un silencio bastante sepulcral, quemados por dentro y quemados también por fuera, porque llevar a comer a unos niños de la infancia a un secarral sin sombrilla debería estar prohibido por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Y eso que mi madre nos había hecho unos gorrillos con las páginas del periódico.

Todos habíamos llevado en nuestras cabezas un montón de planes y de ilusiones y estábamos hechos un lío porque nos parecía muy difícil que nuestra vida de ensueño pudiera tener lugar en un secarral que parecía como el planeta Marte, que sí que debe de ser un buen sitio para desconectar. Pero a los G. M. no nos gusta desconectar y aquello nos parecía muy triste.

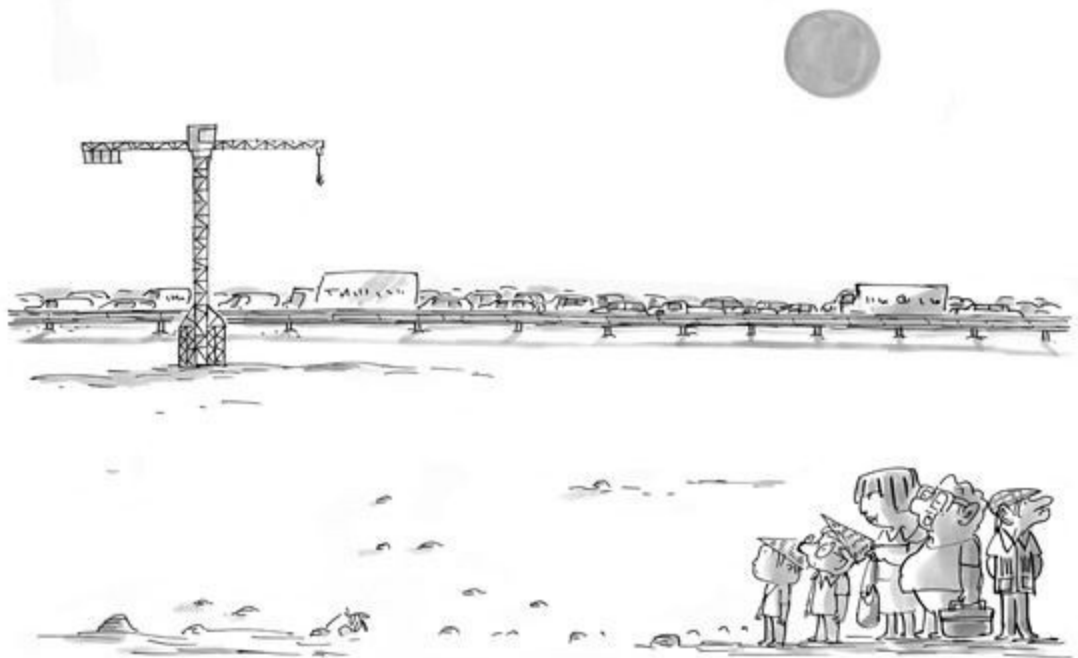
Fue entonces cuando a mi padre, que siempre lucha el pobre por llevar la felicidad a nuestras vidas, se le ocurrió la idea de poner un anuncio en el Segunda Mano para encontrar a otra familia que quisiera construirse un adosado con nosotros. Dijo que era la gran solución, porque así podríamos repartir los gastos y así mi madre podría tener una amiga, mi abuelo un compañero de petanca y nosotros unos amigos a los que querríamos más que a nuestro propio hermano.

Nos gustó bastante la idea y, de la misma forma que antes hacíamos planes de una mansión sólo para nosotros, ahora dibujábamos adosados y en la puerta del adosado de al lado dibujábamos también a esa familia ideal a la que estábamos a punto de conocer.

Aunque la idea era superbueno no se puede decir que llamaran muchos candidatos, la verdad. Cinco llamaron. Hicimos cinco viajes en nuestro camión «Manolito» al Secarral, seguidos cada una de las veces por la familia ideal que iba a ser nuestra familia adosada. Las cinco veces fue lo mismo: la familia adosada se bajaba de su coche y mi padre les contaba lo de siempre, que la tranquilidad era impagable, que teníamos al lado la autopista y que había que valorar las vistas. Cuando decía lo de las vistas, yo y el Imbécil abríamos mucho los brazos y señalábamos la inmensidad. Todos miraban a un lado y a otro buscando algo que admirar, y se quedaban sin saber qué decir. Mi padre entonces les señalaba a lo lejotes las grúas y les decía que era una zona que se iba a revalorizar en un año.

Sólo una familia quiso ser nuestra adosada. Bueno, era una familia regulara porque estaba compuesta por dos calvos con pendientes en sus dos orejas derechas, tatuajes en sus dos brazos izquierdos, anillacos en un dedo de sus manos derechas, relojazos de oro en sus muñecas izquierdas, iPhones en sus manos derechas, cadenas doradas en sus escotes peludos, camisetas negras y vaqueros con cinturón. Mi padre les estrechó la mano en mitad del secarral, como hizo

con el Pichón, pero cuando volvíamos a Carabanchel mi madre dijo que antes muerta que tener de vecinos a esos dos pájaros que se veía de lejos que iban a poner en el sótano un laboratorio clandestino de fabricación de drogas superduras. Pared con pared con nuestra sala de juegos, qué fuerte. Y que, desde luego, ella renunciaría a la casa de nuestros sueños antes que colaborar con el tráfico internacional de estupefacientes. Nos quedamos muy impresionados. Hay veces que creo que donde deberíamos vivir nosotros sería en La Moncloa, con mi madre de presidenta.



Eliminados de la lista los traficantes calvos, ninguna familia quiso ser nuestra adosada. Nunca llegamos a saber si era porque no les gustaban las vistas o porque no les gustábamos nosotros. A lo mejor eran las dos cosas. El caso es que mi madre se cansó de ir al Secarral los domingos, y eso que ya lo teníamos todo superorganizado y salíamos de Carabanchel con protección solar del ochenta por cien, sombrilla, mesa, sillas y nevera, toallas, biodramina, crema antimosquitos, balón, sombreros, en fin, las cosas que se lleva uno cuando viaja a otro planeta, aunque por alguna razón siempre volvíamos quemados por el aburrimiento y por el sol, maluchos y en un silencio bastante sepulcral.

Me acuerdo de aquel primer domingo en que mis padres decidieron que nos quedaríamos en Carabanchel (Alto) y todo volvería a ser como antes: tomaríamos el aperitivo al Tropezón, nos dejarían a mí y al Imbécil que nos subiéramos en dos taburetes a tomarnos un mosto (que es casi alcohólico 😊) con patatas y berberechos, comeríamos luego el pollo seco de mi madre y lo lograríamos tragar gracias a mojarlo en *ketchup*, nos tumbáramos en el sofá a ver la tele sin hacer ruido porque mis padres estarían echándose la siesta 😊 y bajaríamos a merendar al Parque del Ahorcado para sentarnos en el banco con el Orejones, Melody Martínez, Yihad, Susana Bragas Sucias, Paquito Medina y Mostaza. Yo daba palmas con las orejas por volver a hacer lo de siempre. Soy un conformista. No necesito una residencia de verano.

Pero resultó que, cuando ya estábamos tan felices, el Pichón, aquel constructor del apretón de manos en el bar El Cruce, llamó a mi padre y le dijo que quería construir una torre de apartamentos en nuestro secarral. Yo siempre había creído que un «apartamento» era un piso que estaba en la playa, tipo Roquetas de Mar, o que eran los pisos donde vivían los americanos. Pero el

Pichón construía apartamentos donde le daba la gana y le ofrecía a mi padre uno por un precio simbólico ya que una parte del secarral era nuestra. Mi madre dijo, Manolo, ese tío es no es trigo limpio. Pero mi padre la seguía por todas las habitaciones y le preguntaba que para qué queríamos un secarral muerto de asco. Que si vivíamos en un apartamento tendríamos vecinos, parques con zona de petanca, amigos. O sea, dijo mi madre, lo mismo que en Carabanchel. Y entonces mi padre salió a la terraza de aluminio visto y nos señaló la calle.

—Y las vistas. ¿Qué vistas tenemos aquí?

La verdad, nosotros habíamos pensado tan poco en las vistas en nuestra vida que tuvimos que salir a la terraza para recordar lo que se veía desde allí.

Se veía el bar El Tropezón, el camino que llevaba al colegio Diego de Velázquez, el puesto azul de chucherías, la panadería de la Porfiria, el centro de FP Baronesa Thyssen, el Parque del Ahorcado y lo que quedaba de la ex cárcel de Carabanchel. No sé si a todo eso los académicos de la lengua lo denominan «vistas».

Mi padre volvió al bar El Cruce y nos dijo esa misma noche por teléfono que el Pichón le había dejado el apartamento por un precio que no podía rechazar. Mi madre se sentó en el taburete del mueble-bar y se fumó un cigarro y cuando mi madre hace eso es porque está dándole muchas vueltas a la cabeza y aunque pasemos por delante o nos insultemos o aunque pongamos un programa de la tele que normalmente nos prohíbe no se da cuenta de nada, ella sigue pensando, y nosotros la miramos como si algo terrible nos fuera a pasar.

Al principio, lo único que pasó fue el tiempo. Y después de pasar el tiempo, mi madre se quedó embarazada y luego llegó la Chirli, y con ella nuestra vida cambió tanto que casi nadie se acordaba del Secarral, salvo a fin de mes, cuando mi madre, primero embarazada y luego dando de mamar a la Chirli, miraba los papeles del banco, veía todo el dinero que debíamos y que todavía debemos, y decía moviendo la cabeza: «Ay, el apartamento de tu padre...» Así es mi madre, con nosotros hace lo mismo, cuando nuestra popularidad cae bajo mínimos porque lo normal (siempre según ella) es que seamos insoportables, le dice a mi padre: «Manolo, diles algo a tus hijos». Pues eso, a estas alturas, el apartamento era de mi padre y sólo de mi padre, y más desde que el Pichón empezó a salir en la tele porque las obras de todos sus secarrales, el nuestro incluido, se habían quedado paralizadas. Al principio, a nosotros nos hacía bastante ilusión que en el telediario salieran imágenes de nuestro secarral, yo y el Imbécil nos sentíamos bastante en el epicentro de la noticia. A mi madre lo que le hacía ilusión es que dijeran que el Pichón no tenía permisos para llevar el agua hasta el secarral. Siempre decía: «Lo sabía, yo, lo del agua, ya lo sabía».

Al final, siguiendo órdenes de mi abuelo, acabamos quitando la tele cada vez que salían secarrales porque era ver la cara del Pichón y mis padres empezar a pelearse: en persona, si estaba mi padre, y si no estaba, por el móvil, porque mi madre, le llamaba para decirle: «Lo sabía, yo, lo del agua, ya lo sabía».

Un día, el Imbécil le dijo a mi abuelo Nicolás:

—Abu, si se separan yo me quedo contigo.

Y yo le dije que de eso nada, que yo era el mayor y era el que elegía, y que el abuelo de siempre había sido más mío porque llegué antes a este planeta. Nos pusimos a pelearnos nosotros también y mi abuelo nos dijo que no nos hiciéramos ilusiones, que en nuestra casa no teníamos dinero para separarnos unos de otros y que, entonces, más nos valía llevarnos bien. Y lo dijo tan en serio que todos nos callamos. Mi madre, mi padre, yo, el Imbécil, y hasta la Chirli, que estaba cantando en ese momento la música de un anuncio. Y dijo mi abuelo que si no fuera porque en la casa de Mota del Cuervo (Cuenca) no hay calefacción ni le funciona la fontanería del váter el que se iba a separar de nosotros iba a ser él. Como verás, somos multipropietarios pero todas nuestras propiedades están hechas una porquería.

Aquella noche, cuando ya habíamos apagado la lamparilla y ya podía hacer preguntas sin que me diera vergüenza hacerlas, le dije a mi abuelo:

—Abuelo, ¿es verdad que quieres irte?

—Eso da igual, yo no puedo irme de aquí.

—¿Por qué?

—Porque todos necesitamos el dinero de todos. Tus padres necesitan el dinero de mi pensión y yo necesito vivir aquí.

Un nudo del tamaño de un huevo de avestruz se me puso en la garganta y no me dejaba decir lo que tenía dentro, que era una de esas cosas tan horribles que te hacen un gran daño cerebral. Pero, al rato, mi abuelo, que tiene poderes de adivinación aunque no se haya ganado la vida con eso, se dio cuenta de que aún estaba despierto y me dijo:

—¿Qué te pasa, majo, que no te duermes?

—Abuelo, entonces... —Era muy difícil hablar porque el huevo de avestruz seguía ahí—.

¿Sólo estás aquí en Carabanchel por el dinero?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tú lo has dicho.

—Estoy aquí por vosotros.

—¿Y quiénes somos nosotros?

—Tu hermano, tú y la Chirli.

—Entonces, ¿por qué has hablado de lo del dinero?

—Porque las deudas también unen mucho. Y nosotros estamos muy unidos.

—Abu, si te pregunto una cosa, ¿me dices la verdad pero la verdad verdadera?

—Yo siempre te digo la verdad.

—¿Debemos mucho dinero?

—Bastante. Pero tenemos más cosas de las que mucha gente tiene.

—Yo no veo que tengamos más.

—¿Cómo que no? Tenemos este piso, con agua, con calefacción. Imagínate los que ahora sólo tengan el apartamento con vistas al secarral...

Y así seguimos hablando mucho, mucho rato. Y, como siempre que hablo con mi abuelo, lo

empecé a ver todo superclaro. Me di cuenta de que los dos, mi padre y mi madre, tenían su parte de razón: mi madre, porque nadie le preguntó si quería comprar un terreno y no le gusta que decidan por ella (es una dictadora en potencia, como el Imbécil), y mi padre, porque de verdad lo hizo por todos nosotros (de puro bueno es tonto, como yo).

También me di cuenta de que, en el fondo, todo seguía como antes. Antes de Chirli (a. Ch.), yo iba a heredar la deuda que mi padre tenía con el banco por el camión. Ahora (d. Ch.), a ese dinero teníamos que sumarle el que debíamos del apartamento en el secarral. O sea, que seguramente mis hijos heredarían deudas enormes. Que se fastidiaran mis hijos. Qué culpa tenía yo. Al fin y al cabo, era un mero intermediario.

Eso sí, cabía la posibilidad de que Chirli triunfara en el mundo del espectáculo y el Imbécil en el de la informática y que algún día pudiéramos comprar la casa de nuestros sueños, con sala de juegos, biblioteca para desconectar y una zona de petanca para los campeonatos de mi abuelo... De pronto, me vino un pensamiento bastante negro: mi abuelo no era eterno. Y se me volvió a colocar el huevo de avestruz en la garganta.

—Y ahora, ¿qué? —dijo mi abuelo, que no es adivinador pero tiene grandes condiciones—. Esta noche no paras de rumiar, rumiante.

Y yo, como no podía confesarle lo que estaba pensando, porque a un abuelo no le puedes decir que estás pensando que no vivirá tanto como para ver su zona de campeonatos de petanca, le dije:

—Nada, que has dicho que estás aquí en Carabanchel por mí, por el Imbécil y por la Chirli...

—Sí, eso es así.

—Pero, abuelo, ¿por mí estarás un poco más que por ellos, no? Yo llegué primero.

Y mi abuelo entonces saltó con lo de siempre: «Pero ¿no me habías dicho que ya no eras celoso?» Y me dio una charla que es histórica: que si que cada uno de nosotros es diferente y que si cada uno tiene su importancia y que a cada uno se le quiere por lo que es y que hay que saber compartir y que no hay que estar siempre comparándose con los demás.

Y no me preguntes por qué pero de pronto me sentí un tío con suerte por estar en aquel lugar del planeta Tierra: durmiendo en la terraza de aluminio visto con vistas al Parque del Ahorcado y con mi abuelo soltando de fondo un rollo que se mezclaba con la voz de un locutor de la radio, que se iba a quedar encendida toda la noche. Fue un momento del que no me hubiera gustado salir.

Un gay y una lanzadora de jabalina



Dice Yihad, el chulo de mi barrio, que el Orejones López es gay. Y que tiene pruebas. La prueba de fuego debió de tener lugar un día que Yihad subió a mi casa a buscarme porque estaba solo en el Parque del Ahorcado. Es un chulo que sin público se aburre bastante. Y entonces resultó que el Orejones estaba jugando con mi hermana Chirli a las Barbies.

Las Barbies son una herencia del Imbécil, que también jugó con ellas en su niñez, aunque mi hermano no entendía muy bien que tenía que peinarlas y vestirlas, porque eso es lo que viene en el manual de instrucciones de una Barbie, y él las utilizaba para jugar a los bolos o para agredirte con una de ellas si le llevabas la contraria. De esa época me han quedado varias señales. La de cerca del ojo izquierdo me la hizo con la Barbie Dentista y fue porque le dije que tenía que compartir sus juguetes con sus amigos Zeus y Melanie. Como verás, las charlas que me dan a mí se las doy yo al Imbécil, es una manera de descargar la agresividad interior. Por cierto, nunca se habla en los medios de la violencia de los hermanos pequeños contra los mayores, y eso es algo que está al orden del día. Y no tienes defensa alguna. Si te chivas a tu madre te dice que los niños chicos te pegan por el cariño que te tienen y si llamas al defensor del menor ese defensor se cae de su sillón de defensor de la risa que le da.

El Imbécil no fue nunca de tener amigos en su primera infancia. Siempre ha sido lo opuesto a mí: a él, que pasa de la gente, le están llamando todo el día al telefonillo, y yo, que quiero que me hagan caso, me paso el día llamando al telefonillo de los demás. Menos el día al que llamaremos «G», por ser el día en que Yihad dice que descubrió que el Orejones es gay. Ese día Yihad estaba solo, necesitaba gente para chulearse y mi telefonillo estaba estropeado. O sea, que se juntó todo. Y sin consultarle a nadie subió a mi casa. Mi madre encima le preparó un bocadillo. Y mira que a mi madre Yihad le cae fatal pero mi madre no puede permitir que un amigo nuestro suba a mi casa y se vaya sin el estómago lleno. Así que creo que también subió a chulearse pero también a merendar, porque mi madre hace unos bocadillos de queso García Baquero, consistentes en pan y queso García Baquero, que podrían ganar el premio al «Mejor Bocadillo de todo Carabanchel (Alto)».

Ahora que el Imbécil es un adulto (si lo comparamos con la Chirli) también pasa bastante de sus amigos. Es un tipo solitario, aunque luego sea un hacha en las redes sociales. La Constitución Española no permite que el Imbécil tenga un perfil en facebook, por si se envicia, pero el Imbécil, que es un niño que nunca ha conocido los límites constitucionales, se abrió un perfil a nombre de mi abuelo en facebook y otro en twitter, porque mi abuelo a casi todo nos dice que sí y le dejó, aunque no haya llegado a enterarse de lo que es abrirse un perfil.

Actualmente, el Imbécil es superactivo en redes. Eso sí, para que no le pillara la Interpol, puso una foto de mi abuelo con corbata. Es del día del bautizo de la Chirli, aunque, como está hecha después del convite, la corbata está floja y mi abuelo tiene cara de achispao. Cada vez que mi abuelo hace alguna declaración bastante polémica desde el sofá, tipo «a ése lo metía yo en una celda con siete candados» (refiriéndose al Pichón) o «en este país no hay espacio para tanto chorizo» (refiriéndose al Pichón, entre otros), el Imbécil cuelga sus declaraciones en redes y actualmente mi abuelo se ha ganado bastantes seguidores (cien seguidores) aunque te puedo asegurar que la popularidad no le ha cambiado.

Pero volvamos al principio de los tiempos: Chirli heredó las Barbies del Imbécil y el Orejones se ofreció para hacerles la ITV, como suele decir Bernabé cuando la Luisa va a la peluquería. Tuvo que lavarlas, porque tenían el pelo apegotonado con papillas de otro siglo, peinarlas, arreglarles sus vestidos medio rotos de andar siempre por los aires y recuperar algunos de sus complementos complementarios. El Imbécil tenía Barbie Dentista, Barbie Corazón, Barbie Astronauta, Barbie Esquiadora, Barbie Rebelde... Eran Barbies de otros tiempos, de cuando mis padres tenían más dinero porque sólo le debían al banco las letras del camión, y tú te podías plantear comenzar una colección de Barbies, de legos o de juegos de la Play con visiones de futuro.

De todas formas, yo, lo denuncié públicamente, nunca fui muy juguetero. Más que a jugar con los juguetes me solía dedicar, ya te digo, a comparar lo que se habían gastado en los regalos del Imbécil y lo que se habían gastado en los míos, y como se hubieran gastado un euro más en él me pasaba dos días superdeprimido, rumiando la injusticia, y hasta que no lo soltaba en el desayuno no me quedaba tranquilo. Entonces mi madre y mi abuelo me daban la famosa charla de que en la vida no hay que compararse y menos con un hermano. Un día pasó que al comparar lo que se habían gastado en uno y en otro, obtuve unos datos históricos: se habían gastado dos euros más en mí. No dije nada. Es un secreto que me llevaré conmigo a la tumba.

Yo, como dice mi madre, no he sido nunca niño de entretenerse solo. Yo siempre he necesitado a Yihad (aunque sea un chulo), al Orejones (aunque sea un cerdo traidor), a la Susana Bragas Sucias (aunque no haya quien la soporte), a Melody Martínez (aunque se empeñe en defenderme y me deje en ridículo), a Paquito Medina (aunque sea perfecto y encima bueno), y a un largo etcétera. Yo siempre he necesitado amigos tanto como el Imbécil necesitaba Barbies o me necesitaba a mí. Mi hermano jugaba con ellas a los bolos y te aseguro que a mí hay veces que me gustaría derribar a todos mis amigos de una vez. Pero sigo con ellos porque soy un conservador. Sin embargo, el Imbécil ha donado sus Barbies a la Chirli. Que conste que en un primer momento se negaba, porque la Chirli y él tienen una relación que yo calificaría de difícil, pero mi madre tuvo unas negociaciones superduras con él y al final el Imbécil cedió y entregó las Barbies a cambio de que se le dejara trastear a su antojo en el ordenador viejo que nos dio la Luisa. Y en dos días se hizo un genio.

A mí las Barbies siempre me han dejado frío pero he de reconocer que el Orejones hizo con ellas un trabajo espléndido de restauración. Dejaron de ser esquiadoras, exploradoras, rebeldes o

dentistas y no me digas cómo pero se convirtieron todas en Lady Gagas.

No se me ocurre de dónde ha sacado Yihad que el Orejones es gay porque el Orejones es un niño que tiene su cuarto lleno de pósters de tías y eso está a la vista de cualquiera que tenga ojos. En sus paredes no cabe una tiarraca más. Es entrar y allí las tienes: Lady Gaga, Madonna y Kylie Minogue, o en el ámbito nacional, Mónica Naranjo y Alaska. Es verdad que jugó con Barbies cuando era niño pero si lo hacía era sólo porque siempre ha querido ser diseñador de moda, no porque le gustaran las muñecas en sí.

En realidad, he de confesar que si trato de demostrar que el Orejones NO es gay es porque soy su mejor amigo y, como se confirme el rumor, fijo que yo voy detrás. Y mi madre se llevaría un disgusto. A veces le dice a mi abuelo: «Si alguno tiene que salir gay que salga pero que sepa que no voy a dar palmas». Y el Imbécil y yo nos quedamos mirando al vacío, con miedo a tener un gay dentro que un día se atreva a salir.

El Orejones me contó que un día su madre le dijo: «Ven, hijo mío, siéntate en el sofá, tenemos que hablar», y le pidió que le confesara si era gay o no, y que si lo era, que no se preocupara, que ella lo iba a querer más incluso que si fuera hetero. El Orejones me dijo que le había dado la impresión de que su madre estaba superilusionada con la idea de tener un hijo gay y que a punto estuvo de decirle que sí para no decepcionarla, pero dice que entonces pensó en mí y que le dio bajón. Y yo le iba a decir, oye, tío, que yo también tengo mi público. Pero no se lo dije porque en estas conversaciones es mejor quedarse callado para no liarla. Eso sí, le pregunté si lo era o no lo era y me dijo que prefería no hablar de ello por el momento. El Orejones va de enigmático, y además, se aprovecha de ese misterio para tener a su madre y a la psicóloga pendientes siempre de él.

Lo que quedó claro es que al Orejones no le gustan los niños como yo, tipo moreno normalote, a él le gustan las grandes divas. Le gustan tanto esas tiarracas que después de maquear a todas las Barbies y convertirlas en Lady Gagas de bolsillo empezó a prepararle a la Chirli unas cuantas coreografías. A día de hoy, la Chirli puede bailar casi como una profesional dos temas:

Paparazzi, de Lady Gaga.

Can't get you out of my head, de Kylie Minogue.

La querríamos llevar a un programa de niños prodigio, pero sólo existe uno en Canal Sur y tienes que tener el carnet de andaluz para participar. Mi madre ya no sabe a qué puertas llamar.

Mientras tanto, el Orejones se ha convertido en una especie de mánager. La enseña a bailar, a cantar encima de la voz de Lady Gaga y le arregla unas vestimentas con los trapos que mi madre le presta que a veces nos quedamos sin saber si reírnos o llamar al exorcista de urgencia. El Orejones, como diseñador de moda, debe de tener un talentazo porque siempre deja a la pobre Chirli en plan modelo de pasarela, como si fuera una aparición del más allá.

Yo no he tenido, hasta el momento, mucha suerte con las mujeres y, en el fondo, entiendo al Orejones: a mí siempre me han gustado mucho más las mujeres mayores. No sé, las veo más maduras. Aunque las prefiero, si no es mucho pedir, un poco mejor vestidas y sin esos maquillajes

de leopardas que tienen las cantantes del Orejones. Me daría mucho miedo, por ejemplo, un ejemplo, verme a solas con Lady Gaga en su camerino y tener que darle un beso. Prefiero tenerla controlada encima de un escenario y yo perdido entre la multitud.

Hace años denuncié públicamente que me gustaba bastante la madre del Orejones. Cuando iba a casa del Ore a dormir (tipo pijama party pero sólo de dos y sin divertirme mucho), a la mañana siguiente esa madre me ponía el desayuno con una bata tipo corto, de por encima de la rodilla, y entonces yo me ponía supertorpe y se me caía la tostada dentro del colacao. En fin, creo que sabes de lo que hablo. Ella nunca se enfadaba como mi madre por esas tonterías, pasaba la bayeta por debajo del tazón y ya está. Ella nunca se enfada. Cuando el Orejones era pequeño no se enfadaba porque se había separado y se sentía culpable. Y ahora tampoco se enfada porque se casó con el simple de Pepín y también se siente culpable.

Tengo que confesar que me sentó como un tiro cuando se casó con el simple de Pepín. Y no le llamo «simple» por insultar, es que la gente siempre que habla de él dice: «Qué hombre más simple», y ya se sabe que los niños, como dice Bernabé, somos como esponjas, nos fijamos en lo bueno y en lo malo. Cuando tienes a una madre idealizada como yo tenía a la madre del Orejones te da una rabia inmensa que elija a un hombre tipo Pepín en vez de esperarte a ti. Te podré parecer un idiota pero yo, en el principio de los tiempos, soñaba con que ella me esperaría. Había veces que, incluso, como tengo el don de teledirigirme el tema en los sueños, me concentraba en soñar que le daba el «sí, quiero» frente al altar. Lo malo es que, como aún me falta el don de teledirigirme el final de esos mismos sueños, me veía con el papelón de que tenía que ser el padre del Orejones. Te podrás imaginar que me despertaba con sudores de película de terror.

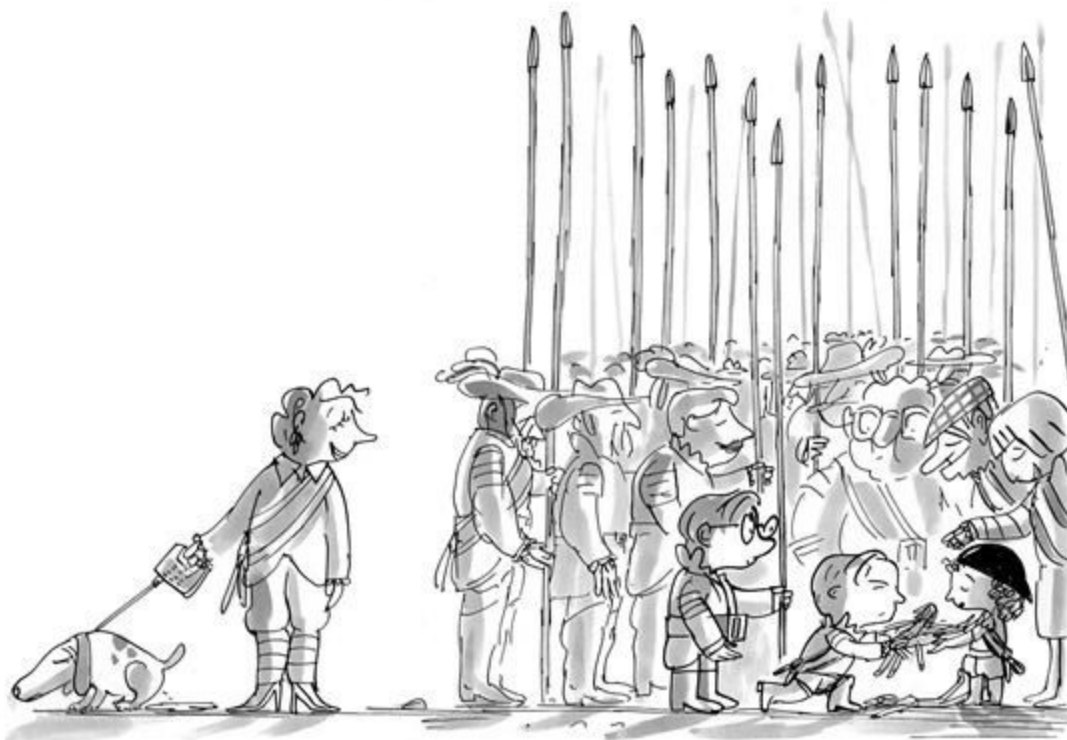
Últimamente, me ha parecido que la madre del Orejones está todavía más amable conmigo que de costumbre y he llegado a pensar si es que ella piensa que soy el novio de su hijo. Estoy paranoico. Lo sé. Pero no quiero ni que sea mi futura mujer ni que sea mi futura suegra.

Tienes que comprender que yo era un niño muy inocente y creía que era posible que yo me hiciera un hombre y que ella siguiera estando igual de buena que cuando me ponía el tazón del colacao. Menos mal, ¡menos mal!, que un día, viendo «Corazón de Verano», que es un programa que siempre trata de gente que vive fuera de Carabanchel, salió la duquesa de Alba con su recién estrenado marido, y me di cuenta de que entre los dos se debían de llevar la misma diferencia de edad que me llevo yo con la madre del Orejones. Claro que la madre del Ore, por mucho que se ponga desde ya mismo a ahorrar, jamás llegará a ser una de las grandes fortunas de España. O sea, que yo tendría que pasearla por el morro. Y no.

No le conté a nadie este descubrimiento del paso del tiempo y me comí el trauma yo solito, aunque luego, como soy un tío superpositivo, pensé que gracias a haber visto ese programa informativo podía hacer borrón y cuenta nueva y tener ojos sólo para mujeres de mi generación.

A mí me gustó bastante en su día, también lo denuncié, una niña de mi generación, Susana Bragas Sucias. Sí, esa niña a la que habían venido a estudiar científicos de todo el mundo porque se le ensucian las bragas de tierra aunque lleve chándal y eso es un fenómeno bastante paranormal. El problema es que a la Susana le van los típicos tíos chulos sin cerebro, o sea, Yihad, y a los intelectuales (por así decirlo) nos desprecia. Como soy un tipo al que no le gusta competir, sobre

todo cuando voy a salir perdiendo, empecé a pasar de su rollo. Y al año o así, cuando yo todavía era un niño, llegó a mi barrio Melody Martínez.



Melody Martínez llegó a Carabanchel (Alto) acompañada de un policía-protector que la llevó a casa de su abuela. Empezó a ir al colegio a mitad de curso y nos enseñaba las fotos de sus padres que llevaba siempre en la cartera. En una, su padre salía con bigote; en otra, con barba; en otra, rubio... Su madre estaba en una con el pelo corto y en otra con rizos a lo afro. Entonces, a todos nos parecieron fotos supercachondas. Me costó años entender que se las habían tomado todas en la comisaría. Y es que, como Melody no tenía fotos de sus padres, el policía-protector que la dejó en casa de su abuela para que no la tuvieran que meter en un centro de menores, le consiguió las fotos de cuando habían sido detenidos y eso es lo que Melody tiene de recuerdo. Sus padres siguen en sus cárceles y Melody sigue viviendo con su abuela, que viene a ser de vieja como la Luisa: o sea, joven para ser una abuela y vieja para ser amiga de mi madre.

Melody mola, pero no para salir conmigo. Melody, por ejemplo, no entiende que tiene que dejar que tíos como Yihad se metan conmigo, que no tiene por qué sacar la cara por mí a cada momento, porque yo quedo como un idiota. Melody está superpormí. A Melody le da igual que yo sea tipo torpe, un tío que todo lo bueno lo tiene prácticamente en la zona cerebral. Al principio me costó entenderlo pero ahora me doy cuenta de que a ella le gusta por mi forma de ser, por resumir, le gusta porque aquí dentro hay mucha materia gris.

A mí me gustaría gustar a las niñas sobre todo por mi físico, pero eso todavía no se ha dado. A lo mejor se da cuando pegue el estirón. Igual no lo pego, porque los García históricamente siempre han sido tipo toquete, pero las estadísticas dicen que los nuevos españoles estamos haciéndonos más altos que nuestros padres, y yo en este caso prefiero creer en las estadísticas. Dicen que en la altura de los seres humanos interviene mucho la alimentación y yo entonces me echo a temblar, porque mi madre no es lo que dice la Ferrán Adrián de Carabanchel Alto.

A la comida de mi madre achaco yo el que de las rayas que mi padre va haciendo en la puerta

de la cocina con nuestras estaturas, mi estatura se ha quedado estancada y las de la Chirli y el Imbécil van para arriba acercándose a la mía peligrosamente. De la Chirli no me extraña, porque como ya he dicho, siempre he creído que la cambiaron en el nido y que ahora hay en el barrio de Salamanca un hijo/a de ricos con cara de García Moreno, pero me daría rabia que el Imbécil fuera el que rompiera la maldición de los García tipo tochete y yo fuera el encargado de seguir con la tradición.

El Orejones no será gay, pero pasa tanto tiempo jugando a Lady Gagas con la Chirli que yo me hartó y le digo, ahí te quedas, y me bajo a la calle y allí en el banco está siempre esperando Melody Martínez. Así que me he visto saliendo con ella por aburrimiento y por no atreverme a decirle que no, que prefiero seguir siendo libre.

Melody Martínez mola, pero es una niña que no tiene conversación. Sólo se le ocurren juegos para competir y para apostar. Que si a ver quién hace más canastas, que a ver quién hace más paradones, que a ver quién llega antes al puesto azul, que qué te apuestas a que con este chinorro le acierto a la Luisa en todo el cristal del salón, que a ver quién aguanta más debajo del agua. Cosas así y sin parar. Es un estrés de niña. Yihad dice que es bollicao. Es un tío que disfruta sacando a los niños de mi clase del armario, pero en el fondo Yihad lo dice porque Melody Martínez le hace frente y porque, para colmo, le suele ganar en sus apuestas y porque la han cogido en el equipo de atletismo del colegio y los sábados la llevan a competir, que es lo que a ella la gusta. Pero de bollo no tiene ni pizca. Un día nos dimos un pico y me avasalló y a mí no me gusta que me avasallen.

Como Melody Martínez no tiene a nadie que vaya a verla en sus competiciones me pide siempre que me vaya con ella y que la mire desde la grada porque eso dice que la estimula. Yo le pongo excusas, le digo que no puedo, porque me da grima que desde tan joven se me ponga la misma cara de pasmao de mi padrino Bernabé, que se queda boquiabierto de la admiración en las exhibiciones que hace la Luisa con su grupo de taichi en el Parque del Ahorcado, o cuando hacen una exposición de ikebana o de papiroflexia, o cuando hacen la semana gastronómica de Carabanchel Fusión y la Luisa hace sushi con productos orgánicos de mi barrio. A él se le cae la baba con todas las aficiones orientales de la Luisa y siempre lo verás en primera fila. Mi madre, en cambio, no tiene aficiones. Y menos orientales. Una vez fue al taichi porque la Luisa se empeñó en que la relajaría mucho, pero mi madre convertía el taichi en karate y cada vez que daba una vuelta se le escapaba una patada o un codazo al compañero que tenía más cerca. El maestro monitor le dijo a mi madre que le faltaba pacifismo. «¿Que me falta pacifismo? —le dijo mi madre a mi abuelo—, será gilipollas».

No, no me veo sentado en la grada de marido de una lanzadora de jabalina, que es lo que se le da bien a Melody Martínez. Además, las dos veces que he ido con ella hemos cogido el autobús y yo era el que tenía que llevar como un idiota la jabalina, no me preguntes por qué. Una vez nos montamos en el autobús para ir a Carabanchel Bajo y dos abuelas se creyeron que la jabalina era la barra para agarrarse y, como sé que las abuelas de Carabanchel te montan un pollo por cualquier

cosa, las llevé sin decir nada a las dos agarradas a la jabalina durante dos paradas y yo teniendo que sujetarme con la otra mano a un asiento.

Con el entrenamiento, a Melody Martínez cada vez se le hace la espalda más anchorra y el cuello le está desapareciendo porque se le está enroscando al tronco. ¿Es mucho pedir si prefiero una novia con más cuello? Por resumir, que no me veo de marido de esta niña forzuda de mi generación, ni de padre del Orejones y menos de novio. Yo no me veo aún de nada.

Según Yihad, mi mejor amigo es gay y la niña con la que salgo es bollicao. Dice mi abuelo que el problema es que me tiene envidia a mí. Y yo no me explico cómo me va a tener envidia un tío que siempre lleva las de ganar. Dice mi abuelo que, en el fondo, es un pobre desgraciado. Me lo dice para consolarme, los días que vuelvo a casa muy quemao porque me ha dicho, por ejemplo, que sólo los cobardes ponen a una niña por delante para que los defienda.

Lo que nadie sabe, o casi nadie, es que la que sí que es bolli es su novia, la Susana Bragas Sucias. Es algo que se venía comentando. Pero la prueba fue un día que se puso cariñosa con Melody Martínez, tipo nos cogemos de la mano para ir al servicio y tal, y claro, a Melody Martínez le faltó tiempo para venir al banco a contármelo. Cada vez que Yihad dice que Melody es bollo yo le podría soltar lo de la Susana, pero no se lo digo porque mi madre me ha dicho que estas gafas me tienen que durar hasta que tenga la edad de las lentillas. Por cierto, tengo planeado decirle a mi madre que me gustaría que las lentillas fueran azules, porque igual eso da un cambio de trescientos sesenta grados a mi vida.

Melody es una niña sin filtro. Me lo cuenta todo. Ella se toma muy en serio nuestra relación. Igual que me contó el día que le vino la regla. Fue el mes pasado. Lo soltó así, sin más. Y luego, nos quedamos callados como muertos. Porque yo sé que las madres, en ese crucial momento, hablan con las hijas, les dicen que a partir de ahora pueden engendrar una vida y que no pasa nada pero que mucho cuidadito. Y aunque las hijas ya lo saben incluso más que las madres tienen que hacer como que esa charla cambiará sus vidas. Todo una farsa. Yo hace tiempo que tuve que contarle al Imbécil la verdad de la vida porque siempre se montaba un pollo cuando se ponía a llamar a la puerta de mis padres a la hora de la siesta de los fines de semana. No entendía que estuviera cerrada y tenía su razón porque a nosotros mi madre no nos deja, «bajo ningún concepto», echar el cerrojo. Últimamente estamos teniendo algunas broncas porque yo me encierro en el cuarto de baño y no llevo ni tres minutos cuando ya está ella dando porrazos y preguntándome que qué estoy haciendo. A veces pienso que le gustaría ponerme una cámara oculta a ver lo que hago. He oído que hay madres que antes de entrar en la habitación de sus hijos llaman a la puerta y que si los hijos dicen «ahora estoy ocupado» los madres se van y se aguantan. Pero en mi casa está prohibido el derecho a la intimidad. Y luego se extrañaban de que el Imbécil se pusiera furioso cuando ellos echaban el cerrojo.

De verdad, que bastante normales estamos saliendo para tantas órdenes contradictorias como recibimos.

El Imbécil llamaba en plan bien al principio y cuando veía que no le contestaban daba patadas, como es su estilo. Mi padre asomaba la cabeza y decía: «¿Es que es imposible que nos dejéis tranquilos durante una hora?» Como siempre, hablaba en plural, y mira que yo estaba en el sofá,

tan tranquilo, porque sabía de qué iba el rollo. Así que le pillé por banda y durante una de las siestas de mis padres le conté todo. Y él me dijo: «Me lo estaba imaginando». Y no se le ocurrió otra cosa que poner delante de la puerta del cuarto de mis padres al Kent encima de la Barbie Dentista. Él no quería que lo tomaran por idiota. Y estoy seguro de que mis padres pillaron la indirecta porque cuando salieron al salón después de encontrarse en el suelo del pasillo a la parejilla en esa postura se les notaba a la legua que estaban supercortados.

Como verás, tantos años de reproducción sexual en clase me han convertido en un experto. Podría ganarme la vida dando charlas por los colegios, porque no es por tirarme el rollo pero yo le expliqué al Imbécil en diez minutos lo que a mi *sita* Asunción le está costando años, que se ve que una experta no es.

Pero Melody Martínez me dijo a mí que le acababa de venir la regla porque no tenía a nadie más a quien contárselo. Su abuela es sorda y raruna, y dice que se lo tendría que contar a gritos y que esas cosas a gritos no se cuentan. Eso es verdad. Y luego me pidió a mí el dinero para las compresas, porque su abuela no usa, y a ella le daba vergüenza pedirle dinero a gritos para eso. La comprendí. Yo tuve que subir a casa y sin que me viese nadie abrirle las tripas a mi cerdo-hucha y sacarle unas monedas, porque también me daba vergüenza pedirle dinero a mi madre para las compresas de una niña. No sé si ella lo hubiera entendido. Total que se lo presté, pero también le dije que no se podía convertir en una costumbre que yo se las pagara todos los meses. Que se lo dijera a su abuela mirándola a los ojos, para que su abuela la comprendiera con el movimiento de los labios. O que se lo pusiera por escrito y se lo dejara colgado en la nevera con un imán, al lado de la lista de la compra. Igual la abuela veía la nota y le dejaba el dinero en otro imán.

A lo mejor cuando a la Chirli le venga la regla se llevará que las madres tengan la charla típica con sus hijas por WhatsApp y así se evitan tener que mirarse a la cara. Internet está facilitando mucho las comunicaciones entre las personas. O igual también tengo que contarle yo todo el asunto. En mi casa yo estoy a cargo de la teoría, y mis padres de la práctica.

Saber y ganar



Al año de nacer el Imbécil yo me empecé a mear en la cama. Es la primera vez que lo denuncié públicamente. No lo hacía por molestar, me meaba así, sin darme cuenta. Soñaba que iba al váter. Era todo hiperrealista. Eso sí, cuando el pis se enfriaba yo empezaba a notar la mancha asesina que había empapado toda la sábana y me entraba un frío horrible. Me salía de la sábana, me tumbaba entonces encima del edredón y me volvía a dormir envuelto en él, como si fuera un flamenquín. Luego, por la mañana, oía la voz de mi madre, que se asomaba al cuartillo, me veía y le decía a mi abuelo: «Otra vez se lo ha hecho, papa». Yo cerraba los ojos y me tapaba los oídos y me daba rabia tener que desayunar con la cara del que se ha meado, que es una cara como de delincuente bastante común.

Fueron los días del cuartillo. Mi casa tiene tres habitaciones, en una dormían mis padres con el Imbécil (a. Ch.), en el cuartillo chico dormía yo, y mi abuelo dormía en la terraza de aluminio visto. La otra habitación estaba reservada para las literas que íbamos a tener el Imbécil y yo, en cuanto el Imbécil fuera grande y dejara de dormir con mis padres.

El cuartillo, decía siempre mi madre, serviría en el futuro de desahogo o trastero, porque es tan chico que da vergüenza llamarlo habitación de invitados. En el cuartillo hay una cama-mueble para cuando vienen mi tío Nicolás y su novia de Noruega, está la tabla de la plancha, mi bici, la aspiradora, la bici estática que compró mi padre cuando le subieron todas las transaminasas, hay una nevera de campo que la Luisa no quería porque ya tenía casa de campo con neverón, hay una mesa de camping que la Luisa tampoco quería, una caja con los legos, mis puzzles y el juego de arqueología, el cubo de la ropa sucia... El cuartillo siempre sirvió de desahogo y casi no podías abrir la puerta.

Total, que cuando nació el Imbécil, yo dormía allí, en la cama-mueble de «invitados», pero estaba tan rodeado de trastos que tenía que entrar todas las noches saltando por encima de ellos. Mi madre siempre prometía que lo iba a ordenar, pero nunca lo hizo. No tiene tiempo: «Cuando no estoy trabajando para nosotros, estoy descansando de vosotros», suele declarar. También decía que mi vida en el cuartillo sólo sería cosa de un año, porque ése era el tiempo que pensaba que estaría el Imbécil ocupando la cuna al lado de la cama nupcial.

El Imbécil fue un bebé king-size y enseguida pareció un búho metido en la jaula del canario, pero mi madre decía que le daba penilla sacarlo de su dormitorio. Y pasó un año. Y entonces fue cuando te digo que yo me empecé a mear. Mi madre solía decir a mis espaldas que era por celos. Yo me enteraba siempre de su teoría porque las madres, cuando dicen las cosas a tus espaldas, no se dan cuenta de que tú estás a la espalda de ellas, escuchando.

Yo no sé si era por celos, la verdad, a veces pienso que me meaba porque me daba miedo

levantarme al váter y romperme la crisma entre tanto trasto y que no me encontraran hasta la mañana siguiente, con el pedal de la bicicleta estática apretándome el pecho y sin dejarme respirar. Mi madre hablaba y hablaba de las literas que nos iban a comprar pero nunca acababan de gustarle las que veía y siempre pensaba que el Imbécil se podía resbalar en la escalerilla y romperse alguna de sus extremidades.

La cosa fue que mi madre, desesperada por mi incontinencia, según cuenta delante de cualquiera, me llevó al doctor Morales, el médico del ambulatorio, y el doctor Morales dijo:

«Lo que le pasa a su hijo es lo típico».

Ése fue su diagnóstico.

«Así también soy yo doctora, no te digo», le decía luego mi madre a mi abuelo.

Morales no me recetó nada, que es lo que a mi madre le hubiera gustado. Es una fanática de los jarabes. Le dijo al médico:

—Pero, a lo mejor... ¿con un jarabe...?

El doctor Morales hizo así con los ojos, sabes lo que te digo, así, como cuando alguien es muy pesado y haces así. Y luego dijo que, seguramente, en cuanto durmiera acompañado se me pasaría.

¿Y qué crees que hizo mi madre? ¿Piensas que salió del ambulatorio y se fue a comprar las literas para que el Imbécil saliera de una vez de su cuarto y se viniera a dormir conmigo? Déjame que me ría, por favor.

Mi madre dijo que, de momento, hasta que encontrara las literas de sus sueños (que parecía que las estaba buscando con ascensor), yo dormiría en la terraza con mi abuelo.

Mi abuelo había dormido en la terraza cerrada con aluminio visto desde que se vino del pueblo, porque él también estaba a la espera de que el Imbécil y yo ocupáramos la habitación de las literas y porque no cabía en el cuartillo y porque decía que no le gustaba estar pared con pared con mis padres. Así que para curarme mi problema urinario pasé a dormir en un colchón con ruedas que me pusieron debajo de su cama.

Lo que pasó entonces no te lo vas a creer: yo me dejé de mear superipsofacto, como si el doctor Morales me hubiera hipnotizado o así, y entonces el Imbécil empezó a tener celos de que yo durmiera con mi abuelo. Todas las noches montaba un pollo horrible porque no se quería ir a la cuna del dormitorio de mis padres. Me acuerdo de verlo con su pijama unipieza llorando apoyado en la puerta de la terraza porque se quería quedar conmigo. Mi madre, sin piedad, lo levantaba en volandas y lo metía en la cuna, que a esas alturas, ya te digo, hacía la función de jaula o de celda.

Te lo resumo: nunca fue verdad que a mi madre le diera penilla del Imbécil, le daba penilla de ella misma al pensar que no tendría a su bebé king-size a su lado. Sobre todo, porque mi padre pasa la mitad de la semana fuera de casa.

Cuando llegó la Chirli, el Imbécil fue expulsado sin piedad de la habitación conyugal. Y entonces, no te vas a creer lo que pasó: el Imbécil fue a parar al cuartillo (de desahogo). Eso sí, decía mi madre, sólo hasta que vinieran las literas, que ya estaban encargadas. Y el Imbécil se empezó a mear. Mi madre lo llevó al doctor Morales y el doctor Morales le dijo: «Pero, Catalina, ¿no se acuerda usted de que ya vino cuando le pasó lo mismo al de las gafas?» El de las gafas soy yo. Y entonces, el doctor Morales pronunció una frase que nos dejó sin habla a todos, a mi madre,

a mí y al Imbécil:

«Los pueblos que no recuerdan su historia están condenados a repetirla».

Y le dio la misma receta, o sea, que durmiera de una vez por todas con su hermano (yo). También le dijo que los niños no podían pasar tanto tiempo en la habitación de sus padres, que estaba prohibido por la Organización Mundial de la Salud (OMS).

Me encantó ese golpe bajo. Yo siempre lo había dicho: el Imbécil estaba pasando demasiado tiempo en la habitación de mis padres. Pero mi madre siempre me llamaba «celoso» y me mandaba callar. Se disfruta mucho cuando la organización mundial de la salud le quita la razón a una madre para dársela al de las gafas.

Y a todo esto, no me digas cómo, pero las literas llegaron en dos días. Bueno, es un decir: los que llegaron fueron dos tíos que iban raspando la pared de la escalera con unos tablones según subían, y acordándose bastante de la madre de la señora que había encargado unas literas sin tener ascensor (de mi abuela, a la que no tuve el gusto de conocer). Mi madre les abrió y los tíos dejaron caer los tablones en la puerta del cuartillo y los colchones en mitad del salón. Luego le dijeron a mi madre que lo que venía siendo el montaje no entraba en el presupuesto. Y que adiós muy buenas.

Nos pasamos tres días, hasta que vino mi padre (a partir de ahora «el montador») con todo ese lío por en medio. Teníamos que saltar por encima de los tablones para pasar al váter y en esos tres días el Imbécil y yo nos acostumbramos a ver la tele tumbados en los colchones de las literas, porque nosotros somos ese tipo de hermanos que en tres días ya te hemos montado una tradición. Y, de pronto, de un martes a un viernes, se hizo supertradicional que yo y el Imbécil nos echáramos la siesta en los colchones, y que por la noche nos quisiéramos quedar ahí también, porque eran nuestras literas y porque nos gustaba dormir en el suelo del salón, como si estuviéramos de camping. Atábamos una sábana vieja al palo de la fregona y al mueble-bar y estábamos como en un camping, pero dentro de tu propia casa, que es mucho mejor. El Imbécil sujetaba una linterna y yo le leía al Imbécil las páginas de los libros de Manolito en las que salía él, que es una cosa que le encanta. Cuando acababa un capítulo en el que era bastante protagonista se tumbaba en el suelo y decía como soñador: «Es el mejor». Y si lo dice es porque lo piensa.

El montador (mi padre) volvió el viernes y dijo que en la mañana del sábado eso estaba hecho. Se levantó y desayunó fuerte lo que nosotros llamamos un desayuno inglés, que consiste en unas porritas que trae mi abuelo de la churrería Hijos de López y que mi padre moja en azúcar cuando mi madre no lo ve. Como le pille haciéndolo le da un manotazo en la mano que le hace soltar la porra y como nosotros nos riamos nos dice que si le suben otra vez las transminasas nosotros seremos cómplices de asesinato. Mi abuelo siempre le dice: «Cata, hija, tú tenías que haber sido psicóloga».

Luego, el montador sacó su caja de herramientas, que también estaba en el cuartillo, y colgó el plano de montaje con una chincheta en la pared. También se puso un lápiz en la oreja para parecer un montador profesional. Yo y el Imbécil queríamos ser sus ayudantes y nos sentamos en el suelo

delante de él, soñando que en dos horas tendríamos nuestras literas delante de los ojos. Mi padre sudaba mucho, cogía los tableros, les daba vueltas, llevaba tornillos en la boca, se pasaba la mano por la frente y cuando se agachaba se le bajaba el pantalón y nos enseñaba la hucha. Nos dijo que le estábamos poniendo nervioso, que no le miráramos y nosotros nos tapamos los ojos, pero como seguíamos viéndole entre los dedos, nos echó del cuarto. Nos sentamos todos en el sofá: mi madre, con la Chirli encima, porque no había espacio para su carro y yo y el Imbécil. Mi abuelo se bajó todo el día al Tropezón porque dijo que no podía con tanto.

Nosotros íbamos de vez en cuando a llevarle víveres al montador. No nos dejaba mirar, así que le dejábamos una bandeja en la puerta con un bocadillo o una Mahou de repuesto y él la volvía a dejar fuera al cabo del rato, vacía.

Por la tarde, salió del cuarto y cruzó el salón sin decir adiós, muy buenas. Y sin decir, hola, muy buenas, entró otra vez. Ahora, con Bernabé, que levantó la mano para saludarnos y le siguió corriendo. Había dos hombres en la habitación del montaje. Pusimos dos bocadillos y pusimos dos Mahous primero y dos Mahous luego.

Por la noche, ya tan tarde que yo y el Imbécil estábamos medio dormidos pero vestidos dentro de nuestra tienda de campaña, mi abuelo dormido pero vestido encima de su cama en la terraza y mi madre vestida pero dormida con Chirli en el sofá, los dos montadores entraron al salón y nos fuimos despertando. Bernabé tenía el peluquín ladeado como si se hubiera rascado muchas veces la cabeza. Fue hacia la puerta y antes de salir se paró un momento y dijo:

«Lo barato sale caro».

Mi padre estaba con media cara blanca y con media cara negra, porque a mi padre le vuelve a salir la barba a las cinco en punto de la tarde y como no se afeite se vuelve bicolor. Se sentó en el sofá y después de acordarse de la madre de los transportistas que habían dejado las literas sin montar, se quedó mirando al techo.



Fuimos al dormitorio superintrigados y nos encontramos con unas literas dantescas. La de abajo, estaba tan abajo que casi se apoyaba sobre el suelo; la de arriba estaba tan arriba que casi llegaba al techo, y las escalerillas... Las escalerillas no llegaban hasta la litera de arriba, así que nuestros montadores las habían dejado apoyadas en la pared.

No había dinero para montadores profesionales así que nuestras camas se tendrían que quedar así. Los viernes, sábados y domingos no habría problema porque mi padre estaba en casa para subir al Imbécil en brazos; también tendría que bajarlo, porque sólo un niño suicida trataría de bajarse por sí solo desde esa altura. Eso sí, que se olvidara de hacer pis en mitad de la noche. Y el resto de la semana, cuando mi padre está fuera, alguien tendría que sujetar la escalerilla contra la pared para que el Imbécil subiera, y en el último peldaño se tirara de lado y en plancha al colchón. Con el peligro consiguiente de que el Imbécil se cayera con todo su peso sobre el pobre que le

estuviera sujetando las escalerillas, o sea, yo. Dormir en nuestras literas se iba a convertir en un deporte de riesgo.

Mientras yo y el Imbécil estudiábamos la manera de que no muriera nadie en la escalada nocturna, oíamos a mi padre desde el sofá hablar solo, decía que esas literas eran un timo, que estaban mal hechas de fábrica, y que encima los de la tienda se lavaban las manos y te las dejaban en casa sin montar para que tú creyeras que eras un manta incapaz de montar dos literuchas. Mi padre siguió así, hablando solo un buen rato. Mi madre nos hizo una señal para que no le contestáramos y él se cansó de que nadie le contestara y se fue a su cuarto, aunque antes se asomó al nuestro y nos dijo: «Lo que yo digo, un timo».

El lunes siguiente mi abuelo vino a buscarnos al colegio y nos dijo que ese día comeríamos todos en casa de la Luisa porque mi madre tenía un compromiso. Todo parecía supermisterioso porque cuando llegamos a nuestro portal le dije a mi abuelo que antes quería subir a casa y me dijo que no, y yo que por qué no, y mi abuelo dijo que tenía prohibido dar más información. El Imbécil se puso a llorar y empezó a llamar a mi madre y todo era tan dramático que yo pensé, te lo juro, que mi madre nos había abandonado. No sé, lo vi superclaro: los dos colchones en el salón, los dos hijos que querían dormir en esos colchones, las dos literas asesinas, un padre que le decía que la habían timado y que se iba para el resto de la semana habiéndole dejado unas literas de difícil escalada, un abuelo que se quitaba de en medio siempre que había lío y una Chirli que mamaba cada tres horas y a la que ya le estaban saliendo las paletas.

Mi abuelo nos dejó en la escalera. A él no le gusta estar en casa de los demás y menos comer. La Luisa salió a la puerta y, al vernos subir con cara de hijos abandonados, nos dijo que teníamos que dejar a nuestra madre respirar un poco. Allí estaba la Chirli, con cara de susto, como si de pronto ella también supiera que nuestra vida estaba pendiente de un vilo.

La Luisa le estaba preparando un biberón, el primero que se iba a tomar en su vida, y nosotros nos sentamos en las sillas de la cocina, sin quitarnos las mochilas de la espalda, sin decir nada, pensando en dónde estaría mi madre y en por qué nos habría tomado tanta manía.

La Luisa se echó una gotilla de leche en la muñeca para ver la temperatura. Parecía una profesional. Sacó a la Chirli del carro y le dijo, ya verás qué bien, mucho mejor que la teta. La Chirli primero apartó la cara de la tetilla. Nos miró. Nosotros pensamos que iba a empezar a gritar. Ya estábamos con las manos camino de nuestras orejas cuando de pronto vimos cómo se volvía hacia la Luisa, la miraba y empezaba a tomarse el biberón. También en eso nos dimos cuenta de que Chirli no era como nosotros. La Chirli era la niña a la que le iban a gustar todos los cambios, que no iba a tener miedo a nada y que jamás se iba a comparar con nadie.

Se bebió el biberón en un tiempo récord, eructó como si su boca fuera el cráter del Teide en erupción. Se echó a reír luego y nos echamos a reír. Luego empezó a chuparse el dedo y se quedó como muerta. La *Boni* apareció despeinada. Es tan vieja que se duerme la siesta antes de comer, como mi abuelo; se subió al sofá con la Chirli y se hizo una rosca a sus pies. Todo era siempre perfecto en casa de la Luisa, tan perfecto que no era para nosotros. Nos dijo que fuéramos al baño

a lavarnos las manos. Fuimos los dos, pero no nos las lavamos: abrimos el grifo, hicimos el paripé y ya está. Tenemos esa tradición: no nos lavamos las manos si podemos evitarlo. Ella no se dio cuenta porque no está entrenada en el espionaje como mi madre. Ella nos chequea los churretones que suben por las muñecas y nos manda siempre de vuelta al baño.

La Luisa nos puso pescadillas de las típicas que se muerden la cola y al Imbécil hubo que quitarle de inmediato las cabezas mordientes para que no entrara en crisis. Él siempre dice: «Los vegetarianos no comemos animales con forma de animales». Con esa teoría ha conseguido que mi madre le ponga a él siempre los pescados limpios de raspas. Te lo advierto, si algún día lo invitas a tu casa, no se te ocurra sacar un cochinillo entero del horno, como esos que cocina un señor de Segovia que se hizo famoso en el mundo mundial porque los destroza delante de sus clientes con un plato y vienen japoneses de todo el planeta a verlo. El Imbécil es contrario a ese tipo de prácticas, eso sí, tú le invitas a un MacPollo y lo devora sin problema. Él es vegetariano en plan sui generis.

Después de comer, la Luisa nos dijo que veríamos un poco la tele. Nos puso el concurso «Saber y Ganar». La Luisa es la fan número uno del presentador de «Saber y Ganar», dice que ya lo seguía cuando era niña, y que le gustaría que nosotros pudiéramos ser concursantes de «Saber y Ganar» cuando fuéramos mayores. El presentador de «Saber y Ganar» ha existido siempre. Científicos de todo el mundo están tratando de averiguar cuál es el secreto de la eterna juventud del presentador de «Saber y Ganar» y se dan con las probetas en la cabeza de la desesperación porque no encuentran respuesta.

Luego, nos puso un documental de salvajismo animal que trataba de los osos del Polo Norte que se están quedando sin hielo y no van a tener donde pisar. Se te rompía el corazón. A la Luisa se le estaban saltando las lágrimas cuando, de pronto, un oso y una osa se pusieron a hacer un osito. A ver, es natural: si estás en extinción y te estás quedando sin hielo bajo tus pies algo tendrás que hacer. Pero a la Luisa se le torció el gesto y nos quitó la tele. Como ella no tiene hijos no sabe que yo estoy superinformado de la reproducción humana y animal y de que he puesto al día a mi hermano. El Imbécil ha empezado este año a estudiarla, pero él ya llevaba de casa una preparación. Como te dije, no podía soportar más que fuera un ignorante en ese tema.

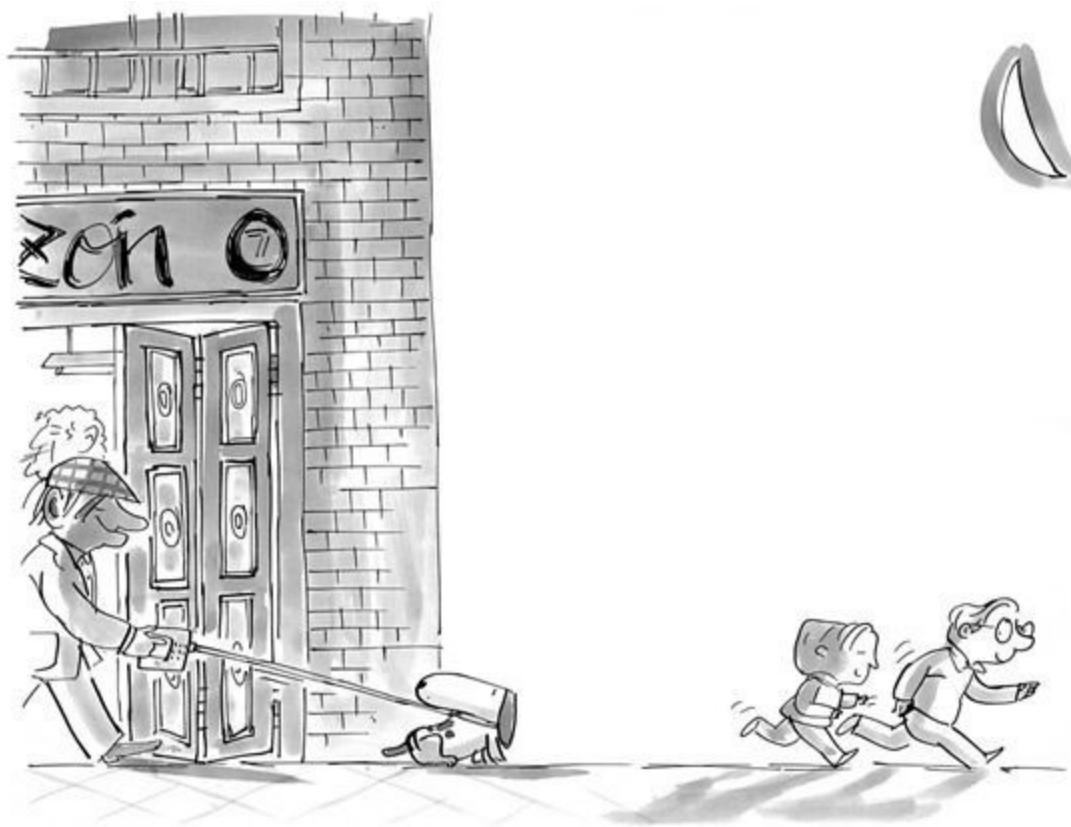
La Luisa nos dijo que nos bajáramos al parque con la *Boni*, y que ella ya nos avisaría de cuándo teníamos que subir. Nos vigiló mientras bajábamos por si teníamos la tentación de subir a mi misteriosa casa, y nos fuimos a la calle, cabizbajos, con las mochilas puestas, y así seguimos cuando mi abuelo nos invitó a tomar una coca-cola en El Tropezón y cuando fuimos a la panadería de la Porfiria a comprar un donuts y cuando nos sentamos en el banco con Melody Martínez viendo cómo Yihad hacía el murciélago en el Árbol del Ahorcado, que es algo que yo admiraba mucho cuando era pequeño, pero que ahora ya me parece una payasada.

Yihad no se acercaba porque la *Boni* es nuestra perra de defensa. Yihad la tiene miedo a la *Boni*, nunca se ha atrevido a acercarse a ella lo bastante para saber que cuando enseña los dientes sólo enseña las mellas. Perdió los dientes hace tiempo. Pero es una perra aterradora, cuando alguien no le gusta se pone a saltar como una pulga y sus ojos de huevo podrido se inyectan en sangre. Podríamos decir que la *Boni* es la perra guardiana de toda la finca porque el cartero, el

mensajero y el del agua siempre gritan desde abajo: «¡Sujete a la fiera, señora!»

A eso de las ocho de la tarde, cuando ya estábamos helados, se había hecho de noche y mi abuelo había ingresado en la tribu de las Narices Rojas, la Luisa se asomó a nuestra terraza con la Chirli en brazos y nos dijo: «¡Venga, chicos, subid corriendo!» Y así subimos, como si nos hubieran puesto el típico cohete en el culo, y dejamos que mi abuelo lo hiciera a su ritmo; después de pasarse toda una tarde pegado con velcro a la barra del Tropezón se vuelve bastante lentorro, la verdad.

La Luisa estaba en nuestra puerta, con una sonrisa de pilla que tiene un secreto, y nos hizo un gesto para que entráramos. Y nosotros entramos. Y vimos a mi madre en el pasillo que da a los cuartos, apoyada en la pared, con una sonrisa de pilla que tiene un secreto, y nos hizo otro gesto para que entráramos. Y nosotros entramos. Entramos como si estuviéramos entrando dentro de un cuento. La puerta de nuestro dormitorio estaba abierta y mi madre había encendido una lamparita baja, así que toda la habitación estaba iluminada con una luz de esas íntimas que tienen los niños de las películas a los que sus padres dicen cuando un asesino está intentando entrar en la casa: «Todo saldrá bien». Y te lo crees. Y todo por la luz de la lamparilla.



Las dos literas parecían otras, cada una en su sitio, con su colchón encima, con nuestros edredones, con la escalerilla puesta del suelo a la cama de arriba. Miramos a la pilla de mi madre, sin llegar a entender muy bien quién había hecho esa magia. Y luego a la Luisa. Y luego a mi abuelo.

Nos costó mucho creer que las había montado mi madre sola. Siempre habíamos dado por hecho que el manitas era mi padre, aunque no sé por qué, porque hasta ese presente mi padre no había montado nunca nada y cuando llega a casa no hace ni el huevo. Para colmo, desde que la Chirli se convirtió en una niña (y bastante pelota, por cierto) ya no tiene ni que ir al dormitorio a por las zapatillas. La Chirli, como una perrilla, se las lleva a la puerta.

Mi madre se fue al sofá, tiró al aire las zapatillas y puso los pies encima de la mesa. La Luisa nos dijo: «Pero bueno, ¿es que no le vais a decir nada?» La verdad es que no sabíamos qué decir. En el salón ya no estaban nuestros colchones, se habían acabado para siempre nuestras noches de acampada y eso es algo que nos dolía un poco. A partir de esa noche, yo y el Imbécil íbamos a dormir en literas y mi abuelo se quedaría solo en su terraza. Como cuando se vino a Madrid, solo y con su radio. También había otra cosa que pensábamos superalunísono: esa misma noche, como cada noche, mi padre llamaría desde una habitación de uno de los bares El Cruce y tendríamos que decirle que las literas estaban ya bien montadas. Y eso nos daba un poco de pena. Mi padre siempre nos da un poco de pena.

Llamó. Se puso el Imbécil el primero, es un privilegio que él tiene por ser vegetariano, como que le partan el filete. Estoy por hacerme vegetariano como él a ver qué pasa. Luego me puse yo. Luego la Chirli, que no tiene mucha conversación, pero mi padre le pide que le cante canciones en inglés. Nosotros, yo y el Imbécil, hemos tratado de demostrar, diccionario en mano, que su inglés es falso, pero mis padres dicen que ya nos vale, «tratar de quitarle la ilusión a una niña de la infancia». Así que tenemos que tragarnos esa farsa.

Y para terminar, se puso mi madre. Todos esperábamos en silencio que ella le dijera lo de las literas, pero no le dijo nada. Llegó el viernes y entró mi padre. La Chirli, en plan pelota, fue a llevarle las zapatillas a la puerta. Mi madre salió de la cocina para darle un beso, y el Imbécil y yo nos tiramos a la puerta para buscar un hueco entre esas dos rivales que son mi madre y la Chirli. En los últimos tiempos se están tomando bastante tirria la una a la otra porque están enamoradas del mismo y eso, quieras que no, siempre es un problema. Lo sé por experiencia, el tiempo en que Yihad y yo estuvimos por la Susana, yo lo pasé fatal, aunque ya te digo, yo sigo siempre una regla: no compito si llevo las de perder. Sin embargo, mi madre y la Chirli van a muerte. Y luego decían que yo era celoso. Lo llevo en mi código genético.

Mi padre fue al baño y pasó de largo por nuestro dormitorio, que tenía la puerta abierta. Se ve que no reparó en el cambio crucial hasta que ya estaba haciendo pis porque lo vimos salir con prisas del váter, abrochándose la bragueta, y quedarse parado ante las literas. Entró en el cuarto y se ve que las estuvo mirando un buen rato. Nosotros no nos levantamos del sofá. Había un silencio bastante sepulcral. Sólo cuando nos sentamos en la mesa, mi padre dijo: «Buen trabajo, Cata». La Chirli, como si tuviera que consolarle, se bajó de su trona, se fue hasta él y se le subió encima. Mi madre saltó como un resorte, como siempre:

—Chirli, hay que aprender a comer solita, y dejar a papá un poquito en paz.

Es que me parto, mi madre dándole lecciones de independencia a la Chirli cuando ella comió con el Imbécil en brazos los cuatro primeros años de vida de mi hermano. Si en mi casa hubiera libertad de expresión yo diría unas cuantas cosas. Pero no la hay, así que ni lo intento.

Ya nadie volvió a comentar nada. Dirás que si no me da pena una madre a la que nadie felicita. Es que hay veces que en mi casa preferimos comunicarnos por vía telepática. Es un don genético de la rama de los Moreno, porque los García, o sea, mi padre, no suele coscarse de nuestras conversaciones a nivel mental. Ella sabía que yo y el Imbécil la admirábamos bastante y se la veía supercontenta.

Después de aquel primer montaje algo cambió en su cerebro y se volvió un poco loca. Como que no pudiese parar. Nosotros no sabíamos lo que nos íbamos a encontrar al volver del colegio. Un día llegamos, por ejemplo, y del cuartillo de desahogo habían desaparecido todos los trastos. Es un misterio saber dónde había colocado todas aquellas cosas por las que yo y el Imbécil, en nuestra época de niños meones, teníamos que saltar para llegar a la cama-mueble. Otro día, otro ejemplo, llegamos y el cuartillo además de vacío estaba pintado de azul celeste. Y al día siguiente (más ejemplos) había pegado en las paredes unas pegatinas de unas olas y unos barcos que compró en los chinos. Y luego llegaron unos operarios, que debían de ser de la misma empresa que los anteriores, porque también se acordaron de la madre de mi madre porque mi casa no tiene ascensor y nos dejaron las maderas tiradas en el pasillo.

En tres días vimos como el cuartillo de desahogo se había convertido en el cuarto de la Chirli. No me digas cómo pero aunque es diminuto mi madre metió hasta un escritorio. ¿Para qué quería la Chirli un escritorio? Es un misterio que aún no ha encontrado respuesta, porque la Chirli cantará en inglés (jajá, me parto) pero no sabe leer ni escribir. Todo estaba decorado con dibujos marineros: anclas, barcos, nudos. Nosotros empezamos a llamarle el camarote de la Chirli. Y te juro que hay veces que entro y me parece que se me mueve el suelo. Es un cuarto al que tienes que entrar después de tomarte una biodramina.

Mi madre le dijo a mi abuelo que estaba pensando en hacerle un ojo de buey a la puerta, como las de los barcos, para poder vigilarla desde fuera, pero mi abuelo le dijo que si no creía que iba a quedar todo demasiado marítimo.

Nosotros creíamos que la Chirli se iba a pillar una buena rabieta cuando mi madre la pusiera de patitas en la calle. Me refiero a echarla del dormitorio nupcial. Pero no. La Chirli miraba cómo mi madre le colocaba la ropa en el armario, las Barbies en un estante y unos libros en su escritorio (libros sin letras, como te podrás imaginar), y parecía inmensamente feliz. Por la noche, se acostó en su cama y todos nos quedamos vigilándola desde el pasillo, esperando que en algún momento llorase de terror por tener que dormir en aquel cuartillo donde tantos niños habían sido infelices. No se meó. Otra prueba más de que no es una G. M. de pura cepa.

Por las noches, eso sí, se viene a nuestro cuarto. Se pone un poco pesada porque quiere que la subamos a la litera de arriba y hacer allí alguna actuación. Como dijo una vez Bernabé: «Es un animal de escenario». El Imbécil va corriendo a mi madre para decirle que la Chirli le va a romper su litera de los saltos que pega y mi madre aparece y dice: «Bueno, se acabó, cada uno a su cama», porque en los últimos tiempos no se quiere poner de parte de ninguno. Ahora es una neutral, no como cuando el Imbécil era pequeño y yo tenía siempre que aguantarme. Cómo ha cambiado la educación de las nuevas generaciones.

Pero el gran cambio fue cuando mi madre pidió en la tienda de las fotocopias que le hicieran un anuncio que pusiera:

MONTADORES MORENO
A PRECIO DE ESCÁNDALO

Y debajo ponía nuestro teléfono y que preguntaran por el mismo Moreno. Nos extrañó que

pusiera «montadores», porque, que nosotros sepamos, montadora no hay más que una, pero ella nos dijo que así la gente creía que era una empresa y que Moreno era un hombre, y eso le daba a la gente mucha mejor impresión. La gente es como nosotros, que siempre habíamos pensado que el manitas era mi padre. Nos dolió que no llamara a su empresa «García Moreno» pero ella dijo que «Moreno» era un nombre muchísimo más comercial, que si le dejaba el García no se comería una rosca. Y así de claro nos lo decía a dos García: yo y el Imbécil.

Al principio, yo y el Imbécil nos tirábamos al teléfono para decir: «Moreno montadores, dígameeee». Ahora ya se nos ha pasado un poco esa emoción. A mi madre le han salido tres montajes en dos meses pero ella dice que lo importante es hacerse un nombre y que cuando se acabe la crisis, dentro de quince años o así, la tarjeta de «Montadores Moreno» estará pegada con un imán en todas las neveras de Carabanchel (Alto y Bajo. «No, mejor aún —nos dijo bastante presa de la emoción— la empresa tendrá su propio imán»). A mí me ha dicho que me dará trabajo, pero que aún no sabe de qué, porque me ve un manta para los trabajos manuales, y tampoco cree que sirva para la administración. El Imbécil llevará la informática. Yo estoy más en el aire. Como siempre.

Mi padre no dice nada. Desde que le engañaron con el apartamento en el secarral ya no suele decir nada. Yo creo que ya se ha hecho a la idea de que en el futuro ella será la jefa de esa gran empresa que vamos a tener y él será un mero transportista. Pero creo que no le importa, no es lo que se dice un hombre de acción. Mi abuelo siempre acaba diciendo que está seguro de que él ya no estará en este planeta para ver el éxito de la empresa de mi madre, aunque yo creo que es un poco inmortal, como el presentador de «Saber y Ganar».

Pero hay algo que nadie sabe. Cuando mi madre nos manda a la cama, cuando deja a la Chirli rodeada de barcos y timones y dormida con la luz del gusilú, cuando ya hemos hablado todos con mi padre por teléfono, cuando mi abuelo se ha ido a su terraza y mi madre dice, ay, por el pasillo, porque no le gusta dormir sola..., entonces, el Imbécil baja por la escalerilla de las literas y se mete conmigo en la cama. Él dice que no quiere dormir tan arriba y yo tampoco quiero dormir arriba, porque lo tradicional de toda la vida es que el mayor es el que duerme abajo. Así que, para que mi madre no la monte (por algo es la montadora), hemos llegado a un acuerdo: dormimos juntos pero cada uno con la cabeza para un lado. Salgo yo perdiendo porque al Imbécil le huelen los pies a queso francés, bastante más que los míos que huelen a queso manchego. Cuando me quejo, cuando le hablo del derecho a la intimidad, el Imbécil dice una frase de Bernabé:

«Nunca llueve al gusto de todos».

Y aunque no queramos llevarnos bien, nos da la risa pensando en Bernabé y en la Luisa en la cama, durmiendo igual que nosotros, con los pies de Bernabé en la cara de la Luisa, y mi padrino diciendo: «Nunca llueve al gusto de todos».

Yo y el imbécil llegamos tarde...



Yo sólo he tenido un reloj en mi vida. Un Casio de tecnología punta japonesa. Me lo mandó mi tío Nicolás cuando hice la Primera Comuni3n. Bueno, la primera y la 3ltima, porque como me da vergüenza confesarme no he vuelto a comulgar. Soy un legalista. Y sin la comuni3n, que es el momento cúspide, la misa pierde el noventa por cien de su gracia. La verdad es que yo en el principio de los tiempos pensaba objetar, porque me daba palo verme con la obligaci3n de ir todos los domingos a misa, y ya que te apuntas a una cosa, te apuntas con todas las consecuencias. Pero mi madre se puso superpesada con que sí, que tenía que hacerla. Mi padre le decía: «Pero, Cata, si el chiquillo no quiere», y mi madre le contestaba: «El chiquillo no tiene edad para decidir».

Y decidió ella.

Yo quería hacerla de paracaidista, pero mi madre dijo que el Vaticano no lo permitía, y me compró una chaqueta azul con unos botones dorados, que se ve que es una de las que le parecen bien al Papa. Al final no estuvo mal porque comimos en el Ching-Chong para celebrarlo, como ya es tradici3n; mi abuelo pagó el convite, me regalaron dos juegos de la Play y mi padrino Bernabé y la Luisa me abrieron una cuenta en Caja Madrid con quinientos euros (de los de antes). Dijo Bernabé que ya tenía edad para guardar mis ahorros en una entidad bancaria, que los tiempos del cerdo-hucha habían sido bonitos mientras duraron pero había que darlos por zanjados. Yo era el titular aunque el nombre de mi madre también figuraba porque se ve que como yo era muy menor podía hacer una locura y largarme al extranjero con mi fortuna.

En aquel momento me sentí como un gran inversor financiero, te lo juro, con mi chaqueta de botones dorados, mi cuentita en el banco y haciendo que me fumaba un puro con uno de los palillos del Ching-Chong... Además, como hice la Comuni3n un poco pasado de fecha, tenía ya mi sombra en el bigote. La Luisa me lo quiso depilar el día antes, me persiguió por todas las habitaciones con los papelillos de la cera, porque decía que la cera retrasa la salida del vello, pero yo me negué. Se llega a enterar Yihad de que me he depilado el bigote y acabo en el mismo saco que el Orejones. Fijo.

Pero desde que esa entidad bancaria, como diría Bernabé, salió en la tele porque estaba para que la rescataran los alemanes, empecé a decirle a mi madre que me gustaría ir a Bankia (ahora se llama así) a sacar mis quinientos euros (de los de ahora) y devolverlos a la única entidad financiera que es de fiar: mi cerdo-hucha.

Mi abuelo me ha contado que en Argentina hubo un tiempo en que todas las personas tuvieron la misma idea que yo: sacar el dinero de los bancos para meterlo en cerdos, y que por eso a ese momento histórico le llamaron «el corralito». De tanto cerdo como había.

Mi madre siempre me da largas. Lo malo de que tu madre sea titular en tu cuenta es que necesitas su firma para todo. He pensado muchas veces que igual es que mi madre se gastó mi fortuna a mis espaldas. Dirás que está muy feo sospechar así de una madre, pero es que tengo que confesar que alguna vez yo también le he quitado algún euro al Imbécil de su cerdo-hucha, porque creo sinceramente que a su edad necesita menos dinero que yo. Y, como dice Bernabé: «Se cree el ladrón que todos son de su condición».

Pero volvamos al principio de los tiempos, al reloj Casio que me regaló mi tío Nicolás. Mi tío vive en Noruega con una noruega enorme a la que se le salían las piernas de la cama-mueble del ex cuartillo. Por eso a mi madre le cayó regular. Para caerle bien a mi madre tienes que caber en su cama-mueble. No me preguntes por qué. Total, que como resultó que a mi tío no le dieron permiso en la fábrica de empaquetado de salmón donde trabaja para venir a mi convite, me mandó por correo urgente un reloj japonés. Podía haber mandado salmón, como otras veces, pero igual es que el Vaticano no acepta el salmón como animal de compañía.

Mi Casio tenía (aparte de la hora) calendario, calculadora, cronómetro, y lo podías sumergir a doscientos metros de profundidad, que es una cosa que yo le contaba a todo el mundo cuando enseñaba el reloj, hasta que un día me dijo Yihad: «Eso lo vamos a comprobar un día en alta mar». Y me subió un escalofrío por la espalda que ya no volví a decirlo más.

La calculadora la usaba para pasarle a mi abuelo todas las cifras a pesetas. Estábamos viendo la tele, por ejemplo, y cuando la presentadora contaba el dinero que se había llevado el yerno del Rey, un político de Palma o uno de Marbella yo le hacía el supercálculo para que él se hiciera una idea. Mi abuelo esperaba callado y cuando yo le enseñaba la cifra, decía: «Menudo chorizo».

Pero los primeros meses de tener mi Casio me dediqué, sobre todo, a cronometrar.

Cronometraba todo: lo que tardaba el Imbécil en hacer sus necesidades; lo que tardaba en comunicarle a mi madre de qué tamaño era lo que había hecho; lo que tardaba mi madre en hacer una tortilla francesa; lo que tardaba mi abuelo en subir las escaleras después de estar en El Tropezón; lo que tardaba Melody Martínez en sus carreras de relevos; lo que tardaba Yihad en meterse conmigo cuando llegaba al parque; lo que tardaba mi madre en decir «ya lo hago yo, que me da coraje ver lo mal que hacéis las cosas» y lo que tardaba mi abuelo en contestarla: «Así cómo van a aprender»; lo que tardaba mi madre en mandarnos a la cama en cuanto llegaba mi padre; lo que tardaba la Chirli en mamar de una teta, lo que tardaba en mamar de la otra... Me di cuenta de que, si yo servía para una cosa en la vida, era para cronometrar. Me sentaba en el sofá, en la silla de la cocina, en el banco del parque o en el pupitre en clase y cronometraba todo lo que hacía la gente a mi alrededor.

Tengo que decir que no fue una afición muy comprendida por mi entorno. La *sita* Asunción me dijo que como me pasara la clase mirando la hora iba a perder el curso. ¡Mirando la hora! La *sita* no sabía nada de las prestaciones de un Casio. ¡La hora! Mi abuelo me pidió que no le cronometrara subiendo la escalera, porque era verme mirando el reloj en lo alto de la escalera y empezaba a subir más deprisa y a jadear. Es matemático: a la gente la cronometras y de inmediato

quieren batir sus propios récords.

Un día que estaba cronometrando el tiempo en que la Chirli tardaba en echar un provechito (provechito es un decir), mi madre me dijo que me iba a quitar el reloj y se lo iba a dar a un vendedor de *La Farola*, porque decía que le daba estrés y que a una madre no le puede dar estrés porque se lo contagia a sus hijos. Y yo te digo una cosa, si eso es verdad, a estas alturas yo debería estar internado en un hospital bastante psiquiátrico.

Al único que le gustaba mi cronometración era al Imbécil. Como mi madre nos hacía bañarnos juntos, «para matar dos pájaros de un tiro», yo cronometraba el tiempo que aguantaba cada uno debajo del agua. Nos picábamos bastante. Un día mi madre entró, vio al Imbécil sumergido y a mí mirando el reloj, y no veas cómo se puso. Gritaba: «¡Que me lo matas, que me lo matas!», y sacó al Imbécil de golpe, en plan socorrista de piscina. El Imbécil lloraba y tosía pero no porque YO le estuviera matando, sino porque ELLA le había hecho perder la apuesta.

A partir de esa noche tuve que cronometrar a escondidas porque mi madre me amenazó con meter el Casio en un sobre y enviárselo de vuelta a mi tío Nicolás con una nota que dijera: «La próxima vez mandas salmón». Con tantas amenazas, al final perdí mi hobby. Para un hobby que tenía. Pero es que cronometrar de noche cuando todo el mundo está durmiendo y nadie hace nada era imposible. Intentaba cronometrar el tiempo que tardaba mi abuelo en quedarse dormido pero siempre me quedaba yo dormido antes.

Casi al mismo tiempo que perdí mi hobby perdí la fe porque nadie quería venir a misa conmigo. Y eso que hubo unos días en que la fe me llegó tan hondo que hasta llegué a pensar que mi verdadera vocación era la de ser Papa, porque, eso sí, siempre tuve muy claro que si me metía a cura no era para quedarme en plan curilla de Carabanchel. Eso por descontado. Le di muchas vueltas a eso de vivir en el Vaticano, pero acabé pensando que no era para mí. Después de haber crecido en un piso como el nuestro debía de ser muy difícil acostumbrarse a vivir dentro de ese pedazo de monumento, y tener que asomarse a la ventana por las mañanas y encontrarte ahí abajo a cientos de miles de personas, ¡AAAAARRRRRRRRR!, esperando a que levantas los brazos y dijeras unas palabras en varios idiomas. Hice una prueba asomándome en la terraza de aluminio visto y sólo de imaginar que se llenaba el Parque del Ahorcado de fieles me dieron mareos. No sirvo para Papa, soy un gran tímido.

Mi padre siempre ha dicho que el Señor inventó los domingos para descansar, así que a la hora a la que él se levanta todas las iglesias están cerradas y los curas ya se han quitado el mono de trabajo, como dice Bernabé cuando llega a casa y se quita la corbata. Mi madre, por aquel entonces, con la excusita de que la Chirli mamaba, no nos acompañaba a ningún sitio. Mi abuelo venía conmigo y con el Imbécil hasta la puerta del templo pero luego nos decía que nos esperaba a la salida de misa, que lo que iba a decir el cura ya lo había oído muchas veces.

A mí y al Imbécil nos gustaba sobre todo el momento en que el cura decía que teníamos que darnos fraternalmente la paz, entonces hacíamos nuestro tradicional saludo de chocaescincopuño-pulgares entrecruzados. También molaba cuando pasaban el cestillo para que echáramos la voluntad. Como me daba vergüenza confesarme nunca pude confesar que el dinero que echaba al cestillo se lo tomaba prestado al Imbécil de su cerdo-hucha. Desde entonces ando con ese pecado

dentro, aunque, como verás, ya pagué por mi grandísima culpa.



Por desgracia, un domingo el Imbécil se dio cuenta de que su cerdo se estaba quedando en los huesos. Podía haber sospechado de otro/a antes que de mí; de mi madre, por ejemplo, aunque mi madre no es una ladrona de poca monta como yo, mi madre es una ladrona de guante blanco y se queda con los ahorros bankarios de los pobres niños de la infancia. Pero el Imbécil sospechó de mí, directamente. Y me atacó.

Yo estaba a lo mío en aquella época, cronometrando, así que recibí el impacto de la Barbie-Dentista en el ojo izquierdo sin tener tiempo para protegerme la cara con las manos. Ni a mi peor enemigo le deseo que alguien le ataque con una Barbie Dentista. La tía tiene en la mano un torno de limpieza de boca que puede causarte daños irreversibles. Cada vez que me veo la señal que me ha quedado en el párpado pienso en la suerte que tuve: éste podría ser el libro de un niño tuerto.

A raíz de ese ataque desproporcionado dejamos de ir a misa. El Imbécil decía que volvería conmigo si le llenaba su cerdo-hucha y yo le decía que después de cómo me había dejado el ojo que para nada. Mi madre hizo como que quería sellar la paz pero lo estropeó: me dijo que tenía que perdonarle porque el pobrecillo había actuado por un impulso, y también me dijo que robar a un hermano era una cosa muy fea. Se ve que para ella era menos feo robar a un hijo de la cuenta de una entidad bancaria, pensé bastante para mis adentros.

Después de la charla de mi madre yo perdí bastante la fe en el ser humano. Y después en Dios, una cosa vino con la otra. Porque ir solo a misa era un rollo repollo. ¿Con quién te ibas a dar fraternalmente la paz, con un desconocido que no habías visto en tu vida? Toda la vida escuchando a tu madre que no hables con desconocidos y de pronto le tienes que dar la mano al primero que se te sienta al lado.

Además, yo no era capaz de creerme eso de que Dios está en todas en partes. No tengo imaginación para tanto. Yo podía imaginarme a Dios a la perfección si estaba dentro de la iglesia, en su ambientillo, pero cuando el cura decía «podéis ir en paz» y salía con todo el mogollón de fieles a la calle ya no era capaz de ver a Dios a la luz del día en Carabanchel. Vamos, es que ni se me pasaba por la cabeza. Así que fue dejar de ir a misa y desaparecer ÉL de mi vida. Y te digo una cosa, he oído muchas veces a la Luisa decir que ella reza a su manera, que ella se dirige a Dios con sus propias palabras y desde su propia casa. A mí no me engaña, yo creo que también lo hace para librarse de ir los domingos a la iglesia, que es una cosa que a casi todo el mundo le viene mal, porque suele coincidir (por lo menos en mi barrio) con la hora del aperitivo.

Cuando vino el Papa a Madrid a la Luisa no le bastó con que pasara por Carabanchel con el Papa-Móvil, ella me dijo que pensaba ir también a la misa en el aeródromo de Cuatro Vientos y que por qué no me iba con ella y con mi padrino Bernabé. Y ahí me di cuenta de que a ella sólo le interesan las misas con glamour a las que va la prensa y toda la plana mayor. Le dije que no porque estaba harto de tanta falsedad.

La Luisa se compró en la misa un Papa-Móvil que si le das cuerda el Papa mueve la mano. El Imbécil le pidió que se lo diera y ella dijo que no, que ése era un recuerdo para toda la vida de una misa histórica. De verdad, que una persona mayor como la Luisa decida quedarse con un Papa a cuerda en vez de dárselo a un niño te da una idea de cómo entiende la gente la religión.

No sé para qué me hicieron tomar la comunión, la verdad. Yo soy un tío que se lo toma todo bastante a pecho y me hicieron tener una crisis religiosa que me duró casi una semana y encima casi pierdo un ojo. Si por lo menos la hubiera hecho de paracaidista, me hubiera quedado ese premio de consolación, pero ahí se ha quedado muerta de risa en el armario la chaqueta de botones dorados, envuelta en el plástiquillo de la tintorería. Mi madre me había dicho que sería una chaqueta para las grandes ocasiones, pero no ha habido ocasiones, ni grandes ni pequeñas, y yo ya no quepo dentro porque he crecido un poco a lo ancho (de momento). Ahora que podría llevarla el Imbécil para su comunión, que ya le toca, resulta que él ha dicho que no la hace porque es vegetariano. ¿Perdonaaaaa? ¿Tú lo entiendes? Yo ya me he perdido. Pero a él le respetan sus

creencias como si fueran sagradas y ya no le han vuelto a insistir.

Al principio de los tiempos del Casio yo creía que un reloj que uno podía sumergir en las profundidades del océano (que NO se va a dar el caso) podía aguantar lo que le echaran, pero resultó que no. Cuando me empezó a fallar, me enteré de que era mejor no cronometrar debajo del agua, justo a lo que yo me había dedicado todo ese mes de julio en la piscina después de la comunión. Tú dirás que podía haber cronometrado sacando el brazo fuera del agua pero hay que entender que a los verdaderos profesionales de la cronometración nos gustan las experiencias límite.

Resultó que al reloj también le sentaba mal el cloro, el agua calentorra, los bronceadores. O sea, las cosas típicas del veraneo en Carabanchel. ¿Qué esperaban los fabricantes, que dejara el reloj en la toalla? Imposible. Porque otra cosa típica del veraneo en Carabanchel es que te manguen tus posesiones en la piscina. ¡Como para irte a bañar dejando en la toalla un reloj multifuncional! Hace tiempo dejábamos a mi abuelo cuidando las cosas pero ahora que se pasa el día echando siestas soy yo el que tengo que hacerme responsable de todo, incluso de él. Antes de meterme al agua, por ejemplo, le unto un pegote de protección noventa en la nariz, que le ha crecido bastante en los últimos años y le sobresale un montón de la visera de la gorra. Es lo que se viene a llamar una nariz a la intemperie.

En total, que el Casio se murió. No de golpe, se murió poco a poco. Al principio se me arreglaba dándole unos cuantos golpes al aire, como se hace con el termómetro. Pero ya un día dejó de latir para siempre. Mi padrino dijo que él conocía unos relojeros especialistas en Casios. Mi padrino, como es representante de aceitunas y banderillas, conoce a todo dios en el mundillo. Pero mi madre dijo que si quería arreglarlo que lo hiciera con dinero de mi propio cerdo, y en ese momento estaba entrampado pagándole a plazos al Imbécil lo que le había robado. Es tradición de los García vivir hipotecados, y tradición de los Moreno tener la mano un poco larga. Yo sigo las dos tradiciones.

Así que ahí lo tengo, en el cajón de la mesita de noche de mi abuelo. Con sus medicinas, las pastillas efervescentes para su dentadura, nuestras cartillas de Bankia, todas mis gafas viejas desde que tenía cuatro años y me hicieron las primeras, la llave de hierro puro de la casa del pueblo, una foto de mi abuela de cuando era joven y ya parecía una muerta, un ventolín, un montón de juanolas sueltas por todo el cajón y el cascabel que se tragó el Imbécil un año porque creía que así sonaría cada vez que saltara. Lo rescatamos en el orinal y mi abuelo lo guarda de recuerdo (después de desinfectarlo, claro) con algunos de nuestros dientes de leche.

Ahí está mi reloj. Todavía huele a protector solar. Yo creo que no aguantó tantas prácticas desaconsejables. Para colmo, luego leí que tenía que haberlo lavado con agua del grifo después de meterlo en la piscina y echarle bronceador. ¡Pero cómo voy a lavar un reloj si no me gusta lavarme las manos!

No te lo vas a creer pero fue dejar el reloj en el cajón y empecé a llegar puntual. Es que lo de cronometrar me quitaba mucho tiempo, la verdad. Me liaba a cronometrar y cuando caía en la cuenta ya se me había pasado mi hora. Yo siempre he sido de esos típicos niños que van preguntando la hora por la calle. Y preguntando se llega a Roma, como dice mi padrino Bernabé.

Y claro, si llegaba tarde yo llegaba tarde el Imbécil, eso es así, pero a él nadie le ha pedido nunca ninguna responsabilidad y vive feliz en su ignorancia.

Casi siempre le he preguntado la hora a las señoras de mi barrio. Con las señoras nunca te equivocas, siempre llevan reloj. Cuando mi reloj murió volví a ver el mundo, porque había estado casi medio año mirando sólo la pantalla de mi Casio, y me di cuenta entonces de que los tíos del Baronesa Thyssen, el instituto de FP de mi barrio, no llevaban nunca reloj. Miraban la hora sacándose un momento el móvil del bolsillo, como hacían los antiguos cuando se sacaban el reloj con cadenilla de un bolsillo. A mí me parecía un gesto de gilipollas, pero como soy un tío supercontradictorio, cada vez que veía ese gesto dos pensamientos se cruzaban en mi mente provocando un cortocircuito cerebral: me parecían unos gilipollas, sí, pero yo quería ser tan gilipollas como ellos. Lo que viene a llamarse una envidia bastante podrida.

... y sin dinero



La primera vez que le dije a mi madre que necesitaba un móvil, mi madre dijo: «Pero tú de qué vas, chaval», y pasó a otro tema. Dime a mí si es normal que tu madre te conteste de la misma forma que Yihad, el chulo de mi barrio. En ese ambiente me estoy criando.

El Orejones ya tiene un móvil desde hace tiempo. Claro, él siempre lo tiene todo antes que nadie: se lo compró su madre porque se sentía culpable cuando se casó con el simple de Pepín. No veas la suerte que tiene. Con el móvil, quiero decir, no con Pepín.

Para empezar, el Orejones puede hacer ese gesto que hacen los del Baronesa Thyssen, ese de sacarse el móvil del bolsillo, mirar la hora bajando la cabeza para un lado y dejarlo luego que se caiga otra vez en el pantalón. Te juro que si vieras ese gesto te entraría una envidia que no te cabría en el pecho. Pero es que además un móvil tiene más prestaciones, por ejemplo, con móvil uno puede llegar a su casa a la hora que le dé la gana, basta con que vayas llamando a tu madre cada media hora para decirle que te retrasas y en ese plan. Las madres se creen que eres superresponsable y te ponen de ejemplo ante otras madres:

—Mi hijo, si va a llegar media hora tarde, me pone un sms.

—¡Qué suerte has tenido con ese hijo! —dice una.

—Eso no lo hacen todos —dice otra.

El Orejones, por ejemplo, un ejemplo, está tan a gusto en mi casa probándole a la Chirli unos estilismos, cuando, de pronto, se acuerda de su madre. Pero se acuerda de su madre sin estresarse como me pasa a mí cuando me acuerdo de la mía, que me empiezan a sudar los alerones, no, él se saca el móvil del bolsillo sin perder la calma, mira la hora de lado (o sea, supercopiando a los del Baronesa) y la llama. Le dice: «Oyes, mami, que se me va a hacer un poco tarde porque estoy ayudando a Manolito con su hermana». Y su madre le dice: «Ay, Ore, siempre haciendo cosas por tus amigos». Tal cual. Y luego vuelve a llamarla otra vez y otra y otra para decirle, con todo su morro, que se va a retrasar un poco más porque mi madre le ha pedido que dé de cenar a la Chirli, pero que ante todo lo que no quisiera es que ella se preocupara. Tal cual. A su madre se le deben de inundar los ojos de lágrimas. Yo vomito. El Orejones es un niño que se sabe vender.

De esta manera que te cuento, dándole largas a su madre, el Orejones se sienta a la mesa día sí día no y cena con nosotros, como uno más. Es el rey de las autoinvitaciones. Mi madre le suele tirar alguna pulla. Le dice, por ejemplo: «Qué tranquila debe de estar tu madre contigo, cariño». O, por ejemplo: «Dicen que donde comen tres comen cuatro, pero no es verdad, si hay cuatro tienes que hacer cena para cuatro».

Cualquier niño se daría cuenta de que le están lanzando una indirecta en toda la línea de flotación pero el Orejones es un niño al que las indirectas le resbalan y vive feliz, haciendo lo que

le sale del bolo. A veces mi madre le toma manía, y aunque me veo en la obligación de defenderlo cuando se va, porque yo soy amigo de mis amigos, por dentro también le tomo manía: por tener móvil y por tener tanto morro.

Yo, que en la actualidad no tengo reloj ni tampoco móvil, lo que tengo es que llegar a casa a mi hora. No me queda otra. Me puedo guiar bastante porque mi vida es a, b y c, y sé la hora a la que se va Yihad, a la que se va Melody, a la que llega Bernabé, a la que sale mi abuelo del Tropezón y esa hora en la que el Imbécil dice, me suenan las tripas, porque tiene una barriga que habla cuando tiene hambre. Hay veces, y que me caiga muerto ahora mismo si miento, que a eso de las ocho y media de la tarde pones el oído en la barriga del Imbécil y puedes oír perfectamente la voz de un octavo pasajero que dice: «Échame de comer». Me dan escalofríos sólo de recordarlo.

El caso es que hace tiempo que le vengo diciendo a mi madre que quiero un móvil. Siempre soy el último en tenerlo todo. Yihad cada dos por tres tiene uno distinto, porque su hermano mayor, el que está en régimen abierto, le va dando móviles: en la cárcel se ve que se los regalan. Y Melody Martínez tiene también porque su policía-protector la llama cada dos por tres, a ver si no se ha fugado, como es tradición en su familia.

A mí a veces mi abuelo me deja el suyo. Pero el de mi abuelo es de grande como un teléfono fijo y no se puede hacer el gesto «Baronesa Thyssen» porque no te entra en el bolsillo. Se lo regalaron hace años en la Caja de Ahorros de Castilla-La Mancha. Yo pensé en cambiar mi fortuna a esa caja de ahorros, para ver si me regalaban un móvil, pero mi abuelo dijo que su Caja también estaba para el rescate. Qué mala suerte tenemos en mi familia con los bancos.

A mí me da un poco de vergüenza llevar el móvil de mi abuelo al parque, pero él no lo quiere cambiar porque en los otros modelos no le caben los dedos y se le marcan varios números a la vez. Además, mi abuelo no lo usa nunca. Sólo lo tiene porque mi madre le hace una llamada perdida para que despegue el brazo de la barra del Tropezón y suba a casa. También tiene un busca colgado al cuello de esos que les ponen a los abuelos por si se caen en la bañera y no se saben levantar. A veces le decimos a mi abuelo que sólo le falta llevar un chip como a la *Boni* por si se pierde y él dice que por mucho aparato que se lleve encima en la vida lo que tenga que ser será.

Todo esto te lo he contado para ponerte en antecedentes penales, pero comencemos esta terrible historia desde el principio de los tiempos.

El principio de los tiempos es hace poco, un mes o así, la tarde en que al volver del colegio mi madre, sin esperar a que nos quitáramos siquiera la mochila, nos dijo que la Chirli iba a cumplir años, que nunca se vuelven a cumplir tres años en la vida y que había que celebrarlo por todo lo alto. Hasta ahí todo bien. Pero a eso añadió algo que nos dejó bastante boquiabiertos. Dijo que lo que hacen los hermanos ideales de todo el mundo mundial es reunir un dinero y comprarle a su hermana pequeña un regalo. Nos quedamos un momento callados, pensando al unísono si nosotros éramos tan ideales como esos hermanos de los que hablaba mi madre.

Y no.

Yo le dije, por intentar sonsacarle algo de información sobre mi capital bancario, que vale, que

de acuerdo, pero que mi dinero yo lo pensaba sacar de Bankia. Tenías que haber visto la cara que me puso. Me dijo: «En qué hora hiciste la comunión y te regaló una cuenta la Luisa, Dios mío, qué pesado, en vez de decirme, mamá, saca ese dinero cuando quieras si te hace falta para algo de la casa».

Ahora sí que estaba claro, se había delatado ella solita. Así es como las madres se allanan el terreno antes de confesarte que te han robado.

Y luego le llegó el turno al Imbécil. El Imbécil le dijo que él no tenía que hacerle un regalo a la Chirli hasta que ella no le hiciera un regalo a él, que ésa era la Ley de los Regalos.

El Imbécil siempre parece que habla como si acabara de leer un libro sagrado. Es un libro sagrado que tiene respuestas para todas las problemáticas de la vida. Mi madre se quedó un momento mordiéndose una uña, pensando en qué contestarle. Yo estaba superintrigado porque a mí mi madre me lleva la contraria sin pensárselo dos veces pero con el Imbécil tiene mucho más cuidado, porque es el niño sagrado del libro sagrado. Nadie le contradice.

—Pues por esta vez nos vamos a saltar esa famosa Ley de los Regalos y tú vas a poner un poco de dinero y Manolito otro poco...

—Mejor Manolo, mamá...

—Manolo o Manolito, qué más da. Y no me llevéis tanto la contraria, por dios, que sólo os estoy pidiendo que saquéis un poco de dinero de las huchas y que tengáis un detalle con vuestra hermana, que mira que sois roñosos, que ya es hora de que penséis un poco en los demás, que estoy harta de ser yo la que siempre piensa en los demás, que...

Nos dio una charla de una media hora (más o menos, ya no tenía mi Casio para cronometrarla) y nosotros nos quedamos mirando al infinito. Mirar al infinito es lo mejor que puedes hacer cuando te dan una charla: escuchas el principio, te pones a pensar en tus cosas durante toda la mitad, y luego vuelves a atender cuando ves que la cosa se está acabando. Era mi táctica en misa. Eso sí, con mi madre tienes que estar de verdad atento a la última frase porque ella es superdesconfiada y puede que al final te pregunte: «¿Y qué dices a eso?», y que tú no sepas de qué te estaba hablando, o peor, que se te ocurra decir «pues qué bien...», y se monte un pollo porque ella a lo mejor lo que te estaba diciendo es que hay niños en este mundo que preferirían que su hermano pequeño no hubiera nacido con tal de no compartir y que eso a ti qué te parece. Eso me pasó a mí una vez, que por agradecerla le dije que me parecía bien y la lie parda.

Después de que vimos que no había manera de librarse de comprarle un regalo a la Chirli, tuvimos que enfrentarnos a la realidad: cuánto dinero sacábamos de nuestros cerdos. El Imbécil metió la mano en la barriga de su cerdo y rebuscó un rato hasta que sacó veinte céntimos de euro. Muy fuerte. Lo puso encima de la mesa y me dijo: «Tú pones más, que eres el mayor. Es la Ley de los Regalos».

Iba a chivarme a mi madre pero luego pensé que igual mi madre, en el peor de los casos, se ponía de parte de esa ley, así que decidí negociar con él. Fue una negociación dura. Al final conseguí que pusiera cinco euros. Y yo puse diez, porque él decía que el hermano mayor ponía el

doble, y no hubo manera de hacerle entrar en razón.

Yo, la verdad, nunca había llevado quince euros en el bolsillo y estaba algo nervioso. Mi paga es de diez euros. Y no me la dan por mi cara bonita. Para nada. Tengo que bajar la basura, poner y quitar la mesa, hacer mi litera, y hacer recados. Lo de cuidar de mis hermanos es gratis. Vivo esclavizado. Además, mi abuelo se cree que nos cuida pero desde hace tiempo tengo que ir yo detrás de él porque se olvida que ha dejado la cafetera en el fuego, se olvida de ponerse la dentadura, se olvida de subirse la bragueta o se olvida de que a la Chirli no se la puede dejar sola con la ventana de la terraza abierta. Pero no me chivo a mi madre para que ella no se queje de él.

Cuando mi madre se queja mi abuelo se rebota y dice que ahí nos quedamos y que se vuelve al pueblo. Y a mí me da mucho miedo que eso sea verdad, aunque mi abuelo dice que es un teatrillo que hacen y siempre me repite lo de que estamos más unidos que nunca por todas las hipotecas que debemos. Tampoco me he chivado de que a veces se deja unas gotillas en la taza del váter. Yo le digo al oído cuando vuelve al salón: «Abu, ¿has limpiado las gotillas?» Aunque a veces no le pillo porque se ha marchado ya al Tropezón y las tengo que limpiar yo. No lo hago por gusto, no te vayas a creer que soy un maniático de la limpieza, lo hago porque a mi madre le ponen enferma las gotillas y como se encuentre una, aunque sea microscópica, se pone a dar una charla general sobre la lata que es que haya tantos hombres (con sus pitos correspondientes) en esta casa y que no sabemos la alegría tan grande que se llevó al ver que Chirli era una niña y así no habría otro dejando gotillas a diestro y siniestro.

Yo y el Imbécil nos bajamos a la calle con la intención de ir a comprar el regalo de la Chirli. Primero entramos al Tropezón a cambiar las monedas por billetes. El señor Ezequiel se rebotó un montón porque le dejamos todas las monedas en el mostrador. Y, para colmo, el Imbécil, como no llegaba bien para ver dónde las echaba, dejó caer las suyas encima del plato de la tapa del día: unas banderillas de aceituna, pepinillo y pimiento rojo. El señor Ezequiel dijo: «Me cagüen en los niños de los c...», aunque después de sacar una por una las banderillas y colocarlas en un plato limpio, el tío se enrolló y nos dio los tres billetes. Para algo tiene que servir que mi abuelo sea su cliente estrella.

Cuando estábamos en la calle le dije al Imbécil que íbamos a ir a Isla Azul, que es el centro comercial más importante de Europa, según dice un folleto que te dan en el propio centro y donde nos llevó mi padre las pasadas Navidades a jugar a los bolos. Fue una cosa rara porque mi padre no es uno de esos padres de hacer actividades con los hijos. Yo casi lo prefiero porque, por ejemplo, a veces se han dado casos como el del padre del Orejones y el simple de Pepín el verano pasado, que se han puesto a competir organizándole actividades, y como resultado de esta brutal competencia han entrado en bucle y el Orejones no ha salido del centro Xanadú en un mes. Todo el mes de agosto esquiendo. Como si fuera un hijo de Urdangarín, aunque en verano y en la carretera de Andalucía. A mí me dio bastante pena porque el Orejones lo pasó muy mal. No es un tío al que le vaya el deporte de alta montaña, ni el de baja montaña tampoco. Al Orejones no le saques de hacer estilismos y coreografías.

El caso es que en Isla Azul habíamos estado una vez jugando a los bolos, después de que mi madre le diera la charla a mi padre con que nos tenía que sacar porque hacer actividades era algo que un hijo recordaría toda su vida. Yo recordaré de ese día que el Imbécil tenía la mano demasiado pequeña para agarrar la bola y que entonces mi padre hacía como que le ayudaba, pero en realidad le hacía todo el trabajo. Y yo me enfadé y dije, así también gano yo a los bolos, y mi padre me guiñó el ojo para que yo no dijera nada porque el Imbécil era pequeño, pero di que el Imbécil encima de no tirar él de verdad la bola se ponía a presumir de lo bien que la tiraba y yo dije que así yo no jugaba, que encima no le iba a felicitar y me senté en una silla y miré para otro lado, como si no estuviera en la bolera sino esperando para entrar en la consulta del doctor Morales.

Entonces, el Imbécil se rebotó, dijo que lo que pasaba es que me daba envidia que él ganara y dijo que él tampoco jugaba y se sentó delante de los bolos. Te lo juro. El encargado se acercó y le dijo a mi padre: «Por favor, señor, baje de ahí al niño que la pista se me deteriora», y entonces mi padre se puso a tratar de convencer en plan suavón al Imbécil para que se bajara: por favor, Nico (de cara a la galería se llama Nico), por favor. Patético. Es que mi padre pasa tanto tiempo fuera que no sabe cómo va la cosa de la educación. Y la gente mirando, claro. Y una señora decía, en la actualidad los padres no saben educar y así va España, a la deriva.

Así que yo, para que mi padre no hiciera más el ridículo, fui y le dije al Imbécil al oído que si no se bajaba no le hablaría durante una semana. Se bajó porque soy su líder. Son medidas que sólo tomo en casos de crisis aguda.

Nos volvimos a casa. Mi madre preguntó que qué tal. Mi padre dijo que bien, pero ya no nos ha vuelto a sacar nunca más porque no quiere líos.

A lo que íbamos, cuando tuvimos el dinero cambiado en billetes nos encontramos al Orejones que iba, como todas las tardes, a nuestra casa. La excusa de cara a la galería es verme a mí, que soy su amigo, pero la verdad verdadera es que el Orejones es un apalancao y lo que le gusta es vivir con nosotros el mayor tiempo posible. Como familia le gustamos más que la suya. Imagínate entonces cómo es la suya. Le dijimos que íbamos a Isla Azul a comprarle a la Chirli un juguete educativo. Había sido idea del Imbécil, que es un vengativo, y pensó que ya que nos hacían comprar un regalo a nuestra hermana se lo compraríamos educativo.

Pero mientras teníamos esa conversación en la esquina de mi casa ocurrió algo que no sé cómo explicar: la Chirli se asomó a la ventana. La suele asomar mi madre a la hora en que piensa que va a venir el Orejones para decirle hola con la mano. La Chirli lo adora y no podemos hacer nada por evitarlo.

Pero yo sabía que mi madre esa tarde no estaba, y a mí de pronto me entró un miedo horrible de que mi abuelo se hubiera dormido y ella estuviera sola encima de la banqueta. Entonces empecé a chillar, empecé a llamar a gritos a mi abuelo y como mi abuelo no contestaba, le dije al Imbécil y al Orejones que se quedaran allí, distrayéndola, mientras yo subía a casa. Ella parecía la de siempre, con sus rizos para arriba y para los lados, y su sonrisa supergrande con las dos paletas

separadas y sus ganas de vernos.

Subí las escaleras de dos en dos. Y digo que no sé cómo explicar lo que pasó porque me dio tanto miedo que Chirli se apoyara en la ventana y pudiera caerse que mientras subía notaba que me sudaban las sienes y las gafas se me resbalaban, porque ya hace tiempo que me quité la goma con la que mi madre me las ataba a la cabeza.

Abrí la puerta con la llave que llevo colgada al cuello y que no uso casi nunca porque siempre hay gente y entré en el salón. No había nadie. Fui de puntillas hasta la terraza. Lo primero que vi fue a la Chirli, solita, subida en la banqueta, apoyada en la ventana. Lo segundo que vi fue a mi abuelo, que estaba medio tumbado en la cama, con el periódico abierto tapándole como si fuera una colcha y él con la boca abierta, como se pone cuando ha cogido bien el sueño.

Dije bajito «hola, Chirliiiiiii», para que no se asustara si me oía, como cuando saludas a un perro que pasa por tu lado. Ella se volvió un poco y entonces yo la agarré por detrás y la empujé hacia el suelo con tanta fuerza que nos caímos los dos de espaldas. Ella se reía, porque se creía que estábamos jugando, y yo, con la cara en su espalda, empecé a llorar, pero nunca-nunca le he contado a nadie que lloré esa tarde. Mi abuelo entonces se despertó y dijo: «Ah, Manolito, dale un yogur a tu hermana y el plátano que hay encima de la mesa que me ha dicho tu madre que no se me olvide».

Cerré la ventana. Le dije a mi abuelo: «Abu, no abras la ventana ya», y él me dijo: «La habrá abierto alguien porque yo siempre tengo cuidado de que esté cerrada».

Le di a la Chirli el plátano y el yogur y ella se lo empezó a comer cantando y llenándose los rizos de plátano y de yogur. No me digas cómo lo hace, pero hay noches en que por mucho que mi madre la bañe hemos encontrado en sus rizos algún garbanzo del día anterior.

Bajé las escaleras, ahora mucho más despacio y con las piernas flojas. Allí estaban el Orejones y el Imbécil hablando de juegos educativos y riéndose. Ni se habían preocupado, ni estaban pendientes de lo que pasaba arriba, ni habían pensado que una niña de casi tres años asomada a una ventana es algo que está prohibido por el Defensor del Menor. Con un poco de suerte, creo que un día conseguiré el récord del tío más joven de la historia que ha tenido un infarto.

La cosa es que cuando el Orejones dijo que a la Chirli lo que había que comprarle era el disfraz oficial de Lady Gaga y el Imbécil dijo que no, que eso no era educativo, yo, por primera vez en mi vida, le di la razón a mi amigo Ore, que además se ofreció a poner diez euros de su propio cerdo. El Imbécil no podía luchar contra dos y se nos unió y los tres volvimos a casa para sacarle a mi abuelo veinte euros más, y a Melody Martínez, que nos la encontramos por la calle, la convencimos para que pusiera cinco, un poco en calidad de «cuñada», por resumir.

Y siguiendo instrucciones del Orejones que, también por primera vez en la historia, se había convertido en líder de masas, decidimos que ya no iríamos a Isla Azul, el centro más importante de Europa, sino a la Puerta del Sol, que no está en Carabanchel pero también es bastante conocida, porque dijo el Orejones que allí estaba la tienda de disfraces donde se vestía la propia Lady Gaga. Bueno, esto era una información del Orejones que nunca he podido demostrar. También mi padrino Bernabé dice que él se compra los peluquines en la misma tienda de la Puerta del Sol donde se los compraba Frank Sinatra (antes de morir).

Podridos de dinero íbamos al día siguiente para el metro el Orejones, yo y el Imbécil. También nos seguía Melody Martínez, que quería venir aunque tiene prohibido salir del barrio. Nosotros también tenemos prohibido salir del barrio, pero lo íbamos a hacer a escondidillas por una causa justa que sería recordada en los libros de historia de Carabanchel Alto. Hay veces que hacer el bien tiene sus riesgos.

Cuando íbamos a entrar en el metro nos encontramos al chulo de Yihad, que nos dijo que se venía. También nos dijo que si éramos tantos nos convenía coger un taxi. Luego, repasando esa tarde que nunca olvidaré, he pensado muchas veces en su frase. No sé a quién le convenía coger un taxi porque lo que es él no puso ni un euro: el dinero era del Orejones, Melody, yo y el Imbécil de lo que habíamos llamado el «fondo Chirli».

Al entrar en el taxi, Yihad dijo que Melody no cabía y la dejamos en la parada. A mí me dio pena porque Melody había puesto dinero en calidad de «cuñada» y Yihad en calidad de «chulo» no había puesto nada, pero como siempre que está delante de Yihad, me callo lo que pienso, y no me atreví a defenderla. Yo creo que cuando tenga lentillas la cosa cambiará.

Nos montamos en el taxi y el taxista nos dijo que dónde estaba nuestra madre y Yihad le dijo que esperándonos en Sol. El taxista entonces dijo que si llevábamos dinero y todos me miraron a mí y yo tuve que decir que sí. Yo no sabía cuánto podía costar el taxi porque nosotros somos de la gente que siempre va en metro, pero como estábamos podridos de dinero, pensé que teníamos para dar y regalar.

Doce euros y un poco más nos costó. Casi me da otro infarto. Y los otros como si nada, como si no fuera con ellos. Se bajaron del taxi y yo me tuve que quedar ahí sacando el dinero del bolsillo. Me hice tal lío que el taxista me tuvo que coger las monedas y el billete de la mano, porque cuando me pongo nervioso no me salen las cuentas. El hombre se portó tan bien que le dejé un euro de propina. No sé si es lo que se suele dejar pero el tío se quedó bastante contento. Es la primera propina que he dado en mi vida. Y la última. De momento.

Yo quería llevar al Imbécil de la mano, pero el Imbécil me miró y me dijo, pero tú de qué vas. Así de chulito se pone. No quería quedar como el pequeño y, además, estaba el tío encantado en medio del Orejones y de Yihad que le decían, Nico por aquí, Nico por allá. Y yo iba un paso por detrás de ellos, como si fuera el guardaespaldas de ese niño conocido por Nico. Yihad dijo que lo suyo es que nos compráramos algo de merendar. Yo dije que primero compráramos el regalo y luego que ya veríamos, pero ellos ya habían entrado a Rodilla y tuve que comprarles a cada uno un sándwich de foie-gras de 0,95. Yo me compré otro para no parecer un pringao y pedí cuatro vasos de agua y me dieron sólo uno porque dijo la chica que ahí no se iba a merendar gratis. Luego, en la caja, también acabé abriendo la mano para que la chica me ayudara porque a mí me pones a multiplicar 0,95 por cuatro y me entran los temblores de la muerte. A ésta no le dejé propina, por lo de los vasos de agua.

Ellos iban hablando. A veces, Yihad le pasaba el brazo por el hombro a mi hermano, y yo hacía por meterme en la conversación pero estaba quemado y no me salía bien. El Orejones no

sabía de verdad dónde estaba Chirigota's, la tienda esa famosa en la que a él le compran siempre los disfraces. El Orejones siempre lleva los disfraces perfectos hasta el último detalle. Hace dos años iba de Batman y llevaba de Batman hasta los calzoncillos, que se pasó el día enseñándolos, y el año pasado fue de Mario Vaquerizo pero nadie lo entendió y lo confundían con Morticia Adams.

Yo le dije al Orejones que llamara a su madre para preguntarle cuál era la calle de Chirigota's y él me dijo que a su madre no le podía decir que se había ido a Sol y que prefería no llamarla. Así que fuimos como tontos preguntando por la tienda, pero la mitad de los que nos encontrábamos no hablaban español y la otra mitad parecían de Carabanchel como nosotros, o sea, que no tenían ni idea.

Al principio mandábamos a preguntar al Imbécil, porque era el más pequeño y porque siempre le cae bien a la gente, es un niño con un físico que engaña, pero un señor le dijo que ya no eran horas para que un niño de la infancia fuera por la calle preguntando a desconocidos y nos entró un poco de acojone por si nos podían detener. Había señoras pintadas todavía más que la Luisa y enseñando las tetas porque eran mujeres de la vida, como las llama mi abuelo y creo que no hace falta que dé más detalles. Yihad hacía como que él había estado mil veces en un ambiente como ése, hasta que una de ellas le soltó que ya era hora de que los niños se fueran a la cama y se quedó supercortado. Fue para mí la única alegría de la tarde.

Yo tenía ganas de irme a mi casa. Yo soy uno de esos tíos a los que las aventuras dejan de gustarle cuando empiezan a salir mal. Ya estaba a punto de decirle al Imbécil que se fuera despidiendo de sus amigos porque nosotros nos íbamos al metro, cuando el Orejones nos señaló el letrero salvador: «Chirigota's, el universo del disfraz», y nos colamos corriendo. Date cuenta de que, aunque todos hacíamos como que no, teníamos un miedo que te cagas.

El señor dependiente nos dijo que casi estaban cerrando. Le dijimos que queríamos un disfraz de Lady Gaga y entonces él nos miró de arriba abajo a los cuatro y nos dijo que si no nos acompañaba nadie. En España a los niños de la infancia no se les tiene consideración: te ven de noche en el centro de Madrid y ya te están preguntando por tu madre. Yo le dije que nuestras madres se habían quedado en la calle, esperándonos, y el hombre miró por el escaparate y vio a dos mujeres de la vida y luego nos miró a nosotros, como si quisiera encontrarnos un parecido.

El tío, sin muchas ganas, nos sacó entonces los tres disfraces diferentes que tenía de Lady Gaga. En realidad, sólo cambiaban las pelucas, una era verde, otra rosa y la otra blanca. El resto, ya se sabe, el típico vestido plateado, las medias y las gafas de tigresa. El Orejones le dijo al dependiente que con qué zapatos iba el traje y el dependiente le dijo que no venía con zapatos. Y el Orejones, que iba en plan experto de los macroconciertos, dijo que eso no podía ser porque lo más importante de Lady Gaga eran los zapatos. El dependiente le dijo que ellos no hacían zapatos de taconazo para que las niñas de tres años se estamparan contra el suelo y las madres de esas niñas los denunciaran luego, que bastante habían tenido con niños que se creían que por llevar la capa de Superman pueden volar o niños que por ir de Spiderman se habían puesto a escalar fachadas. Pero que, claro, si nuestras madres estaban de acuerdo con ponerle taconazos a una pobre niña de tres años (y entonces hizo un gestillo señalando a las dos mujeres de la vida) lo que

podíamos hacer entonces era ir a la zapatería de al lado, que era de disfraces de flamenca y tenían tacones hasta para niñas de pecho.

El Orejones y yo la tuvimos gorda, porque él se puso en plan purista y decía que no estaba por la labor de comprar un disfraz de LG sin los zapatos perfectos. Date cuenta de que en la función de Navidad el Orejones hizo un play back de Ricky Martin y llegó al colegio llevando en un carro a unos muñecos gemelos hiperrealistas. Es un fanático de los complementos. Tiene el nivel muy alto y no se daba cuenta de que la Chirli es una niña chica a la que todavía se le puede dar gato por liebre.

Me harté y le dije que nos llevábamos el de la peluca verde. Cuando estábamos en la caja el señor dependiente nos dijo que eran treinta y cinco euros, que estaba rebajado. Y dio así con el puño en el mostrador como hacen las personas que te meten prisa. Me fui sacando todo el dinero para que lo viera también el dependiente, como ya era tradición aquella tarde, y el tío, mirándolo sólo de medio lado, dijo «aquí faltan diez euros». Yo empecé a contarle porque no me lo acababa de creer, y él repitió, que te digo que faltan diez euros, chaval.

Nos quedamos allí como pasmarotes, sin saber qué hacer. Al rato, yo me atreví y le dije: «¿Y si se le traemos los diez euros que nos faltan mañana?» Y él me dijo: «Tú me traes mañana todo el dinero y yo te doy el traje... o bien sales a la calle ahora y se los pides a tu madre». Y dio otra vez con el puño en el mostrador. Me dijo también que si de verdad lo quería que no tardara en volver porque los disfraces de Lady Gaga para niñas de tres años se los estaban llevando como rosquillas. Y entonces le di diez euros de señal para que viera que yo era un tío serio y de fiar. Es la primera vez que he dejado una señal.

Cuando salimos ya era de noche y las mujeres de la vida se habían multiplicado. Algunas eran enormes y Yihad dijo que seguramente eran de las que tenían pito, pero es que a veces no sabe qué decir para llamar la atención. Yo estaba cabreado por haberme dejado sacar el dinero por el idiota de Yihad y tener que volver a casa sin esa sorpresa que haría que cualquier madre comprendiera que hay ocasiones que para hacer el bien hay que desobedecer. El Imbécil se había quedado mohíno y era de esas veces que está cansado y ya no habla. En esos momentos es él el que te coge la mano porque va mirando al suelo y no le apetece fijarse en nada. Podría vengarme y decirle «pero de qué vas, chaval», pero soy un blando.

El Orejones estaba enfurruñado porque decía que el dependiente nos había timado. Yo creía que los que me habían timado eran el Orejones y el Imbécil poniéndose de lado de Yihad y haciendo que pagara un taxi y unos sándwiches. Y Yihad iba tan tranquilo porque no tenía nada que perder.

Llegamos a la Puerta del Sol sin saber muy bien por qué y estaba tan llena con una manifestación de funcionarios que parecía la noche de Nochevieja. Casi no podíamos andar y el Orejones me cogió de la mano que tenía libre porque se ve que le daba miedo perderse. Lo flipo.

El reloj de la Puerta del Sol marcaba las nueve y yo eché de menos mi Casio y una vida más sencilla, dedicada a cronometrar en Carabanchel Alto.

No me extraña que mi padre no quiera hacer actividades con nosotros. Yo, llevando al Orejones y al Imbécil de la mano, me iba imaginando que era padre de familia y cuando me vi en

el espejo de un escaparate me pareció que tenía la misma cara de agobio que se le pone a mi padre. Seguro que con Melody Martínez esto no había pasado. Le dije a Yihad que si me dejaba llamar a mi casa con su móvil para decirle a mi madre que estábamos en Isla Azul y que ya llegábamos. Yihad se sacó el móvil del bolsillo y dijo: «Otro que se ha muerto». Los móviles que le trae su hermano de la cárcel se le mueren en pocos días. El Orejones me dijo un día que porque son robados. Como verás, en Carabanchel Alto todos hablamos mal de todos, pero eso sí, a nuestras espaldas.

Yihad dijo que lo mejor que podíamos hacer era volvernos en otro taxi, que igual nos detenía la policía porque se veía a la legua que nosotros no éramos funcionarios y no teníamos por qué estar allí. Y yo le dije que vale, porque como sabía que ya me la iba a cargar seguro quería cargármela cuanto antes. Nos pusimos en la Gran Vía y pasaban muchos taxis con luces verdes pero como bajaban escopetaos y no nos atrevíamos a bajar de la acera para pararlos, siempre había listillos que nos los quitaban. Al cabo de un ratazo nos conseguimos colar en uno que había parado en un semáforo.



Yihad se montó delante y dijo la dirección. Y el taxista miró por el retrovisor y nos vio a todos y dijo que cómo nos dejaban ir al centro con el lío que había montado. Lo típico. Le dijimos que nuestras madres estarían esperándonos. En ese momento sonó el teléfono del Orejones. Era su madre. Que qué pasaba. El Orejones le dijo que ya estaba de camino, que es que me había acompañado a Isla Azul a comprar un regalo para la Chirli.

—¿A Isla Azul? —dijo luego el taxista—. Menudos rollistas estáis vosotros hechos.

Cuando el taxi entró en mi plazoleta yo llevaba al Orejones y al Imbécil completamente sopas, cada uno apoyado en uno de mis hombros. Nada les quita el sueño. Poco a poco se fueron despertando y salieron del taxi. Yo me puse el dinero en la mano, para que el taxista cogiera lo que quisiera. Ya todo me daba igual. Oí que Yihad decía «joderrrr», y al taxista que decía «ahí las

tenéis».

Ahí estaban, en la acera. Mi madre, la del Orejones y la de Yihad. Daban ganas de no bajarse del taxi. Era una visión espeluznante. Cuando por fin me bajé vi que desde la terraza la Chirli nos decía hola con su sonrisa de siempre. Mi abuelo estaba al lado de ella. Y en la terraza de abajo, estaban la Luisa y Bernabé. Nunca se ha visto un recibimiento igual en Carabanchel Alto.

El primero en entregarse fue Yihad. Llegó hasta su madre, se inclinó un poco como si fuera a hacerle una reverencia y entonces su madre le dio una colleja perfecta, de efecto retardado, y dijo: «Arrea volando para casa que todavía por tu culpa me pierdo Gran Reserva». Pensé que tenía suerte porque si su madre llegaba a tiempo de ver su serie favorita ya no le daría más la bronca. Como es un caso perdido en una casa de casos perdidos tampoco le dan tanta importancia a que esté unas horas desaparecido.

El segundo en entregarse fue el Orejones. Detrás de su madre estaba el simple de Pepín. La madre del Orejones le dijo: «A mí esto no me lo vuelvas a hacer». Y Pepín dijo: «No nos lo vuelvas a hacer, no sabes lo que has hecho sufrir a tu madre». Y la madre del Orejones dijo: «Bueno, Pepín, tú en esto no te metas, que es cosa mía». Y empezaron a discutir sobre quién tenía y quién no tenía derecho a echarle la bronca al Orejones, y así se fueron, con el Orejones detrás de ellos, lento como siempre, y estoy seguro que dándole vueltas al disfraz sin zapatos de Lady Gaga. Pensé en la suerte que tenía porque su madre y Pepín se pondrían a discutir sobre la educación del Orejones, y luego llamaría el padre del Orejones y también discutiría con la madre sobre si Pepín tenía o no que meterse y entonces la madre acabaría defendiendo a Pepín. Lo he visto muchas veces. Y también he visto al Orejones irse a su cuarto empapelado de tías y pasar de ellos.

Y, por último, en las posiciones tercera y cuarta, estábamos yo y el Imbécil. Bueno, el Imbécil en estos casos de vida o muerte se esconde detrás de mí y pone cara de «yo hice lo que me dijeron».

Yo tenía la nuca en modo-colleja porque creía que nada ni nadie me iba a librar de recibirla, ni tan siquiera mi abuelo que se había quedado arriba porque mi madre le habría prohibido hacer, como ella dice, de abogado del diablo, que soy yo. Pero la colleja no llegó. Se ve que no quiere pasar a la historia como la madre que daba las mejores collejas de Carabanchel Alto. Así que la cosa se quedó en eso que yo llamo «la colleja fantasma». La colleja fantasma es esa colleja que estás tan seguro que te van a dar que al final hasta sientes dolor y calentamiento ligeros en la zona afectada. Aunque no hay que exagerar: siempre es mejor una colleja fantasma que una de verdad.

Mi madre dijo:

—¿Ahora volvéis a casa en taxi?

—Es que se nos hacía tarde y para que no te preocuparas...

—Ah. Qué suerte tenéis, yo no tengo dinero para taxis. ¿Quién ha pagado, si se puede saber?

—Entre todos... Bueno, Yihad, no.

—Claro, hombre, Yihad es el listo y vosotros los tontos. Y el dinero, ¿de dónde ha salido?

—Era el del regalo de la Chirli.

—De Chirli —me corrigió mi madre, que cuando se enfada se pone superexigente con el lenguaje.

—Eso, de Chirli. Y como no tenía móvil, no te podía llamar.

—¿Y se puede saber de dónde venís?

—De Isla Azul. De mirar el regalo de la Chirli. De Chirli.

—Y había una manifestación de funcionarios —dijo el Imbécil sin venir a cuento, asomando la cara por detrás de mí.

—¿En Isla Azul había una manifestación de funcionarios? —dijo mi madre, mirándonos de pronto con ojos de mujer policía.

Mi madre se agachó y se me puso a olfatear por la cara, te lo juro, como los perros busca-drogas.

—¿Habéis tomado algo?

—Un sándwich de Rodilla —dijo el Imbécil, asomando otra vez la cabeza.

—¿En Isla Azul? En Isla Azul no hay Rodilla.

—Pero pillá cerca —dijo ya escondiéndose detrás de mí porque se había dado cuenta de que había dicho algo que no era.

—¿Cuánto de cerca?

—No era de Rodilla el sándwich —dije yo—, se parecía. Es que este niño no se entera.

—Sí que me entero —dijo el Imbécil.

Mi madre nos hizo un gesto para que empezáramos a subir a casa delante de ella. El Imbécil iba murmurando mientras subía «sí que me entero, sí que era de Rodilla». La Luisa y Bernabé habían salido al rellano. La Luisa estaba con la *Boni* en brazos y nos miraban las dos con los ojos saltones.

—La próxima vez le decís a vuestro padrino que os acerque donde sea —dijo la Luisa—, pero eso de irnos sin avisar... Eso no.

—¿La próxima vez? —dijo mi madre—. Años tienen que pasar para que haya una próxima vez.

Cuando entramos en casa mi madre nos hizo pasar a la cocina. Mi abuelo y la Chirli quisieron entrar pero mi madre les dejó fuera, no quiere testigos en los interrogatorios.

Nos preguntó que dónde estaba el regalo de Chirli. Yo le dije que habíamos dejado una señal porque no llevábamos bastante. Mi madre nos dijo que ella iría mañana a recogerlo, que dónde era. Y los dos repetimos a la vez «en Isla Azul», aunque sabíamos que al día siguiente ya no podríamos seguir con la mentira. Luego nos dijo que sacáramos el dinero y yo puse lo que quedaba en la encimera. Lo mismo que llevaba haciendo toda la tarde, sólo que cada vez había menos. En ese momento entendí a mi madre cuando vuelve a casa, mira su monedero y dice que el dinero se va sin sentir, «y me dirás lo que he comprado: nada».

Pues como nosotros. Nos habíamos gastado casi la mitad del «fondo Chirli» en un taxi de ida y vuelta por capricho de Yihad, en nuestros sándwiches también por capricho de Yihad, y en dejar la señal de un disfraz, por capricho del Orejones, que ahora no sabíamos si podríamos recoger.

Mi madre se fue al salón y pasó de nosotros. Pasar de nosotros significa que no nos pone de

cenar ni nada, que pasa total, aunque había un plato con unos nuggets de pollo, que al Imbécil le encantan porque están permitidos dentro de su dieta, que ya sabes que él nunca se la salta. Cenamos en silencio, no teníamos ganas de hablar, pero teníamos hambre. Y nos comimos los nuggets con la mano y nos peleamos en voz baja por el último y acabamos partiéndolo por la mitad. Chirli se me sentó encima y no hacía caso de mi madre, que la llamaba para que se fuera a la cama.

Pasamos los tres por el salón porque esa noche era mejor desaparecer cuanto antes. Mi madre estaba viendo la tele y se estaba fumando el cigarro que se fuma por la noche cuando está harta. Íbamos por el pasillo y oímos que nos decía:

—Ha salido una manifestación de funcionarios, pero era en la Puerta del Sol. La vuestra no ha salido.

No dijimos nada. En noches como ésta me gustaría seguir durmiendo en la terraza de aluminio visto con mi abuelo. Hay cosas que uno tiene ganas de hablar pero con el Imbécil hay que tener cuidado. Lo larga todo. Es un niño que no tiene filtro.

Esperé a que se durmiera. Se había acostado en su litera porque no siempre tenemos ganas de oler los pies. Me fui descalzo hasta la terraza y mi abuelo dijo, qué ha pasado, como si me hubiera estado esperando. Y yo, harto ya de mentir, se lo conté todo. Le dije que se había empeñado Yihad en que nos fuéramos en taxi, y que había dejado a Melody fuera y que se había empeñado en merendar con nuestro «fondo Chirli». Yo creí que me iba a dar la razón, como casi siempre, pero esta vez me dijo que hay veces en la vida en que hay que saber decir que no. Y yo le dije que qué fácil era decir eso, que lo más seguro es que, si le decía que no a Yihad, él me diera un empujón que me tirara de espaldas. Mi abuelo dijo que a veces los chulos abusan porque saben que nadie les va a hacer frente. Eso me dijo. También me dijo, eres tú el que te has gastado el dinero y eres tú el que tendrás que sacarlo de algún sitio para recoger el regalo de tu hermana.

Le dije que lo sacaría de mi cerdo. Que lo sacaría todo, que me quedaría sin nada. Le quise dar un poco de pena y yo creía que me iba a decir, no te preocupes, majo, yo te lo pongo, pero no, me dijo que a veces en la vida había que pagar los propios errores.

Pero hizo algo mejor que darme el dinero: habló con mi madre y le dijo que él se acercaría a por el disfraz.

—¿Adónde, a Isla Azul, al centro comercial donde se manifiestan los funcionarios? —le dijo mi madre en plan «a mí no me engaña nadie».

Pero él no la contestó.

La tarde siguiente mi abuelo vino a buscarnos al colegio para ir al centro. El Imbécil dijo que él no se venía. El Orejones tampoco. Habían puesto un poco más de dinero para ayudarme a reponer el «fondo Chirli» pero no les molaba salir otra vez del barrio. Y menos en metro. Casi mejor. Les acompañamos hasta la plazoleta. Chirli estaba asomada con mi madre a la terraza. Parecía como el día anterior y al mismo tiempo nada era igual.

De camino al metro nos encontramos con Melody Martínez. Mi abuelo le dijo, vente con

nosotros, maja, si va a ser sólo ir y volver. Y ella dijo, pues vale. Yihad estaba haciendo el murciélago en el Árbol del Ahorcado y estoy seguro de que nos miraba mientras se balanceaba pero ni se acercó. A mi abuelo le tiene miedo porque mi abuelo no le tiene miedo a él.

Con mi abuelo todo me parecía distinto. Cuando llegamos a la calle de la tienda ahí estaban las mujeres de la vida, como si no se hubieran movido. Yo le pregunté a mi abuelo que si era verdad eso que decía Yihad de que las más grandonas eran hermafroditas, o sea, que tenían de todo, y mi abuelo dijo, ay, majo, a estas alturas de la vida el que soy hermafrodita soy yo. Y es verdad porque mi abuelo tiene más tetas que muchas mujeres de la vida, o no de la vida.

El dependiente estuvo mucho más amable. También parecía otro. No daba con los nudillos en el mostrador ni se ponía borde. Nos sacó el traje en seguida y cuando mi abuelo dijo: «Mi nieta va a parecer una mostrenca vestida con esto», el hombre se echó a reír y dijo: «Usted y yo no podemos comprender los gustos de esta juventud». O sea, muy pelota el tío. Bastante falsillo.

No compramos los zapatos de flamenca. Mi abuelo dijo que cuándo se había visto que hubiera que gastarse tanto dinero en una niña de tres años. Yo le dije que es que el Orejones decía que el disfraz sin tacones se quedaba cojo y mi abuelo dijo que si tanto le gustaban los tacones al Orejones que se los comprara él. A Melody y a mí nos dio la risa, y a mi abuelo también, aunque nadie dijo por qué.

A la vuelta, la Puerta del Sol estaba como la noche anterior, a rebosar. Esta vez se manifestaban los maestros. Pensé que igual veía a mi *sita* Asunción, porque últimamente no hace más que decir que para lo que la pagan debería pasar mucho más de nosotros, y cuando levantamos la voz que ya no nos oímos ni a nosotros mismos, la *sita* Asunción dice que en el calendario que tiene en la cocina va tachando los días que le quedan para la jubilación. Cuando era pequeño pensaba que los profes vivían siempre dentro de los colegios, sin familia, sin cama, sin televisión, sin nada, y que pasaban la noche como zombis vivientes andando por las clases y por el patio hasta que por la mañana volvíamos los niños. Ahora ya sé que son normales como cualquiera de nosotros pero me sigue pasando que si los veo fuera del colegio no los reconozco. Me pasó una vez, que mi *sita* estaba comprándose unos Activia del sabor que le gustan a mi madre (frutas tropicales), y al ir yo a coger los dos del mismo estante me dijo de pronto: «Qué, ¿es que no sabemos saludar?» Y fue al oír la voz cuando me di cuenta de que era ella y el corazón se me puso a la velocidad de la luz. Luego, por la noche, cuando vi a mi madre comerse el Activia pensé que igual la *sita* estaba igual, con los pies por alto, como una madre que ve la tele. Y se me hizo muy raro, la verdad.

Antes de meternos al metro mi abuelo tuvo un detallazo y nos compró dos sándwiches a cada uno, para que nos los fuéramos comiendo por el camino. Tener la panza llena y viajar en metro con tu abuelo es superrelajante. Piensas que él está ahí, para ocuparse de todo. Lo único que me mosqueaba era que Melody Martínez había dado por hecho que lo nuestro era oficial y la tía me buscaba la mano. Tuve que meterme las manos en los bolsillos para que se estuviera quieta y así, con las manos en los bolsillos, cerré los ojos y me quedé dormido. Como el día antes el Orejones y el Imbécil.

La diferencia es que mi abuelo se durmió también. Es un hombre que duerme a todas horas

menos por la noche, que es cuando escucha la radio. Y fue Melody Martínez la que me despertó a codazos diciendo que igual nos habíamos pasado de parada. Salimos a la estación de La Peseta, que es una estación que se debe de llamar así en honor a mi abuelo, que se pasa el día pasando los euros a pesetas. Echamos a andar y cuando llevábamos un rato por un sitio que no conocíamos de nada, porque Carabanchel es uno de los barrios más grandes de Europa, vimos un letrero inmenso que ponía «Isla Azul».

Mi abuelo dijo:

«Cuando se lo cuente a tu madre no se lo va a creer».

Entonces pasó un taxi y mi abuelo lo paró porque dijo que estaba muy cansado. Y entramos en mi plazoleta en taxi, como la noche anterior, pero yo, personalmente, mucho más tranquilo.

Y tuve superclaro que, a partir de esa noche, cuando saliera con mi abuelo, sería yo el que tendría que ir despierto.

Mejor Manolo



Mi padre tenía altas las transaminasas, el colesterol malo y tenía sobrepeso. Lo dijeron los análisis.

Pero también tenía a mi madre, que no tiene compasión. Y todos tenemos, para que no se nos olviden, los análisis colgados con un imán en la nevera desde hace un año, y en otro imán, la dieta, que mi madre no le deja que se salte, y quiere que nosotros nos chivemos si ella no está delante, aunque como él se pasa la semana fuera, no le puede tener tan vigilado como a ella le gustaría. Nosotros antes no nos chivábamos porque él nos hacía así con el dedo, ssshhhh, y entonces abría la nevera y pillaba lo que fuera, una salchicha cruda, por ejemplo, y se la comía en dos bocados antes de que ella volviera a la cocina. Y a nosotros nos daba la risa porque desobedecía a mi madre, y eso nos parecía bastante gracioso.

Mi padre tiene a mi madre siempre encima. Cuando está en casa los fines de semana, ella lo trata como si fuera una entrenadora sin piedad. Como en ese programa que va de un tío que llega en plan salvador a la casa de un gordo y tiene el objetivo de convertirlo en un flaco en quince días y lo consigue. Yo creo que a veces el gordo no está muy por la labor, que es cosa de la familia, que está harta de que ocupe dos asientos en el coche. Como que a la familia del gordo ese gordo le da un poco de vergüenza.

El programa siempre acaba con toda la familia del gordo o gorda llorando, porque el entrenador consigue su objetivo y todos están muy agradecidos y dicen, «parecía algo inalcanzable». Dice la Luisa que ese programa es un timo, porque habría que volver al año a casa de ese gordo a comprobar si le ha dado el efecto yoyó. El efecto yoyó es que el gordo o gorda, cuando se va al entrenador, dice: «¡Ésta es la mía!», y se pone a comer como un cerdo y acaba más gordo de lo que estaba antes de la visita del entrenador.

Mi padre, como está casado con su propia entrenadora, vive el efecto yoyó todas las semanas: llega a casa y hace dieta y cuando se va hace lo que le da la gana. Al irse de casa sólo tiene una doble whopper en la barriga y cuando vuelve los viernes tiene una triple whopper. Yo y el Imbécil le contamos las lorzacas.

Cuando le dieron los análisis mortales mi madre compró una bicicleta estática de segunda mano y, como mi padre no quería estar solo en su cuarto pedaleando, porque se aburría, la colocó delante del mueble-bar, como si fuera un taburete.

La zona del mueble-bar está de bote en bote los fines de semana a la hora del aperitivo. Superambientazo. El Imbécil se pone con su ordenador detrás de la barra a actualizar el twitter de mi abuelo, que ya tiene ciento dos seguidores. Va como un tiro. Se pone ahí porque es justo en ese

rincón donde pilla el wifi de un vecino y dice mi madre que para qué queremos más. Yo me pongo de barman y mi padre en la bici estática, y él en plan bastante estático también, la verdad. Y entonces se viene Chirli con una de sus Barbies, que ya no tienen profesiones tipo dentista o enfermera, como antes, porque el Orejones las ha convertido a todas en divas, y mi padre la sube al manillar, de paquete, para que llegue a las patatas, entonces llega mi madre hecha una hiedra a decir que esa no es manera de concentrarse en el ejercicio y entonces hace intentos de bajar a Chirli de la bici pero Chirli la muerde. Ya te dije que las dos están enamoradas del mismo hombre. Y mi madre, por hacer que los análisis de mi padre mejoren, se va bebiendo su cerveza y se queda allí, de vigilante de la barra. Así que, cuando mi abuelo llega del Tropezón, nos encuentra a todos apiñados en una esquina del salón.

Ya te dije que científicos de todo el mundo está tratando de descubrir la razón por la que los García Moreno tienden a apelonarse aunque haya espacio de sobra. Por ejemplo, un ejemplo, si a los García Moreno los pones en una playa superdesiértica, acabarán peleándose por un cacho de la misma toalla. Lo he vivido.

Antes de los análisis, yo le preparaba a mi padre unos gin-tonics de profesional. Me ponía hasta la servilleta en el hombro. Luego pasaba la servilleta por la encimera del mueble-bar y entonces apoyaba las dos manos encima de la barra, como hacen los camareros cuando van a dar conversación al cliente.

En aquella época de los gin-tonics, antes de los análisis y de que mi madre se convirtiera en su entrenadora personal, mi padre era bastante feliz. Le ponía una tapa también, unas banderillas de aceituna sin hueso de las que vende mi padrino Bernabé. Y patatas. Y yo también comía patatas y aceitunas. Ya sé que no es muy típico de los profesionales de la coctelería que se coman las tapas del cliente, pero si ese cliente es el propio padre del profesional de la coctelería digo yo que se puede hacer una excepción. Además, el Imbécil también comía patatas y aceitunas y no era ni cliente ni camarero.

Si mi madre estaba delante yo le preparaba sólo un gin- tonic y, si madre se había ido a la calle, le hacía dos. Pero como resultó que las transaminasas seguían subiendo y los kilos no bajaban, mi madre le prohibió a mi padre los gin-tonics. Y le riñó bastante. Y le llamó infantil. Y todo esto delante de nosotros. Y le dijo que la bicicleta no era un taburete del Tropezón y que le dejaba estar en el salón sólo si sudaba la camiseta pero que si no la sudaba se llevaba la bici al cuarto.

Ah, y luego a mí me llamó cómplice. Me pilló por banda a solas y me dijo que si es que yo no quería que se pusiera bueno. Eso fue un golpe bajo.

A partir de ahí me hice cómplice del bando contrario, o sea, del de mi madre. Y le dije al Imbécil: «¿Es que no quieres que se ponga bueno?»

Así que cuando mi padre hizo la gracia de la salchicha cruda no se la reímos. Tuvimos que hacer un esfuerzo porque ver a un padre comer comida cruda de la nevera a espaldas de una madre es bastante gracioso. Para cualquier hijo.

La coctelería Manolo (yo) dejó de preparar gin-tonics y actualmente sólo servimos Mahou Cinco Estrellas sin alcohol. Mi madre nos obliga a comernos las patatas y las aceitunas para que mi padre casi no pruebe el salado y ella se bebe la cerveza. Él se queda como que no sabe por qué

desaparecen las cosas de su vista. Ahora ya sólo falta que le dé vueltas a los pedales, que le cuesta porque mi padre es muy perruno, pero no le va a quedar más remedio que hacerlo a la vista de lo que pasó.

Pasó que hace una semana mi padre volvió a casa un miércoles. Le esperábamos, como siempre, el viernes. Pero le vimos venir de repente por la acera del Tropezón. Él no miró para el banco donde siempre le esperamos y en el que mi abuelo quiere que esparzamos sus cenizas. Cuando se muera, claro.

Todos los viernes, a eso de las ocho, yo y el Imbécil nos sentamos en el banco y miramos a la esquina. Mi madre se asoma de vez en cuando y mira a la esquina, y mi abuelo vigila la esquina desde El Tropezón. Cuando mi padre aparece por ella, hace así, un círculo con la cabeza, primero mira al banco, luego a la terraza y luego al Tropezón, y hace como que se da la vuelta y se va corriendo y desaparece y espera a que nosotros vayamos corriendo. Lo hace para que nos riamos y nos reímos porque es su gracia. Tiene ésa y tenía la de la salchicha cruda. Pero este miércoles él no miró para el banco, ni para arriba, ni para ningún sitio. Iba andando con la cabeza baja y te juro que no parecía nuestro padre. Yo y el Imbécil nos quedamos mirándole y no salimos corriendo como hacemos siempre, porque nos quedamos un momento paralizados, mirando a ese hombre que era nuestro padre pero que no lo parecía.

Iba a casa, muy despacio, y ya cuando iba a entrar al portal lo alcanzamos. No atinaba con la llave y abrí yo, con la llave que llevo colgada al cuello. Le preguntamos que por qué había vuelto y dijo que es que estaba un poco malucho. Subimos con él en silencio. Iba apoyándose de la barandilla y el Imbécil le cogió de la mano. Cuando llegamos a casa, entró en la cocina y le dijo a mi madre que no se encontraba bien y fue muy raro porque se fue hacia el cuarto y ahí le seguimos todos. Chirli era la única que se movía rápido y se le adelantó para sacar sus zapatillas. Pero mi padre le pasó así la mano por la cabeza y se fue directo a la cama y se tumbó con zapatos y todo y dijo, qué ganas tenía de llegar a mi casa. Ahora ya me puedo morir, eso dijo.

Mi madre nos echó del cuarto. A todos. Sólo dejó pasar un momento a mi abuelo cuando volvió del Tropezón. Al rato llegó el médico. Y nosotros ahí, en el sofá. Hasta Chirli estaba callada. De vez en cuando, quería entrar a verlo, y se lanzaba como una poseída para el cuarto pero yo la agarraba de la mano y le decía que no fuera caprichosa. Al final, como es caprichosa, se empeñó en tumbarse al lado de la puerta de mis padres y ya no hubo manera de levantarla de ahí.

Mi abuelo de pronto dijo, «Manolito, vamos a preparar algo de cena». Y nos trasladamos todos a la cocina. Al ir a sacar huevos de la nevera vi el paquete de salchichas y me entraron ganas de echarme a llorar. Pensé que a lo mejor mi madre le había dicho al médico que yo había sido cómplice.

Mi abuelo dijo: bueno, manos a la obra, que esto parece un funeral, y se puso a hacer huevos fritos como si supiera. Yo no es que sea un Ferrán Adrián pero, vamos, sé que hay que esperar a que el aceite se caliente un poco para echar el huevo. A él se le metió en la cabeza que no, y estuvimos un buen rato los dos mirando el huevo en la sartén, que no le pasaba nada. Hasta que, de repente, el aceite se calentó y empezó a disparar unos petardos tan asesinos que el Imbécil y yo tuvimos que huir de la cocina. Cuando volvimos a entrar todo el suelo estaba lleno de aceite y en

nuestros platos había una cosa extraña blanca y amarilla.

El Imbécil es superbueno en encontrar caras de gente en los platos. Hay especialistas mundiales en esta ciencia que encuentran en un filete la cara de Jesús, por ejemplo, y coincide con un día de la Semana Santa, o ven la de la Virgen el día 15 de agosto en una pizza, otro ejemplo. Hay otros especialistas que ven las caras en el gotelé. Lo puedes encontrar todo en Internet. El Imbécil lo buscó y está superdocumentado. Son apariciones místicas. El Imbécil tiene ese don, aunque todavía no ha llegado a ver a nadie místico, que se ve que es el grado superior. Él, de momento, sólo ve a gente de Carabanchel Alto. Pero todo llegará.

La cosa es que señaló su huevo y dijo: «Mira, la Luisa». Aunque sea mi hermano tengo que reconocer que tiene mucho ojo para eso, y te juro que de verdad parecía la Luisa, con el pelo así rizado para atrás y la boca un poco de pato (mi madre dice que se ha puesto labios) y los ojos parecidos a los de la *Boni*. Con ese descubrimiento se nos pasó un poco el disgusto de lo de mi padre. No es que nos olvidáramos de él, pero el Imbécil iba anunciando cada parte de la cara de la Luisa que se iba a comer y eso, quieras que no, te quita los malos rollos de la cabeza, aunque sólo sea durante el tiempo en que un hermano tarda en comerse un huevo frito.

Mi abuelo nos dijo que mi madre le había dicho que el médico dijo que lo de mi padre se había quedado en susto. O sea, un superbuen diagnóstico. Pero que no podía tomarse a cachondeo los análisis. Le mandó quedarse en casa quince días y mi padre se pasó los primeros tres días en pijama y zapatillas, con cara de susto. De vez en cuando, se llevaba la mano al corazón y le decía a mi madre, yo creo que me está volviendo, Catalina. Y la entrenadora le decía, anda que no eres tú aprensivo ni nada.

La entrenadora le da una de cal y otra de arena. Cuando veía, por ejemplo, que se quedaba en el sofá como mirando al infinito le pasaba la mano por la cabeza y en vez de Manolo le llamaba Manolillo. Al cabo de una semana, a mi padre le había desaparecido la triple whopper y mi madre se ha propuesto que cuando vuelva a trabajar no tenga ninguna.

El otro día, aprovechando que mi madre se había ido a montar una cocina, yo y el Imbécil sacamos el álbum de fotos de cuando mis padres eran novios. Mi madre lo tiene superbien escondido (eso cree ella) desde de que un día se me ocurrió decir mirando una de las fotos, «qué guapa eras», y me lo cerró de golpe diciendo, «se acabó el álbum». Me costó entender por qué se había enfadado. Me lo tuvo que explicar luego mi abuelo, aunque sigo pensando que siempre se toma las cosas que yo digo por el lado negativo.

La foto por la que le dije, «qué guapa eras», es una superchula en la que salen mis padres abrazados. Se les ve tan contentos y tan delgados que no parecen ellos. Mi madre es como una supermodelo (aunque no se lo diré por si la molesta) y mi padre lleva un pelo tipo Gladiator. La tiene agarrada con un brazo y con la otra mano está sujetando un cigarro. Yo no me había fijado nunca en ese cigarro, pero entonces va el Imbécil y dice: «¡Se está fumando un porro!» Ya te digo que es un niño que ve cosas donde nadie más las ve. Hasta a mi padre, que estaba con su cara de dar pena de los últimos tiempos, no le quedó otro remedio que descojonarse.

Ahora pienso que cuando mi madre se pone a aporrear la puerta del cuarto de baño porque yo llevo más de tres minutos dentro es porque se cree que, de tal palo tal astilla, y que me estoy

fumando un porro. Que siga con su ilusión.

La vida se ha vuelto un poco raruna desde que mi padre está en casa porque no sabemos muy bien lo que hacer con él. Como mi madre no le deja que se apalanque vino dos días a esperarnos a la salida del colegio. Nos costó mucho decírselo pero al final le pedimos que no viniera a buscarnos porque, se mire como se mire, es una vergüenza. Ningún padre va a recoger a tíos tan mayores. Y creo que él casi que se alegró, porque se encontraba con vecinos y decía que a todos tenía que explicarles que ni estaba en paro ni estaba tan enfermo, que era sólo cosa de unos días.

Entonces empezó a esperarnos en el banco del Parque del Ahorcado. Cuando llegábamos a la plazoleta lo veíamos mirando a la esquina, igual que nosotros solíamos hacer hasta que hace sólo quince días lo vimos llegar mirando al suelo como un pobre hombre. Y, aunque nos costó, también tuvimos que pedirle que, por favor, que nos esperara en casa, porque te corta bastante el rollo estar ahí con tus amigos y tener a tu padre sentado en el mismo banco, como si te estuviera cuidando. Es otra vergüenza.

Así que se puso a dar vueltas y vueltas con Chirli. Volvías a casa y te lo encontrabas paseando con Chirli, salías del colegio y lo veías pasar con Chirli. Llegabas al parque y los veías andando de lejos de la mano. Chirli es la única que estaba viviendo los días más felices de su vida. La diferencia entre mi madre y mi padre es que a mi madre le falta tiempo para hacer lo que quiere, y a mi padre si no trabaja, le sobra. Como te dije, es un hombre que le quitas las manos del volante y no sabe lo que hacer.



Mi madre le cuidaba y además iba a montar muebles grandes y muebles chicos y se apuntó encima a un curso de carpintería en el Inem. Ella siempre dice que para el éxito de su negocio cuenta con una ventaja, que «la gente es muuuyyy manta» y no sabe montar ni una mesa de Ikea. Y lo dice sin cortarse delante de mi padre sabiendo que él es muuuyyy manta para esas cosas, como ya he denunciado públicamente. Pero es que mi madre a veces sólo tiene sensibilidad para ella misma, como también he denunciado.

A los diez días de estar en casa mi padre dijo que a él no le apetecían celebraciones ni fiestas y más si él no podía ni comer ni beber lo que le apeteciera. Lo decía por el cumpleaños de la Chirli. Que con comprar una tarta y que apagara las velas en familia era más que suficiente, decía, y que una niña de tres años para qué quería más, si las niñas de tres años no se enteran. Hubo cinco tipos de reacciones:

a) La reacción del Imbécil, que no podía disimular el alegrón que se llevó. Dijo: «Es verdad, con tres años, pobrecilla, no se entera». Tendrá morro el tío. Yo tuve que tragarme sus cumpleaños desde el primer año, y parecían bodas en vez de cumpleaños. Es verdad que una vez protesté porque hice la cuenta de lo que se habían gastado en sus regalos y salía más de lo que se habían gastado en los míos, pero no lo hice por maldad. Lo hice por JUSTICIA.

b) La de mi abuelo, que dijo que ahora en España todo tenía que celebrarse a lo grande, que no salíamos en una y entrábamos en otra. Que cuando no era una comunión eran los carnavales y cuando no era un cumpleaños eran las Fallas y cuando no era la tomatina era el bautizo, que el presupuesto nacional no daba para tanto. Y nos dejó en silencio, pensando que nosotros éramos los que habíamos hundido España.

c) La reacción de mi madre, que dijo, ¿pero de qué presupuesto ni qué niño muerto estás hablando, papa, si esto es sólo comprar unos sándwiches? Yo lo hacía por alegrar un poco la cosa, pero oyes, dijo mi madre, por mí que no se haga. Menos complicaciones.

d) Mi reacción. Yo dije que, por lo menos, habría que invitar al Orejones, que era el único amigo que tenía Chirli, aunque a mí me parezca increíble porque yo lo tengo de amigo desde la guardería y está bastante documentado en todos los libros anteriores que es un cerdo traidor. Pero había que reconocer que había participado en el «fondo Chirli».

e) Chirli no reaccionó. Estaba en su cuarto. La oíamos cantar, como hace todas las noches antes de dormirse, que se canta a sí misma en su inglés hasta que se duerme.

Mi padre dijo que bueno, que viniera el Orejones, pero que nadie más.

El día llegó. Mi madre nos mandó a comprar al súper cosas para esa tarde y tuvimos que hacerlo a escondidas porque a mi padre, desde que él sólo puede comer comida de residencia de ancianos, como él la llama, le parece cruel que alguien se coma un bollo delante de sus narices.

Subimos las escaleras cargadísimos y abrí con mi llave del cuello para pasar las bolsas a la cocina sin que el hombre triste del pijama se enterara. El Imbécil estaba todo el tiempo protestando porque todo lo que sea para Chirli es que le megarrepatea. Al rato llegó mi madre de su montaje «Moreno» diciendo que a la que le iba a dar un infarto era a ella porque siempre andaba con la lengua fuera de un lado para otro. Y se puso a preparar las cosas con el morro torcido, como casi siempre, y yo a ayudarla sin decir esta boca es mía. Te juro que a veces estoy harto de que en mi casa todo el mundo esté mosqueado por todo. Mi padre desde el sofá decía que teníamos que acabar pronto para dejarle ver el partido de la Eurocopa, que era fundamental. Y mi abuelo decía que él con la tapilla que se había tomado en El Tropezón ya tenía bastante. Nadie tenía mucho interés en el cumpleaños de Chirli. Unos por A y otros por B.

A las seis de la tarde llamaron a la puerta. Era el Orejones. Se había peinado con un flequillo caído que le tapaba un ojo. Y se había puesto una camiseta superestrecha de las Nancys Rubias, un pantalón pitillo y unos zapatos de chúpame-la-punta que le hacían unos pies enormes. Entró en el salón como dando saltillos a un lado y a otro. Por un momento pensé que es que pensaba actuar con la Chirli, pero luego me di cuenta de que no, de que éste era el nuevo Orejones y de que habría

que acostumbrarse. Me dio la impresión de que llevaba los ojos un poco pintados pero me dio corte mirarlo fijamente y más aún preguntárselo. Por lo menos, yo disimulo un poco, pero mi padre se quedó embobado mirándolo, como si hubiera visto una aparición. ¡Y eso que es el hombre que sale en las fotos fumándose un porro!

A las seis y diez llamaron a la puerta. Eran la Luisa y Bernabé. No sé por qué nadie había pensado que vendrían. Siempre vienen aunque nadie les llame. Le trajeron a Chirli un micrófono a pilas. Lo que le faltaba.

A las seis y un poco más vino Melody Martínez. ¡Claro, Melody! No me había acordado de ella, aunque también había contribuido al «fondo Chirli». Otra vez la había dejado fuera, pero es que... me pone nervioso porque no se corta un pelo aunque haya gente. Es una efusiva.

A las seis y todavía un poco más (no tengo mi Casio, perdón) se presentó Yihad. De verdad que es muy fuerte. Resulta que había ido al Parque del Ahorcado y, al no ver a nadie en el banco, ató cabos. No es que tenga la mente deductiva de Sherlock Holmes, pero es un tío que como no vea a nadie en el banco sube a mi casa.

Luego llegó Susana Bragas Sucias, no sé si buscando a Yihad o a Melody 😊.

Y más tarde llamaron al timbre y eran Zeus y Melanie, los amigos del Imbécil. El Imbécil salió a la puerta y les dijo que no podían entrar porque era una fiesta privada. No sé de dónde ha sacado eso. Qué borde se pone a veces. Yo les dije que pasaran un rato y se quedaron sentados en un rincón en el suelo. Sólo se levantaban para pillar un sándwich. Se levantaron muchas veces.

Y luego el simple de Pepín, que dice que le había mandado la madre del Orejones a recogerlo. La pregunta que se mascaba en el ambiente era, ¿y para qué viene tan pronto? Pues aquí se apalancó. Venía, como siempre, con el casco de la moto en la mano. Se sentó en la bicicleta estática de mi padre, que es para nosotros un sitio «sagrado», y desde allí trataba de que alguien hablara con él sobre cilindradas. Había puesto el casco en el mueble-bar y, como a mi madre ya no le cabían las bebidas en la mesa baja, le dijo: «¡Ponte el casco, hombre, que no hace más que estorbar!» Se lo iba a poner, te lo juro, porque las palabras de mi madre parecen órdenes, pero entonces mi madre le dijo: «¡Pero que era broma!» Luego por la noche oía a mis padres reírse de eso. Mis padres parecen buenos, pero si los oyeras reírse por la noche de la gente te darías cuenta de que no lo son tanto.

Como mi madre vio a mi padre mohíno, le sacó una cerveza. Y le guiñó un ojo y le dijo «churri, un día es un día». Daba un poco de corte, la verdad. Y mi padre volvió a ser casi el de siempre. La diferencia es que en vez de beberse dos cervezas (con todo su alcohol) sin respirar, se las tomó respirando.

Mi abuelo se había sentado en su cama, en la terraza. Como se está quedando bastante sordo, el follón no le afecta mucho, aunque siempre diga que ya sólo quiere tranquilidad, como la *Boni*.

El Imbécil se había llevado patatas detrás del mueble-bar y estaba haciendo no sé qué en el ordenador.

Y yo iba, de un sitio para otro, llevando cosas de picar a todo el mundo, como si fuera un camarero. La gente tiene mucho morro, como vean que eres tú el que sirve los platos no se ponen en plan de ayudarte, no, te hacen una seña con la mano y te piden una bebida. El simple de Pepín

chasqueaba los dedos y me llamaba Manolo. Me dijo «chaval, qué buen nombre para un camarero». ¿Es o no es un simple?

Antes de sacar la tarta le dimos el traje a la Chirli y se volvió loca de atar, te lo juro. Fijo que nos dieron el cambiazo en el nido, porque cuando se pone contenta no lo disimula. No es como yo o el Imbécil que nos ponemos colorados, o como mi madre, que si le regalas algo dice «¿cuánto te has gastado?». La Chirli se tiró al suelo de la alegría y se le escaparon dos pedos de la pura emoción incontinente. Luego desapareció con el Orejones para preparar el número.

Cuando salió parecía una Lady Gaga de bolsillo. El Orejones le había pintado los ojos de azul metalizado y la peluca la hacía parecer una niña salvaje del espacio. El Orejones le dijo al Imbécil que buscara en YouTube la ya conocida por todos, *Alejandro*, que es el hit que se tenían ensayado, pero el Imbécil se hacía el loco, como que no fuera con él. Tuve que ir detrás del mueble-bar a desbloquear la situación. Decía el tío que no tenía cobertura. ¿Que no tenía cobertura? Venga, por favor. Si se nos sale el wifi del vecino por las orejas. Si su red se llama «tochete» y vive en el primero y desde que tenemos Internet gracias a él le llamamos el bueno de «tochete». ¡Cobertura! Le dije que iba a estropearle la fiesta a una niña. Siguió mirando a la pantalla. Luego le dije que la gente creería que era muuuyyy manta y no sabía poner ni una canción. Y entonces el tío reaccionó. Es un orgulloso.

La canción empezó a sonar y Chirli agarró el nuevo micrófono como si llevara toda su vida en el escenario y se puso a cantar en ese idioma que mis padres llaman inglés. De verdad, ¡si no sabe todavía hablar en español! Pero hay que reconocer que daba el pego. Todos tocaban palmas, menos el Imbécil, que estaba delante del ordenador como si fuera un DJ y menos el simple de Pepín, que no podía porque tenía el casco en la mano. Cuando terminó la actuación la Chirli estaba tan poseída por el éxito que se quitó las bragas y se las tiró al público. La Luisa soltó un «ayyyy» como de preocupación. Y mi madre miró al Orejones y dijo: «¿Y esto, qué ha sido?» El Orejones dijo que él no tenía nada que ver, que era cosecha de la propia Chirli. Pero como mi padre y Bernabé le rieron la gracia, desde entonces, siempre que canta *Alejandro*, que es bastantes veces al día, termina así, con lanzamiento de braga. El simple de Pepín dijo que en los escenarios se habían visto cosas peores tipo mear o drogarse o enseñar el culo, y mi madre le miró con una cara que casi se le cae al tío el casco al suelo.

Al Orejones le felicitaron por la coreografía y al Imbécil por su papel de DJ. A los dos les dijeron que así se podían ganar la vida, que hay gente muy inútil en este mundo que se ha hecho rica de esa manera. A mí no me felicitaron por nada y entonces pensé por rencor que ya no volvería a hacer de camarero.

Chirli apagó las velas y luego se echó a llorar, se le corrió toda la pintura galáctica y daba pena verla. Parecía Chuki, el muñeco diabólico. Mi madre se la llevó al cuarto y dijo, son demasiadas emociones. Eso sí, quiso dormir con el disfraz y con el micrófono. Seguro que actuaría en sueños.

Luego todos se fueron yendo, la Luisa, Bernabé, Pepín, el Orejones, Yihad, la Susana, Melody, Melanie, Zeus... Y mi madre, que siempre tiene que quedar como la superperfecta, se puso a recoger. Y mi padre, como suele hacer últimamente, se llevó la mano al corazón y se fue para su cuarto. Ya nos da menos pena y estamos empezando a pensar que tiene un poco de morro. El

Imbécil hacía rato que se había quedado dormido en la litera de abajo, con la ropa puesta. Yo fui a decirle adiós a mi abuelo. Estaba asomado a su terraza de aluminio visto y yo me asomé a su lado.

—Abuelo —le dije—, y yo, ¿para qué sirvo?

Me miró y casi se echó a reír.

—Sí, abuelo, lo digo en serio, ¿yo para qué sirvo?

—¿Tú? Pues para ser el consuelo de mi vejez, ¿te parece poco?

—Eso no es servir para algo.

—Tienes razón, además, el día que yo falte tendrás que dedicarte a algo...

—Ay, abuelo, siempre con lo mismo. Di, para qué valgo yo. Mira el Imbécil lo que sabe de ordenadores, y mira Chirli... Todos les aplauden. Y hasta el Orejones, que siempre ha sido un inútil, ahora se cree alguien.

—¿Quieres que te diga de verdad para lo que sirves?

—Sí, pero de verdad, no en plan peloteo.

—Muy bien, te lo voy a decir de verdad. Hay niños a los que enseguida se les ve para dónde van a tirar. Tu hermano es un genio, eso lo sabemos, aunque sea un egoistón. Y tu hermana es una estrella, eso lo saben hasta los chinos de Rusia. Y el Orejones... No sé si servirá para algo pero si a los doce años lleva ese flequillo con tanto desparpajo seguro que va a saber buscarse la vida.

—Vale, pero... ¿y yo?

—Pues luego hay niños que nadie sabe para lo que sirven...

—Eso es lo que me pasa a mí.

—Pero ¿sabes por qué? Porque es muy difícil de explicar lo importantes que son.

—Eso es peloteo. Yo no soy importante.

—Lo eres. Quieras o no. Y todo el mundo te necesita en esta casa. Pero son cosas que nunca se dicen. Nadie va a decir nunca que la vida no sería igual sin este Manolito.

—Mejor Manolo, abuelo.

—Es que si digo Manolo es como si hubieras crecido, y me da pena, majo mío, qué le voy a hacer.

Y nos quedamos en silencio un rato. A mí también me daba pena convertirme en un Manolo. No por mí, que conste, por mi abuelo.

No sé si será verdad que soy un tío importante, pero cuando me acosté (en la litera de arriba, porque a veces me hartó de dormirme oliendo a queso francés), de la emoción que tenía, no me podía dormir. ¿No te ha pasado nunca que te pones a pensar en que si tú desaparecieras de este planeta todas las personas que conoces estarían peor de lo que están? Era un pensamiento tan fuerte que creí que me iba a estallar el cerebro.

Un final muy poco pedagógico



Ayer volví del colegio media hora antes porque había huelga en mi colegio por los recortes y a los mayores nos dejaron salir. Tenía la esperanza de no encontrarme a nadie en mi casa. Aunque no te lo creas no he estado solo en mi casa en los años que llevo en el planeta Tierra. Me sentía un poco como el Neil Armstrong de Carabanchel. Iba pensando en llegar a mi casa y decir en voz alta: «Éste es un pequeño paso para un niño pero un gran paso para familia García Moreno».

Mi padre ha vuelto ya a trabajar y es un alivio no encontrárselo a cada momento en cada esquina. Mi madre le hizo pesarse antes de que se marchara y le dijo que si engorda más de quinientos gramos que se quede a vivir en el bar El Cruce. Dice que no va a tolerar más efectos yoyós. Ella parece más mala que mi padre, pero no sé qué decirte. Creo que están hechos el uno para el otro.

Se supone que a esa hora mi abuelo estaba ya calentando con el codo la barra del Tropezón. Y se suponía que mi madre iba a recoger a Chirli, que ha empezado tres horas en la guardería porque a mi madre no paran de salirle montajes: «La gente es muuuyyy manta». El primer día de guardería acompañamos todos a Chirli a ver si lloraba y abría los brazos hacia nosotros con desesperación, como habíamos hecho en su momento el Imbécil y yo mientras una cuidadora nos arrastraba hacia dentro como si nos estuviera metiendo en la cárcel. Pero Chirli entró en su escuela «Los cachorrillos» tan pancha, llevando en su mochila el micrófono y la peluca. Nos dijo adiós con la mano y yo pensé que así sería en el futuro, cuando fuéramos a despedirla al aeropuerto para sus giras internacionales. De pronto en esa visión, que era superchula, se me vino a la cabeza el Orejones acompañándola, con el mismo flequillo que lleva desde el día del cumpleaños y los zapatos de chúpame-la-punta, y tuve que darme una colleja frontal para que se me fuera esa imagen de la mente.

Total, que entré en mi casa y cuando estaba a punto de pronunciar para la posteridad la frase de Manolo Armstrong de que ése era un pequeño paso para un chaval pero un gran paso para la familia de los García Moreno oí a mi abuelo y a mi madre hablar en la cocina. Menuda decepción. Iba a entrar pero me quedé detrás de la puerta entornada porque empecé a escuchar esta conversación tan interesante:

—Pobrecillo —dijo mi abuelo.

—Pobrecillo, no, papa; pobrecilla yo, que tengo que echar mano de los ahorros de un niño para comprar la herramienta —dijo mi madre—. Cuando le saqué los primeros doscientos euros, pensé: ya no vuelvo a tocar su cuenta. Y mira, ahora ya no le queda nada.

—Mujer, ya se los repondrás cuando puedas.

—A este paso... Y qué vergüenza si se entera la Luisa.

—No tiene que enterarse. Ni el chiquillo tampoco.

De pronto, mi madre abrió la puerta de la cocina. Abrió la puerta y me encontró ahí. Mi madre dijo:

«Ay, Dios mío, qué susto. Siempre apareces cuando menos se te espera».

Ellos me miraban a mí y yo les miraba a ellos.

En casi todas las películas de niños americanos incomprendidos que he visto hubiera ocurrido lo siguiente: el niño se hubiera ido corriendo a su cuarto, hubiera pegado un portazo y la madre habría llamado a su puerta durante un día y medio por lo menos diciendo: «Jimie, no sé si algún día podrás perdonarme». Pero mi madre no es como esa madre americana, mi madre se encogió de hombros y dijo: «Pues ya ves lo que hay, hijo mío».

Pero tengo que decir que la cosa no ha quedado así. Mi abuelo ha escrito un documento superoficial en el que se dice que yo soy socio de la empresa de montaje. La empresa de montaje ya no se llama sólo «Moreno», ahora se llama «García Moreno», o sea, que soy titular. Cuando llaman al teléfono, el Imbécil y yo contestamos diciendo: «Montajes García Moreno, dígame». Tú me dirás que también soy titular en esa cuenta del banco en la que ya no tengo nada y que entonces de qué sirve ser titular. Yo también lo pensé, no te creas, porque ya no me fío de nadie y menos de mi madre, pero mi abuelo puso una cláusula en el documento en la que puedes leer:

«Si en algún momento la socia Catalina Moreno tratara de apropiarse de todos los beneficios, el socio Manolo García Moreno tendría derecho a contarle a la vecina del tercero, doña Luisa Palomino, que el regalo de comunión de dicho socio fue gastado en su totalidad en herramientas de montaje».

Y además hay otra cláusula que me encanta que dice:

«La socia Catalina Moreno se compromete a comprarle un móvil a Manolo García Moreno cuando se produzca el cumpleaños de este último».

Desde entonces, estoy contando los días.

Cuando la escritora que escribe lo que yo le cuento vino la última vez me dijo que acabáramos el libro en el capítulo anterior, cuando el cumpleaños de la Chirli y todo ese rollo de felicidad. Pero yo le dije que el final, en la realidad real, era éste. Ella me dijo que acabar un libro contando que se descubre que una madre le roba a su hijo los ahorros de una cuenta bancaria y que esa madre le promete al hijo que le va a comprar un móvil no es un final educativo; que iban a decir en los congresos que el niño protagonista no era un ejemplo para la humanidad y que qué cara iba a poner ella cuando los profesores le dijeran que los García Moreno eran lo peor después de los Simpsons; que jamás este libro llegaría a ser de obligada lectura.

Yo le dije que a mí me parecía un final superredondo: el protagonista acaba siendo socio

capitalista de una empresa y tiene un móvil. He conocido pocos finales como ése.

También le dije que ya no me llamara Manolito, que mejor Manolo.

Pero hasta que no tenga el libro en mis propias manos no podré saber si me ha hecho caso.

Y FIN

Nota

Espero que los lectores disculpen los errores gramaticales y otras incorrecciones que aparecen en el libro. Tanto los editores como yo hemos querido ser fieles a la voz del personaje. Puede que, con unos cuantos años más dentro del sistema educativo, Manolito, mejor Manolo, supere estos fallos. De momento, entendemos que conforman su personalidad literaria.